

EL ANTIHÉROE

Nicolás López Blanco

Trabajo de grado presentado como requisito parcial para optar por el
Título de Profesional en Estudios Literarios

Pontificia Universidad Javeriana
Facultad de Ciencias Sociales
Carrera de Estudios Literarios
Bogotá D.C., Julio de 2018

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD

Jorge Humberto Peláez Piedrahita, S.J.

DECANO ACADÉMICO

Germán Rodrigo Mejía Pavony

DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE LITERATURA

Juan Felipe Robledo Cadavid

DIRECTORA DE LA CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS

Liliana Ramírez Gómez

DIRECTORA DEL TRABAJO DE GRADO

María Piedad Quevedo Alvarado

Artículo 23 de la resolución No. 13 de julio de 1946:

“La universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por sus alumnos en sus trabajos de tesis, sólo velará porque no se publique nada contrario al dogma y a la moral católica, y porque las tesis no contengan ataques o polémicas puramente personales, antes bien se vea en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”.

CERTIFICADO

Yo, Nicolás López Blanco, declaro que este trabajo de grado, elaborado como requisito parcial para obtener el título de Profesional en Literatura en la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Javeriana es de mi entera autoría excepto en donde se indique lo contrario. Este documento no ha sido sometido para su calificación en ninguna otra institución académica.

Nicolás López Blanco

23 de julio de 2018

AGRADECIMIENTOS

A mi madre y a mi padre, quienes apoyaron mi sueño de palabras. A mi hermano, por ser un apoyo constante, a mi familia por creer en mí. Y por últimos a mis profesores, en especial a mi profesora María Piedad, por ayudarme a terminar mi trabajo.

TABLA DE CONTENIDO

Introducción.....	7
El nacimiento del antihéroe.....	9
El antihéroe como desafío (a medias).....	13
Antihéroe – Realidad vs Fantasía.....	16
El personaje femenino como antihéroe.....	17
El viaje del antihéroe.....	19
• La Partida.....	19
• La Iniciación.....	21
• El Regreso.....	22
La creación de Lydia Greene.....	23
Conclusión.....	25
Inicio de la parte creativa.....	27
• Capítulo 1 – El aviso.....	27
• Capítulo 2 – Las flores de Goldenfield.....	39
• Capítulo 3 – La aspirante a corista.....	50

• Capítulo 4 – Del infierno al abismo.....	61
• Memorias.....	71
• Memorias – Parte 2.....	82
• Capítulo 5 – Amor o dolor.....	96
• Capítulo 6 – Putrefacción.....	105
Referencias.....	125

Introducción: El héroe es definido como uno de los monomitos más antiguos de la humanidad. Un héroe puede ser definido como el ideal humano, producto de los mitos de antaño, diseñado para promover los ideales que la gente anhela, revelando verdades del mundo –sean luminosas u oscuras–, pero siempre regidos por un principio de inspirar una elevación moral para una comunidad o sociedad determinadas. Siendo así, ¿qué es el antihéroe? Este arquetipo podría ser explicado en términos bastante sencillos, como un héroe más oscuro, carente de escrúpulos, y dispuesto a ensuciarse las manos para cumplir sus objetivos. Se diferencia del típico héroe en el sentido de no seguir las virtudes establecidas, o permitidas, que se volvieron como una huella digital en esos modelos de la escritura.

En este trabajo se expondrán los componentes teóricos que se usaron para pensar el personaje de Lydia Greene, así como surgió la inspiración de su historia.

Para empezar, se tratará de explicar de dónde procede el concepto de antihéroe y el motivo de su existencia.

Como se ha dicho anteriormente, un héroe nace de la necesidad casi intrínseca del ser humano de ser inspirado, de sus sueños, de sus ideales. No es solo una invención moderna, sus orígenes se remontan a la antigüedad, siendo el ejemplo más antiguo el del “Poema de Gilgamesh”, el cual pertenece a la mitología sumeria, y narra las aventuras del titular protagonista junto a su amigo Enkidu. Es considerada como la obra literaria más antigua del mundo. Los héroes buscan las respuestas a las preguntas que los seres humanos se plantean, tal como Gilgamesh trató de hallar la inmortalidad, que no se encuentran normalmente en el mundo.

Siendo así, una construcción de la sociedad es natural que estos reflejen enormemente lo que se considere correcto, en cuanto a comportamiento y creencias se trata. De tal forma, el monomito del héroe se alterará con el pasar de los años, reflejando lo que se considere adecuado en la época. Un héroe griego mostrará valor en batalla, atenderá las leyes de hospitalidad de la sociedad, y peleará por los dioses en los que cree. Una aglomeración de modelos de conducta es lo que identifica a un héroe. Siendo un modelo de lo que la humanidad espera de las personas, un héroe puede jugar el papel de enseñanza desde una perspectiva social, mostrando donde terminan las fallas y donde comienzan las virtudes.

Siendo así, el antihéroe es un ser que no parte de los sueños convencionales; Shadi Neimneh, en su trabajo “The Anti-Hero in Modernist Fiction: From Irony to Cultural Renewal” establece que un antihéroe nace cuando “[l]a gente de la modernidad cuestiona los valores, y se da cuenta de su pequeñez e insignificancia en el mundo, así como admiten tener una monótona existencia. Si bien el concepto se remonta al siglo XVII, es en los tiempos actuales donde ha llegado a ser mucho más prevalente; como decía Neimneh tal cosa surge de la duda de los valores que tanto se habían añorado en la antigüedad: en los tiempos modernos, donde el hombre busca su lugar en un mundo que cambia rápidamente. El hombre pasó de ser el elegido de la fortuna, un modelo a seguir, a un simple hombre, marioneta de un mundo corrupto y carente de empatía. Cabe resaltar que este resultado es producto de una época de posguerra, donde el hombre fue presentado como un animal instintivo, dirigido por sus impulsos, casi incapaz de cometer los actos brillantes perpetrados por Odiseo o Jasón, fue después de que la guerra termino que este concepto entró en escena. Ya no bastaba ser un sirviente de la bondad para satisfacer los deseos de

la multitud, después de todo ¿de qué sirve un héroe clásico en un mundo marcado por la sangre? Si bien la época antigua tenía el mismo problema, lo que se consideraba heroico en ese entonces era distinto a lo actual, un ejemplo es el poema épico “La Ilíada”, sería difícil imaginarla sus luchas, su historia que se desarrolla estelarmente, como se reflejan las acciones de los dos bandos en el campo de batalla, y lo sublime pero magnífica prosa, la manera en que todo se junta para formar una obra maestra de la literatura. Siendo así, la llegada del antihéroe puede calificarse como un retorno a las raíces del héroe, que si bien apreciadas como monumentos de la literatura, son consideradas como algo barbáricas en la actualidad, no por la carencia de violencia, ya que, aunque nos guste pensar lo contrario, el mundo moderno no ha dejado de mancharse con la sangre de inocentes, sino por el hecho que los seres humanos nos gusta pensar que somos mejores que los habitantes de la antigüedad. El antihéroe podría representar esa manifestación de lo que el ser humano a continuado siendo, alejado de un héroe que ya quizás ya no exista, cercano a la violencia que se presenta en el día a día del mundo, y que a todos nos gusta pensar que solo es ficción.

El Nacimiento del Antihéroe: El declive percibido de la cultura parece tener cierta influencia sobre la falta de creencia en el héroe. La Segunda Guerra mundial ha causado que la cultura se fragmente, evitando que ésta avance como un todo, y ya incluso parece que carece de su calidad de necesaria, en un mundo globalizado, de valores permanentemente cambiantes. Siendo así, sería difícil mantener un conjunto de valores estables para lo que sería considerado un héroe, cuando estos son vistos de una forma distinta, no se deconstruyen los valores, pero estos pueden ser expresados de otra forma: ya no es solo el hombre el que puede presentarse como un paragón de la virtud, siendo ese

concepto parte la construcción del mundo del héroe como algo cerrado, patriarcal y androcentrista. Donde los hombres son exaltados como portadores de inmensas cualidades, y construcciones de los sueños de la humanidad. Las mujeres son relegadas a un segundo plano, como personajes secundarios en un mundo de hombres, relegadas a dar solo apoyo, o en caso de encontrarse en el bando contrario, como tentadoras o causantes del conflicto en primer lugar, calificación que se les puede dar incluso aunque se les considere aliadas. Al poner una mujer, a Lydia, en un ámbito moralmente dudoso, se evita mostrarla como un personaje de una sola dimensión, causante solo de tragedias para la humanidad. En su lugar, se le muestra como un personaje dual, capaz de cometer actos reprochables, pero estos estando basados en razones altruistas o virtuosas, aunque al final, quizás estas no sean de mucha ayuda.

Las personas que sobrevivieron a la Segunda Guerra Mundial y sus sucesores, que entraron de lleno en una época de mercado masivo y global, empezaron a creer en ese nuevo héroe, aquel hombre tan parecido a la clase trabajadora, porque les ponía un desafío de mayor dificultad. Es fácil estar de acuerdo o admirar a un héroe clásico, a pesar de lo que Neimneh ha hecho notar con respecto a la decadencia de la cultura, los valores que iluminan el día a día son apreciados, en el sentido de que muestran el estado ideal de una persona: fuerte, pero considerado, famoso, pero humilde, entre otras cosas, son valores fáciles de admirar, aún más por presentarse en un mundo que es totalmente capaz de rechazarlos. El verdadero desafío para un receptor es encontrar la bondad donde todos esos valores han sido reemplazados por el interés propio. La clave en tal cosa es el nivel de empatía que el lector siente hacia el personaje, si hay un pasado trágico o una explicación de su manera de actuar es más probable que el receptor sienta que el personaje

pueda obtener el perdón o la salvación, en cierto sentido, entre más trágico sea el pasado es probable que los receptores lo comprendan, que digan “No es del todo su culpa, fueron las circunstancias las que lo obligaron a actuar de tal manera, es algo trágico”. La tragedia es definida como una obra dramática de asunto terrible y desenlace funesto en la que intervienen personajes ilustres o heroicos. Generalmente acaban en la muerte, el exilio, o en la destrucción física, moral y económica del personaje principal. Un antihéroe sigue ese camino, su desenlace, debido a las medidas que toma, no puede ser benéfico, en su lugar se comete la hamartia, o un error fatal, un punto donde el personaje comete un acto que impide cualquier tipo de redención y es la ultimó clavo que su ataúd necesita para cerrarse completamente. Sin embargo, a diferencia de la tragedia de su contraparte heroica, el antihéroe no ve una exaltación de las virtudes al oponerse a eventos fuera de su control, simplemente se ve como se hunde más y más por las acciones que comete. La misericordia del espectador proviene de la ya mencionada hamartia, donde el personaje trata de hacer lo correcto en una situación donde eso es imposible. En un escenario así, es probable que las personas sientan compasión hacía el personaje, después de todo, desde la perspectiva de un espectador no se pudo hacer más. Tal es el caso de Lydia, o dejaba que capturaban a su mejor amiga o se hundía de llenó en la corrupción para evitar tal destino, no existía una decisión acertada, al menos, no para ella. Otro factor que puede influir en el gusto del espectador es la catarsis, la asombrosa facultad de la tragedia de redimir, no al personaje, sino al receptor de sus bajas pasiones, al verlas proyectadas en los personajes. Se puede experimentar esas pasiones sin correr el riesgo de sufrir sus verdaderos efectos, de modo que se pueda evitar seguir el rastro que llevaría a la perdición. Al ver a los antihéroes caer más y más bajo, los receptores pueden tomar medidas para no caer en tal cosa. Tal vez, se disfruta de los antihéroes del mismo modo que una tragedia,

o una gran explosión, se ve el daño desde lejos, se observa su devastación, y solo al verlo se puede compadecerse de los que sufrieron sus efectos, en cierto sentido le da una oportunidad al receptor de ver como sus actos más oscuros desencadenarían un castigo terrible, y las medidas que se deben tomar para evitar tal cosa.

Cuando se elige a un personaje para admirar (esto es basado en la decisión o propósito de las personas de buscar una forma de entretenimiento), no se puede hacer con base en algo caprichoso, se necesita un soporte para que un personaje sea apreciado, ya sea la compasión o la comprensión de sus motivos. Lo último es de vital importancia, ya que, en muchos casos, lo único que separa al antihéroe de un villano son sus objetivos, si estos son nobles o se basan en motivos altruistas, es más probable que los receptores deseen su triunfo, y se vean queriendo un final positivo para el antihéroe, aunque este signifique que a otros personajes les vaya mal, a consecuencia de las acciones por el protagonista. Un efecto curioso de los antihéroes es hacer sentir mejor a las personas con sus propios actos: cuando se ve que un personaje comete una acción deplorable, un pensamiento surge “Al menos yo no soy tan malo como X”, en cierto sentido, entre más obscenas y malvadas sean las acciones, los receptores se verán en una luz mejor, volviendo el acto de presenciar un antihéroe algo agradable. Esto se debe a que nadie en su sano juicio querría ver cómo distintas personas son asesinadas para cumplir una meta, por muy noble que esta sea. Tanto una justificación, que el personaje no sea tan irredimiblemente malo, como una barrera, la barrera de la ficción, son necesarias para que se disfrute en su totalidad. La segunda es quizás la más necesaria, después de todo no se disfrutaría ver una película o leer un libro sobre una guerra si la sangre nos salpicara la cara con cada muerte relatada en ellas, si vemos cadáveres en la calle, cerca de nuestros apartamentos o

casas, y si bien en Colombia se vota una y otra vez por el asesino, y se puede dormir bien después de haberlo hecho una y otra vez, es en la fantasía donde no hay ramificación alguna, quizás a muchos no siquiera les importe que pase en la realidad, pero a otros ese sería el pequeño empujón que necesitan para poder entrar a un mundo donde los únicos afectados son personajes de tinta y papel.

El Antihéroe como desafío (a medias): Si vemos al antihéroe como un desafío a la cultura, es lógico suponer que se quieran desarmar ciertos arquetipos comunes en la ficción, por muy adorados que estos sean. Veamos un ejemplo de la cultura popular: Batman es sin duda una de las figuras heroicas más conocidas del medio de entretenimiento, el cual abarca gran parte de las naciones del mundo, y si bien es un vigilante que utiliza su ingenio para triunfar por encima de poderosos villanos, y el miedo que le produce a los criminales forma parte de sus arsenal, siempre estará en la categoría de “héroe”: toda su historia, su origen se basa en que su padres fueron asesinados en un robo, el cual se dio lugar en un callejón oscuro, siendo un niño. Debido a eso, Batman juró nunca usar armas de fuego o cometer el acto de asesinato. A primera vista parece una situación ideal, donde la justicia surge de la oscuridad para prevalecer sobre el mal. Pero si se mira con lentes distintos, las cosas cambian, y tal posición con respecto al crimen pierde su gracia. Si se examina la némesis de Batman, y por tanto uno de los villanos más importantes, el Guasón (o Joker en inglés), ser un héroe no es suficiente. La base de esta afirmación es el ciclo en el que los héroes más comprometidos están atrapados: El villano, que comúnmente es enviado a prisión, escapa, posiblemente matando a sus guardias en el proceso, y se dedica a causar destrucción, en el caso del Guasón, simplemente por diversión. Civiles son asesinados en tal caso, y cuando llega Batman (la policía normal no

sirve en estos casos), el Guasón es detenido, en este mundo hay que tener en cuenta que la inutilidad de la policía normal, de las personas ordinarias, para detener a tales criminales contribuye a la necesidad de una persona extraordinaria para solucionar las cosas, debido a eso la responsabilidad de salvar el día recae en los héroes. Se le envía a prisión y se queda allí por un tiempo, hasta que se escape otra vez y el ciclo se repita infinitamente. La política de no matar de Batman no ayuda en nada en ese caso, solo perpetúa una cadena de muerte que parece solo producir más víctimas con el paso del tiempo. Una de las razones de las grandes compañías de comics, DC y Marvel, para producir antihéroes, a pesar de la polaridad de los héroes tradicionales que ya poseen, posiblemente sea solucionar este problema, o al menos, ponerlo en tela de juicio. Sin embargo, cabe resaltar que todos terminan de una manera similar, se tratará de separar a los héroes de los antihéroes, de manera que Batman siga manteniendo su autoridad en su ciudad natal, y que el antihéroe no ponga en duda su juicio o sus motivos, y en el caso de hacerlo siempre se le dará la razón al héroe, después de todo en un mercado de héroes sería malo para la publicidad si un ser amoral empezara a tener la razón. Solo en casos especiales como Deadpool, un asesino a sueldo de Marvel, su moral dudosa podrá continuar siendo vendida a millones, ya sea por popularidad, o por la reticencia de las compañías de partir con un arquetipo tan interesante. El contexto presente en esta situación puede ser considerado como algo curioso, es en la modernidad donde el antihéroe ha entrado en apogeo,

Uno de los ejemplos literarios del antihéroe que más me agrada es Robert Jordan, de la novela de Ernest Hemmingway "From Whom the Bell Tolls". Un profesor norteamericano de español, y experto en explosivos, que es enviado por un oficial ruso a apoyar a las guerrillas antifascistas durante el periodo de la Guerra Civil

Española, con el objetivo de debilitar a las fuerzas de Francisco Franco. Si bien la lucha contra un dirigente opresivo puede considerarse algo heroico, es lo que está dispuesto a hacer lo que lo pone en la categoría del antihéroe. A pesar de ser un “Héroe del código de Hemmingway”, determinado y al cual no deja sus miedos lo controlen, Jordan va por un camino complicado. Debido a la naturaleza de la guerra, se le indica que no debe ver a sus compañeros guerrilleros como personas, ya que, después de todo, muchos de ellos podrían morir en el desarrollo de los ataques. Incluso la mujer de la que se enamora, María, le pide que en caso de ser derrotados la mate, para así ahorrarle el sufrimiento, y Jordan se repite a sí mismo que olvidará todo al respecto, o que al menos debe hacerlo. Su decisión poco moral es seguir adelante con sus planes, a pesar de que el líder del grupo armado, Pablo, trata de evitarlo, con el fin de esquivar las represalias del gobierno fascista en caso de ser atrapados. Jordan, en una movida pragmática y no moral, evita ser como Kashkin, un soldado atormentado por sus actos de la guerra, lo cual lo convierte en un inútil para la guerrilla; Jordan trata de evitar ese destino, buscando justificaciones para las muertes que ha causado: se dice a sí mismo que mientras no le guste matar, todo estará bien. Correcto desde un sentido moral, ya que se evita devaluar la vida, pero si se justifica una vez, se justificará las demás veces. Es una cuerda resbaladiza, aún más porque está situada en un periodo de guerra, donde la moralidad es más laxa. Jordan termina su historia con un toque trágico, logran volar el puente, quitándole así valiosos suministros al enemigo, pero uno de sus amigos, Anselmo, muere al ser impactado por una parte de las granadas. El protagonista es herido al ser derribado de su caballo, y sabiendo que su herida es grave, decide quedarse atrás, con la esperanza de demorar a las fuerzas enemigas. Su último acto es heroico, sin embargo no borra lo que tuvo que hacer para

llegar hasta ahí. Su gran acto final lo asciende de la situación en la que empezó, a una aún mayor, la de un héroe para sus camaradas.

Debido a lo anteriormente dicho, es lógico suponer que si se puede terminar en una elevación, también se puede llegar a decaer durante el transcurso de la obra, o incluso en una mezcla de ambos. Un ejemplo de tal cosa es en el programa de televisión *Breaking Bad*, donde un profesor se transforma en narcotraficante para asegurar el futuro de su familia, aunque esto incluya cometer asesinato, y termina muerto al final, pero no sin antes cumplir su objetivo de asegurar que su familia reciba el dinero que gana ilícitamente, no se elevó, simplemente decayó hasta el punto de su muerte.

Antihéroe – Realidad vs Fantasía: Una parte importante a entender en este asunto es que todo antihéroe se hace bajo la noción de ser pura fantasía, alejada del mundo actual. Si bien muchos casos, al menos en lo que a política se refiere, del mundo real muestran lo contrario, es en el mundo de la fantasía donde cualquier individuo puede admirar a un antihéroe y no recibir reprimenda alguna, o sentir culpa. Mucho de lo que consumimos es visto con ojos de espectador, ya sea por medio de la lectura o de la televisión. Ciertamente, sería difícil ponerse en los zapatos de una persona que ni siquiera existe, al menos en lo que a juicios de valor y moral respecta. Es fácil decir que un antihéroe que mata a todo criminal es agradable, después de todo no estamos en su lista, ni hombres o mujeres que recorren las calles con un arma en las manos, disparando a todo aquel que considere indigno de la vida. Aunque tampoco tenemos un criminal que ha escapado de prisión más de veinte veces y a un héroe que se rehúsa a comprender que su método de lidiar con el crimen no está funcionando. Una perspectiva externa puede ser una forma excelente de ver las cosas desde otro punto de vista, pero al mismo tiempo, nos pone bajo

el peso de las expectativas, es decir, después de ver innumerables personajes actuar a su manera nos forjamos una idea muy clara de lo que esperamos de un individuo. Todo eso viene de las concepciones que se tienen en la vida real. Si admiramos al antihéroe es porque parte de nosotros se siente atraída a esa demostración de poder, o que esperamos que los villanos reciban su justo merecido y no una simple palmadita en la mano. Quizás, solo quizás, todos esperamos que un antihéroe forme su propio camino, libre de lo que se espera tradicionalmente de ellos, y dispuestos a jugar sucio en un mundo cruel, logrando así un final feliz (al menos para él). Irónicamente, todo esto lo acerca más al mundo de las personas comunes: dado que la visión de un héroe, la presencia de ese individuo tan perfecto se encuentra en un mundo demasiado apartado del alcance de las personas normales. Una vida sin errores, o muy pocos, es casi imposible de obtener, y aunque admirable, pone una barrera entre los héroes y las personas, la de lo inalcanzable. Sin embargo, si es un antihéroe, un ser lleno de ambigüedad y fallas, es posible que se le vea como una persona, como un individuo, en lugar de un pedestal inalcanzable. Paradójicamente, es en las fallas donde el ser humano puede encontrar una similitud con los personajes de ficción. Siendo así, un antihéroe se encuentra más cerca de la humanidad que los héroes.

El personaje femenino como antihéroe: Los primeros héroes y antihéroes fueron hombres. Las mujeres fueron relegadas al segundo plano, de personajes de apoyo, por un buen tiempo. La épica, un género que ha marcado historia, se caracteriza por ser un género viril, donde lo heroico y las acciones de las batallas se le atribuyen a lo masculino, al hombre. Las mujeres no podían ocupar un lugar importante, solo tenían la capacidad de alterar la historia para mal. Como Helena quien fue la causa de la guerra al ser raptada, o

Circe, quien intenta retener a Odiseo en su isla para que no se vaya de su lado, lo hace por amor, pero es puesta como una tentadora que trata de apartar a Odiseo de su viaje y de su legítima esposa, Penélope. O se argumenta que es la causa de todo mal: Pandora, quien desato todos los males del mundo por su curiosidad, o Eva la causante de la expulsión del hombre del paraíso terrenal. En si la mujer solo tenía dos opciones, la de una espectadora o la de instigadora. Lentamente, han subido escalones buscando llegar al mismo punto que sus compañeros masculinos. Pero vestigios de épocas pasadas todavía están presentes al momento de escribirlas. Admito que al comienzo no le presté atención al hecho de que Lydia, la protagonista, y gran parte del elenco eran mujeres. Simplemente las veía como personas, gente que se disponía a vivir su vida basándose en sus valores individuales, moviéndose cuanto podían en una ciudad corrupta. Sin embargo, al analizar más a fondo me he dado cuenta de que el personaje femenino puede ser representado de un modo que es distinto a la norma: como un ser ambiguo, el cual no es malo, no es una tentadora, y se rige por un código moral propio. En muchos de los libros donde se presenta una familia disfuncional se sigue el mismo modelo: un padre abusivo (muchas veces alcohólico) el cual maltrata física y/o emocionalmente a sus esposa e hijo, la mujer entonces asume el modelo de víctima inocente, atrapada en un matrimonio infeliz, pero demasiado débil para defenderse sin un tipo de ayuda externa, y en caso que esta se dé, por lo general el salvador es un hombre, fuerte y heroico, o de un modo totalmente opuesto: como una persona malvada sin características redentoras, rara vez se muestra una complejidad en decisiones equivocadas, o son causantes indirectas de los problemas o ellas mismas los causan. Si bien la concepción dicha anteriormente se presenta en la vida real, no es el común denominador. Es erróneo pensar que las mujeres son criaturas o irredimiblemente malas o enteramente puras. La verdad es que cualquier mujer puede ser un individuo complejo,

alejado de los arquetipos que se han impuesto a lo largo de la historia, y seguir poniéndola en un pedestal o reducirla a estereotipos de madrastra malvada hace poco para reducir los estereotipos asociados a las mujeres. Al poner el género femenino en distintas posiciones y valores morales, se amplía lo que se piensa sobre su género. Claro que tampoco se puede demonizarlas y ponerlas como seres inmundos o irredimibles, se debe hallar un balance para presentar nuevas formas de verlas, y curiosamente, el antihéroe puede ser de utilidad para eso, al poner decisiones complejas en juego se puede ver la profundidad de los personajes. Desde la moralmente ambigua Lydia, la heroica Lora, y la malvada Katherine, es bueno explorar las distintas formas en las que una persona puede presentarse como un individuo complejo, con cualidades y defectos.

El Viaje del Antihéroe: Como muchos personajes antes que ella, Lydia pasa por las distintas etapas de lo que se conoce como “El Viaje del Héroe”, término concebido por Joseph Campbell en su trabajo *El Héroe de las Mil Caras*, expresando las distintas etapas por las que un héroe debe pasar para completar su aventura, así como los distintos personajes con los que se encontrará a lo largo de ella. Lydia ha decidido seguir un camino parecido, pero con ciertas diferencias que la distinguen de su contraparte más heroica.

1. **La partida:** Las cualidades de Antihéroe de Lydia se manifiestan en el primer capítulo, al notar cómo nuestra protagonista, la cual es una oficial de la ley, tiene contactos con lo que se puede denominar carteles fraudulentos y mafiosos. Se puede cuestionar cómo llegó a esa situación, y qué clase de provecho es capaz de sacarle. Es en esta parte donde se introduce a su compañera de trabajo, Lora, la cual actuará como contraste. Al final del primer capítulo, Lydia descubre por medio de sus contactos que un gran cargamento

de drogas ha sido robado, y que su mejor amiga Ana podría estar implicada. Esto es la llamada a la aventura. Lydia ha salido de su zona de confort para arriesgarse en un mundo de drogas y violencia. Al comienzo intenta de negar la llamada, tratando de esconder a su amiga para que esta no sea encontrada. Pero, al final, no le queda más remedio que meterse de lleno en el asunto, y tratar de solucionar las cosas por su cuenta. En cierto sentido, tanto los viajes de los héroes como de los antihéroes comienzan de la misma manera, sus objetivos se ven alterados por una situación que no pueden controlar, y para mantenerse a flote no les queda más remedio que seguir la corriente, esperando que no mueran en el proceso. En *Breaking Bad*, la llamada a la aventura de Walter White sucede cuando le diagnostican cáncer de pulmón. Si las circunstancias hubieran sido diferentes, Walter White pudo haber sido un héroe, luchando contra su enfermedad. Lo cual demuestra que en el inicio, antihéroes y héroes son lo mismo. Un ejemplo de tal cosa es el caso ya mencionado de Robert Jordan, se puede decir que es un héroe de la guerra, cosa apoyada por el mismo Hemingway, pero la distancia a la que está dispuesto a llegar para cumplir los objetivos evita que sea un héroe: su decisión de olvidar sus actos si es necesario, enterrándolos en el rincón más oscuro de su memoria, así como su decisión de seguir matando, alegando que mientras no crea en sus muertes, sus actos no serán considerados como malvados. Al final, muere solo y tratando de salvar a sus amigos, tal decisión lo vuelve heroico. Entonces, sería correcto decir que los antihéroe y héroes se parecen en el sentido que sus caminos son parecidos, y difieren en los métodos que estos emplean.

2. **La iniciación:** Es la fase favorita de la aventura mítica, donde aparecen formas curiosas y ambiguas, el momento en que aparecen las pruebas que deben ser superadas. Un héroe en este momento buscaría ayuda de sus camaradas para solucionar el problema, pero Lydia no hace tal cosa, cuando Ana se niega a escoger la protección de la policía, alegando su inocencia, Lydia toma la decisión de ocultar lo que sabe en su intento de protegerla, decidiendo hacer las cosas sola. Como Walter White, quien decide cocinar metanfetaminas, para ganar suficiente dinero y lograr asegurar el futuro de su familia, los antihéroes se diferencian de los héroes no en el objetivo, sino en su ejecución. No es el objetivo, que a fin de cuentas puede ser igual de altruista que el del héroe más puro, sino el trayecto el que marca la diferencia.

En esta parte del trayecto, según Campbell, aparece “La Mujer como tentación” pero en esta historia es algo diferente, Lydia se enfrenta a dos opciones de cómo seguir con su aventura, dos tentaciones que se le aparecen en el camino. La primera es su gran amor, Noah, quien ha vuelto para reestablecer su relación, y Harrison quien le ofrece su ayuda para solucionar el embrollo en el que está metida, aunque, irónicamente tal cosa solo logra enredarla más en el asunto, cortando así sus vías de escape. Por otro lado, Noah le ofrece que se vayan juntos de Goldenfield, la ciudad que Lydia como policía debe proteger, la oferta implica abandonar a su amiga a su suerte, pero la recompensa sería vivir como una reina, usando el dinero del millonario Noah como le plazca. La oferta viene del afecto que el hombre le tiene a Lydia, y dado que está fundada en un sentimiento virtuoso, puede ser considerada como una buena opción, llena de defectos, pero aun así buena opción. Por el otro

lado se encuentra Harrison, quien es igual de rico que Noah y un drogadicto, el cual se sale con la suya gracias a su influencia y dinero; este le ofrece a Lydia la oportunidad de salvar a Ana, y en caso de hacerlo asegurarse de que quede impune, no importa lo que haga. Lydia decide aceptar el trato, mientras que su amiga Lora, a quien se le hizo la misma oferta (omitiendo lo de Ana) se aleja asqueada. El heroísmo de Lora no permite que se relacionara con la corrupción, pero Lydia no tiene el mismo problema y acepta el trato. Sin importarle cuánto se mancille. Si un héroe rechaza las tentaciones más carnales, un antihéroe se sumerge en ellas, aceptando su contaminación para lograr sus fines.

Lydia no experimenta una reconciliación con el padre, carece de padre y madre, y si bien lamenta la falta del primero, se alegra con la de la segunda. Para un antihéroe no es necesaria reconciliación alguna, después de todo no se ha ganado ese título siendo lindo con todos. Campbell establece que el aspecto terrible con el que el padre es visto, es un reflejo del ego de la víctima, siendo esto sucesos que ya han quedado en pasado, pero que dejan marcas las cuales se proyectan en el futuro. Lydia no experimenta reconciliación, no derrota al ego que describe Campbell, vive con él, decide usarlo como arma, como inspiración, aunque esto implique que este se quede en su corazón, acechando, esperando el momento oportuno para atacar de nuevo.

- 3. El regreso:** Lydia nunca regresa de su viaje, solo se hunde más en la locura de su propia creación. Friedrich Nietzsche (1886) dijo una vez “Quien con monstruos lucha cuide de convertirse a su vez en monstruo. Cuando miras largo tiempo a un abismo, el abismo también mira dentro de ti.” (p. 68). Dicha

frase tiene verdad en cada palabra, Lydia aceptó la corrupción para proteger a Ana de los carteles que buscan aprovecharse del robo para aumentar su poder, y cuando ella y la heroína Lora descubren que Ana estuvo implicada en el robo, la policía corrupta decide que es hora de silenciar a su compañera y la mata a sangre fría, ya no siente remordimiento, miró demasiado al abismo y se convirtió en una traidora a la amistad que Lora le profesaba. Irónicamente, siendo la fuerza que la impulsó desde un principio la causa de su propia perdición. Lo que Lydia más valoraba de Ana, aunque nunca lo dijo o admitió, fue la amistad que ella le tendió un día lluvioso. No todo lo que corrompe es la oscuridad, la luz puede ser igual de mala. Los antihéroes, a mi parecer, se llaman así debido a lo que están dispuestos a hacer para lograr sus objetivos.

La creación de Lydia Greene: Una policía en un mundo corrupto y con un pasado invisible, así puede ser definida Lydia. Cuando creé el personaje, tenía claro qué tipo de persona sería: de pocas palabras y de voluntad fuerte. Si bien todo eso puede ser considerado como un montón de cualidades positivas, es en el modo en que se implementan que Lydia muestra su naturaleza antiheroica: considera que debe proteger a su mejor amiga, Ana, por encima de todo, sin importarles si ha de romper el mundo de valores que ella ha creado. Ya poco le importa que deba hacer para lograr su cometido. En sí, lo que cementa su posición en su nuevo mundo, es el rechazo del anterior. La destrucción de lo que se conocía como lo establecido, es necesaria para la creación de algo nuevo. Un antihéroe, uno como Lydia, que desee cumplir sus objetivos deberá abandonar su mundo de valores tradicionales, si desea salir vivo del oscuro mundo en el que se hunden lentamente. Para Lydia, proteger a su amiga es lo más correcto, y por eso mismo

para ella no hubo más opción que meterse de lleno en el mundo de las drogas y la corrupción.

La inspiración de Lydia proviene de personajes literarios y personajes del mundo del entretenimiento. A pesar que el antihéroe no es un arquetipo exclusivo de la modernidad, es en esta época donde ha ganado relevancia, por tanto, parte de la inspiración proviene de los medios masivos de entretenimiento, tales como los comics o la televisión. Una de sus inspiraciones, en lo que respecta a su destino, es el personaje de Robert Jordan. Ambos siguen un código de conducta, Lydia el de proteger a Ana, y Jordan el tratar de desempeñar su papel en la guerra correctamente, comparten un final, la muerte. Jordan literalmente, Lydia en lo que respecta a su ser emocional. Lydia estuvo inspirada en muchos de los personajes de los comics, como Deadpool o Jason Todd, pero ninguno en concreto. Sus acciones seguían un ritmo trágico, de malas decisiones que la ponían como semejante de muchos individuos, su trayecto fue planeado para terminar como el de muchos otros, con su caída en el agujero del conejo de Alicia, aunque a diferencia de ella, de ese lugar no se podría salir.

El mundo interior de Lydia es bastante vago, a pesar de que se rige por un código de emociones, principalmente dominadas por su deseo de proteger a Ana, y parte de su naturaleza cae en la intriga de sus acciones y la de su pasado. Es durante cortos intervalos retrospectivos en que se conoce su relación con su madre, por medio de sus acciones se conoce que abusaba de ella y que Lydia le guarda un gran rencor, y que quiere a su padre, aunque no diga casi nada de él. La falta de información es algo intencional, igual que Robert Jordan, poco se conoce de su pasado, y el lector puede llenar los blancos e indagar sobre sus acciones y como estas se conectan a su historia personal. Dentro del contexto de

la historia no se dice mucho del pasado de Lydia porque a ella no le gusta recordarlo, solo cuando pierde la conciencia y se pierde en sus propios pensamientos es que podemos ver atisbos de su niñez. Su ambigüedad consiste en poner en tela de juicio si tiene motivos suficientes para actuar como hizo, y en parte le corresponde al lector llenar los huecos de la historia con sus propias opiniones y conjeturas.

El viaje del héroe, según Campbell, termina con el retorno del héroe a casa y con su exaltación. A Lydia le ocurre lo contrario, si bien sigue un camino parecido, su destino es diferente. Un héroe recibe ayuda para superar los desafíos, Lydia recibe corrupción y se enreda más en el asunto de lo que había esperado, tiene que sacrificar mucha de su integridad y su futuro con Noah para conseguir sus objetivos, y al final solo se hunde más en lo que tanto deseaba evitar. Estaba planeado que, si un héroe tenía que subir, Lydia solo podía bajar. Debido a la naturaleza de sus acciones, nuestra protagonista solo podía terminar más bajo que donde empezó. Una posible similitud entre la novela y otro trabajo literario, sería con “El Viejo y el Mar” de Ernest Hemingway, el pescador, Santiago, estuvo a punto de terminar su mala racha, de conseguir un enorme pez luego de 84 días sin nada, pero al final, solo encuentra la derrota. Del pez solo queda el esqueleto, un triste recordatorio de lo que perdió, así como a Lydia le queda los restos de Lora para mostrarle el resultado de sus actos. Lydia continuará hundiéndose más y más en lo que quiso evitar desde el comienzo, su viaje nunca terminará, no mientras siga viva.

Conclusión: Para Ana, Lydia fue toda una heroína, dispuesta a salvarla a pesar de los actos que ella cometió. Un antihéroe es una encarnación de las distintas partes de la psique humana, un rincón donde se unen el deseo y la virtud. Si bien su historia no es exactamente reciente, es en la modernidad donde han alcanzado su cenit, son amados por

cientos de personas alrededor del mundo. No son seres que han nacido del capricho, son producto de la evolución de la moral humano, de cómo lentamente esta se ha puesto en duda a lo largo de los años, templada por los distintos conflictos armados que han marcado al planeta, culminando con una de las luchas más desastrosas de la historia, la Segunda Guerra Mundial. No alcanzan a ser héroes, lo que hicieron se lo impiden, pero al no ser paragonados de virtud, quizás estén más cerca de lo que creemos a la gente común., dado que sus fallas y su ambigüedad moral refleja el estado de la humanidad de una manera más fiel de lo que se esperaría en un principio. El viaje de un antihéroe entonces sería un opuesto al del héroe, no se trata de hallar una elevación moral o espiritual, se trata de sobrevivir a los distintos peligros que se le presentan, solo para encontrarse hundiéndose paulatinamente en lo que conocemos como la decadencia moral, intentando hallar justificaciones para sus actos, mientras se comenten acciones cada vez más atroces. No hay exaltación, solo una lucha continua por la supervivencia, y quizás, eso es lo que los acerca más a un ser humano, mucho más que los héroes.

El sonido de la taza de café golpeando la mesa de madera fue lo que sacó a Lydia de su ensoñación. El sueño que había estado revolviendo su cabeza se le había olvidado, siendo reemplazado por el letargo que le seguía al despertar.

— Bienvenida al mundo de los vivos — La cara de Marco fue lo primero que sus ojos enfocaron. Tenía una blanca sonrisa, que complementaba sus brillantes ojos verdes. Y una descarada actitud despreocupada que ella siempre había considerado impropia de la Fuerza de Goldenfield, y, a pesar todas las veces que se lo había hecho notar, nunca le había hecho caso.

— ¿Cuánto tiempo estuve dormida? — Preguntó Lydia. Odiaba malgastar el tiempo, pero había trabajado incesantemente para llenar todo el papeleo que el jefe le había pasado, y al final, el sueño la venció.

— Unas dos horas más o menos — Dijo Marco sin dejar de sonreír — Se me ocurrió traerte un café. Después de todo, sé cómo te despiertas.

— Vaya, qué amable de tu parte. De causalidad, ¿tu ayuda no viene con un precio? — Lydia le dio un sorbo al café caliente. El bot había hecho bien su trabajo — ¿Que me encargue de tu papeleo? ¿Que te zafe de otra de tus admiradoras?

Marco se llevó la mano al pecho, y soltó un pequeño grito escandalizado. — ¿Yo, el inigualable yo, pidiendo algo a cambio de un simple café? Me siento inmensamente ofendido, esperaré una disculpa escrita, de lo contrario nuestra hermosa e irrepetible amistad está terminada.

No dignificaré eso con una respuesta. Pensó ella. En lugar de eso entornó los ojos, dio una leve cabezada a modo de despedida y se dirigió a la sala del café, un nombre poco original, pero a sus compañeros les gustaba. La habitación consistía en unos sofás de cuero rojo distribuidos por ahí, una simple alfombra con un horrendo diseño floral que ella había odiado desde el momento en que la vio en su primer día, y no solo porque había resbalado en un charco de vómito y caído en él, arruinando su traje nuevo en tiempo récord (hasta el día de hoy, Lydia jamás había averiguado quién y por qué había vomitado), la tela era bastante fea por sí sola. Lo más costoso y extravagante de la habitación era un pequeño bot verde cromo, modelo CIN 23—X, especializado en la tarea de brindar todo tipo de bebidas llenas de cafeína a quien lo necesitase. Siempre le había parecido un gasto totalmente innecesario, con una simple máquina de café de Stygian Co. le habría bastado, pero todos amaban a ese pequeño bot, y muchos decían que abandonarían la fuerza si Cinci, un estúpido apodo para un estúpido gasto, fuera removido.

Lydia se dio cuenta de que uno de los sillones estaba ocupado por Lora, una atractiva mujer morena de ojos heterocromáticos azul y rosa, los cuales – ella recordaba– habían sido anunciados como la última moda solo ayer. Estaba leyendo en su proyector holográfico, el brillo azul reflejado en sus ojos.

Qué rápido cambian estas cosas... Pensó para sus adentros. Y dijo en voz alta – Buenas tardes, Lora.

Lora retiró la cabeza de su proyector, miró a Lydia y sonrió. Mostrando unos dientes blancos y perfectos, sin duda fruto de modificaciones genéticas. — ¡Lydia! ¿Cómo estas, querida? – Se levantó, y antes de que pudiera detenerla agarró su cara y le dio dos besos, uno en cada mejilla.

—Bien, gracias – Miró a Lora con expresión seria – Ya te he dicho que no me gusta que me beses.

Lora le dedicó una sonrisa ancha y traviesa, lo cual significaba que no le iba a hacer caso. —Oh querida, ya sabes que es así como expreso mi afecto.

—Al igual como consigues tantas flores y chocolates en San Valentín— Agregó Lydia.

Lora se llevó una mano al pecho con una falsa expresión sorprendida, con un toque de ofendida. —Me ofendes, sabes que solo uso mis muchos talentos para un bien superior.

— ¿Como el chocolate?

—El chocolate siempre ha sido uno de los grandes bienes del mundo.

—Podrías usar tus... *done*s para un mejor fin —Le dio unos golpes con el pie a la alfombra del piso —Como convencer a la jefe de deshacerse de esta ridícula cosa.

Lora soltó una risita —Soy buena, pero no tanto. La jefe le tiene un cariño sobrenatural a esa cosa, no se deshará de ella. Ya lo intenté.

— ¿Qué tal si le hablas de Cinci?

— Eso nunca pasará—Dijo Lora con seriedad— Amo a ese pequeño bot y a ese néctar marrón que nos suministra.

Lydia no pudo evitar sonreír. —Valió la pena intentarlo—

Lora se dirigió a la pequeña mesa que sostenía el bot, sacó una taza de uno de los cajones y activó el pequeño aparato. “Cinci” se encendió con un ruidito.

—*Buenos Días. Por favor diga qué bebida desea*— Su voz era suave y masculina, la cual según numerosas encuestas y sus compañeras de la jefatura era adorada por todos. Y según Lora “era la voz que un hombre debería tener, en el día a día y en la cama”. Aunque Marco siempre decía que había que incluir una opción femenina.

—Un cappuccino con crema extra, querido—

—*Con mucho gusto*—El bot dio un chirrido y empezó a mezclar el café en su interior. Lora tarareó una melodía mientras esperaba. Lydia no reconoció la canción.

Con un pequeño “bing” Cinci anunció que el café había sido preparado. —*Que lo disfrute, estimada usuaria.*

Lora tomó el café con una sonrisa. —Ojalá que todos los hombres fueran así—.

—Siempre dices lo mismo— La voz era de Tina, una de sus compañeras, alta y musculosa, con una hermosa piel pálida. Iba acompañada de una mujer joven, igual de blanca, pero mucho más pequeña, la cual miraba nerviosamente a su alrededor.

—¡Tina, querida! Es un gusto volver a verte. —Dijo Lora con alegría—

—Nos vimos ayer—

—Y hace una eternidad desde entonces—

Tina le sonrió, dejándole ver un diente dorado. Lo había tenido desde que Lydia la conocía. Nunca le dijo por qué había decidido reemplazar su diente original. Lora creía que era simplemente un cambio estético, mientras que Lydia pensaba que el original se le había caído en una pelea con unos criminales. Tina nunca desmintió ninguna de las teorías, y cuando se le preguntaba directamente ignoraba la pregunta.

Un gran brazo movió a una figura mucho menor hacia adelante. —Ella es Mirtha —Ante las miradas inquisitivas de sus compañeras, Tina añadió: —Es la nueva, recién la transfirieron. Departamento de criminología. Una gran promesa, dicen.

—¿A donde los escritorios y el aire acondicionado? —Lydia notó que Lora no lo decía con maldad. Simplemente era un comentario bien intencionado. —Qué envidia. Mi último trabajo fue en un callejón lleno de Necrófagos. Tuve que lavar mi ropa tres veces para quitarle el olor.

—Solo necesitas lavarlo una vez. La fibra está especialmente diseñada para que... —Empezó Lydia—

—Lo sé, querida. Una vez para quitarle la mugre, y las otras dos para una limpieza moral. Te aseguro que es completamente necesario.

Tina soltó una fuerte carcajada que ahogó la pequeña risa de Lydia. —Tú y tu obsesión con la limpieza. Nunca sabré por qué te hiciste policía.

Mirtha parecía incómoda. Miraba a todos lados, como si tratara de memorizar posibles rutas de escape. Finalmente dejó de hacerlo y habló —Ah... ¿Necrófagos?

Lydia se sorprendió. No era posible que una criminóloga no supiera qué era un Necrófago. Lora parecía pensar lo mismo —Querida, todo el mundo sabe qué es un Necrófago. Los adictos al GoldenNecro. Escoria humana.

La pequeña mujer pareció encogerse aún más. —Eh... Sí, ya sé lo que son, pero... solo quería saber en qué área estaban y si lograron encontrar al distribuidor. No pretendía... —se frotó las manos rápidamente— No quería...

Tina le dio unas palmaditas en la espalda y Lydia notó cómo Mirtha era impulsada levemente hacia adelante. —Lo entendemos, chica. No te preocupes.

Lora se levantó, se acercó a ella y le sonrió. —Respondiendo a tu pregunta, fue en la zona del sureste, cerca del Centro Administrativo de Samtbox. Unos estúpidos decidieron drogarse en un callejón justo detrás del edificio. Naturalmente, fueron reportados de inmediato, y con un poco de persuasión en el cuarto de interrogación soltaron quién y dónde les vendía su dosis.

Mirtha ya parecía más a gusto —Ya veo, cegados por su adicción no pensaron bien y decidieron drogarse lo antes posible. Querían evitar los transportes públicos, no arriesgarse a que los atraparan ahí. Seguro ya habían vendido su auto para costear su adicción... —Mirtha notó cómo la miraban impresionada. Soltó una pequeña risita. — ¿Y por qué te ensuciaste?

—Ah, *eso*. Verás, resulta que uno de los tontos tenía un arma. Entró en pánico y empezó a disparar. Los otros dos no es que estuvieran muy cuerdos, así que no ayudaron mucho que digamos, y para colmo la pistola que tenía era una copia barata, seguramente fabricada con piezas de la chatarra, se sobrecalentó y explotó.

«Como te podrás imaginar eso no salió nada bien, volaron tripas y sesos por todos lados, además el GoldenNecro salió disparado hacia arriba y cayó en

picada al suelo, manchando todo. Menos mal me puse a cubierto, hubiera sido terrible si esa cosa me hubiera caído encima. Lamentablemente no me salvé de la lluvia de sesos y tripas. La explosión mató a dos, pero uno sobrevivió, herido, pero vivió.»

— ¡Oh! Ya veo. —Mirtha ya no miraba alrededor —Qué historia más interesante.

—Te contaré más cuando quieras. —Lora se apartó de Mirtha, dejó su taza vacía en el lavavajillas, lo cerró, activando el ciclo de lavado y se encaminó hacia la puerta, como siempre sus pasos rezumaban elegancia. Antes de salir dio media vuelta —Se me olvidaba, bienvenida al Segundo Escuadrón de la Fuerza de Goldenfield.— Una vez hubo dicho eso salió de la sala.

—Te dije que todo saldría bien. —Tina parecía contenta con el resultado de la charla— Los miembros del Segundo Escuadrón son buena onda.

— ¿Quién dice buena onda hoy en día? —Agregó Lydia risueña

—Los que saben— Dijo Tina.

Lydia notó que Mirtha parecía mucho más cómoda que cuando entró la primera vez. Aunque, para ser honesta, ella no esperaba que se volvieran amigas. Su trabajo con la división de criminología era estrictamente profesional: los recibía en las escenas del crimen, esperaba a que lo examinaran todo con sus herramientas profesionales, y con un poco de suerte la dirigían, en un esfuerzo investigativo, a los criminales. Si no podían hacerlo rápidamente, se convertía en un irritante juego del gato y el ratón, donde tenían que buscar más pistas para que fueran analizadas, usando todos los Detectores Holográficos que tenían para hallar cualquier tipo de rastro, mientras que los criminólogos trabajaban buscando cualquier rastro virtual “para analizar el posible comportamiento del criminal”. La afirmación de Lora no estaba del todo errada, al menos desde el punto de vista de Tatiana, una de sus colegas, la cual siempre decía que ellas hacían el trabajo de verdad, metiéndose en redadas y disparándoles a los criminales, mientras que los criminólogos se quedaban en sus escritorios haciendo simple papeleo. Tatiana nunca se había llevado bien con ellos, sus interacciones siempre habían sido muy tensas.

Mirtha se le acercó y levantó la mano, dispuesta a estrechársela — Espero... Ah... Tengo la esperanza que seamos buenas amigas en nuestro trabajo.

Lydia trató de poner la cara más amigable que pudo y le estrechó la mano a su futura compañera. —Lo mismo digo. Que esta sea una relación fructífera.

—Bien, bien. Un buen primer día ¿no crees? —dijo Tina.

Lydia le iba a responder cuando su Pad comenzó a sonar. Le había llegado un mensaje.

—Disculpen, tengo un mensaje —dijo Lydia

Abrió su proyector holográfico, el cual estaba en su muñeca. El mensaje era bastante simple:

Tengo que hablar contigo. Ven al bar.

Matilda.

¿Matilda quiere verme? Será mejor que vaya, ella nunca llama a menos que sea algo importante. Pensó Lydia. Matilda era dueña de un bar restaurante donde hermosas mujeres y atractivos hombres atendían a los clientes, muchos creían que era simplemente una forma elegante de mostrar que eran otro prostíbulo más, pero a diferencia de los otros, Lydia tenía que admitir que el de Matilda era 100% legal, y que tenía mucha más clase que los muchos que había visitado por motivos de trabajo.

—Tengo que irme. Surgió algo —dijo Lydia.

Tina levantó una ceja, inquisitiva —Muy bien. Nos vemos luego. Suerte. —A pesar de que Lydia veía la curiosidad en sus ojos, ella no le preguntó al respecto.

—Hasta pronto —agregó Mirtha.

Lydia se dio la vuelta y salió de la sala de café por la misma puerta que Lora.



El exterior de la jefatura era un pequeño jardín, con diversas plantas y flores que la alcaldía de la ciudad había puesto en un esfuerzo por embellecer la jefatura, buscando lograr que la confianza hacia la fuerza pública aumentara.

Lydia salió del terreno de la jefatura por la puerta principal, una gran reja de metal electrónica que protegía el edificio de las amenazas del exterior, o al

menos debería hacerlo, nunca se había puesto en uso. Nadie era tan tonto como para atacar un edificio lleno de oficiales de la ley armados.

El exterior nocturno era un revuelto de asfalto y metal, numerosos proyectores estaban en las paredes de los distintos edificios, iluminando las calles con su intenso brillo, anunciando todo tipo de productos. Desde modificaciones y cremas para la piel, hasta cambios raciales.

Unos cuantos anuncios llamaron su atención. El primero era una mujer sosteniendo un tarro de crema y aplicándolo felizmente en la cara.

Sylvia. La única crema con PH totalmente neutro. Rejuvenece y revitaliza tu piel, mejora tu salud. Un producto de Mnemosine Inc.

El segundo anuncio era otra mujer negra a la que lentamente le crecían manchas blancas, hasta quedar con una apariencia moteada.

Prueba Vitiligo, la nueva moda que arrasa el país. Dirígete al Centro de Modificación más cercano y luce tu nuevo yo.

Eran los anuncios más llamativos, cubrían una gran parte de los altos edificios, lanzando su penetrante brillo a los ojos de todos los transeúntes. A Lydia el único que le interesaba era el de la crema Lydia, y solo porque Lora nunca le dejaría en paz si se enteraba de que no cuidaba de su piel. Además, Sylvia funcionaba bastante bien con las cicatrices.

Lydia caminó por las calles evitando a los demás transeúntes, sintiendo cómo sus pies pisaban el duro y frío suelo. Era un día bastante tranquilo.

Ojalá que siga así. Dijo para sus adentros.



Por fin llegó al *Bar Estrella Azul*, la propiedad de Matilda. El exterior era de un brillante color azul, con estrellas verdes proyectadas holográficamente sobre la superficie, moviéndose en una danza rítmica.

Lydia atravesó la puerta automática. El interior era espacioso, lleno de mesas azules con sillas verdes; meseros y meseras ataviados con trajes azul intenso iban de un lugar a otro con bandejas llenas de licor y carnes.

— ¡Lydia! —Oyó una voz que se le acercaba rápidamente, antes que alguien le diera un fuerte abrazo.

Era una mujer blanca y rubia, tenía los ojos heterocromáticos, azul y rosa, igual que Lora.

Lydia no reconoció a la mujer que la estaba abrazando. Así que activó su Pad, un aparato que estaba pegado en su oreja. El mecanismo era simple, usando un software de reconocimiento diferenciaba a las distintas personas que se encontraban delante del usuario. Todo eso era posible gracias al chip cerebral que les implantaban a todos al nacer, todo con el fin de reconocer a las distintas personas, aun cuando se hubieran hecho extensas modificaciones. También servía como un dispositivo de vigilancia, permitiendo a los policías y otras entidades ver un pequeño historial criminal, o la falta de este, a la hora de buscar sospechosos. Claro que eso no evitaría que los criminales encontraran otras maneras de burlar al sistema.

El mensaje que le dio su aparato era bastante corto; *Gina Fuchs, 25 años, Contadora, Sin historial criminal.*

—¿Gina? ¿Eres tú? —La mujer no se parecía en nada a una de sus mejores amigas, la alegre morena que había sido la semana pasada.

—¡Sí, soy yo! —Soltó una risita— ¿No me reconociste?

—No eras blanca la semana pasada. Creía que te gustaba el estilo de morena.

Gina la miró divertida —Eso fue la moda del mes pasado. Esto es el ahora.

—Ya me había acostumbrado a verte como morena.

—Tienes que estar a la moda si quieres triunfar. Hablando de eso... — Gina le cogió el pelo con suavidad —Necesitas cambiar tu estilo ¿Pelo negro y piel no blanca, ni oscura? Es tan... *antiguo*, y tus ojos, el verde ya no está de moda, el azul y el rosa lo están. Deberías al menos cambiarte eso.

—Sabes que no me importa nada de eso —dijo Lydia secamente.

Gina suspiró como una madre que está cansada de que su hijo no quiera comerse sus verduras. Luego, sonrió dejando ver sus dientes blancos —Y es por eso que te tengo una proposición. —Le envió un mensaje al Pad de su muñeca. Era un anuncio para unas modificaciones:

¿Cansado de tu apariencia actual? ¡Pues no te preocupes! ¡En esta Semana Negra cambia tu piel a un hermoso color oscuro! Disfruta las nuevas modificaciones exclusivas de esta temporada, incluyendo patrones exclusivos de Vitíligo. ¡Ven y actualízate en Shift Co.!

Lydia suspiró. —Gina...

—Ya sé que no te interesa, pero esto sería divertido. Iríamos las dos juntas a Boston. Nos divertiremos. Hace mucho que no salimos... —terminó con un cierto aire de tristeza.

—Yo... —Empezó Lydia. Se sentía algo culpable, no había salido mucho con Gina desde hacía meses. Estaba demasiado ocupada con el trabajo. Tampoco había ido a ver a Ana... —Bien, lo pensaré. Pero no te prometo nada, sabes que puede que no me den la semana, aun si lo pido, y solo sería una compañía moral, no me cambiaré nada.

Gina dio saltitos de la emoción —Tranquila, seguro que te dan la semana. Después de todo, nunca pides vacaciones, y puede que digas que no te cambias nada, pero siempre puedes cambiar de opinión.

Lydia solo le sonrió. Luego se acordó a qué había venido. —Gina, ¿dónde está Matilda?

—Oh, está en su oficina como siempre. Creo que tiene compañía.

Eso es nuevo. Creía que Matilda debía estar sola, por lo general no le gustaba que hubiera extras en las conversaciones. — ¿Sabes quiénes son?

—No, pero Matilda pidió que le llevaran aperitivos para tres personas.

—Gracias. —Descubriría quiénes eran los misteriosos invitados al llegar a la oficina. —Nos vemos, Gina.

—Adiós, Lydia. Considera mi oferta.

Dejó atrás a su amiga y se dirigió a una puerta azul pálida, con una estrella en ella. La oficina de Matilda. Tocó la puerta tres veces, no perdió de vista la cámara que la miraba desde la parte superior.

Un pequeño zumbido le informó que la puerta estaba abierta. Lydia entró en la habitación.

Era un cuarto grande, pero simple, unas cuantas macetas decorativas esparcidas por la habitación, unas cuantas sillas azules para visitantes en los rincones de la habitación y enfrente de un escritorio verde, sobre el cual reposaba una pequeña bandeja con galletas y sándwiches. Ahí estaba sentada Matilda, una mujer de largo pelo marrón y piel extremadamente pálida, tirando al azul, de ojos verde intenso. Junto a ella estaban dos hombres vestidos de negro con

pequeños emblemas de flores de Jacinto, gruesas gafas electrónicas les colgaban del cuello, dejando ver sus ojos marrones, a juego con su pelo rojo.

Thomas y Percival. Miembros del Cartel de Jemima. ¿Qué hacen aquí?
Lydia ya los conocía, y de acuerdo con ellos eran amigos del alma, ellos creían tal cosa ya que Lydia era de las pocas personas que podía diferenciar a los gemelos sin ayuda de un Pad.

—Lydia. —Saludó Matilda— Ellos quieren hablar contigo. —Miró a los dos hombres. — ¿Qué esperan? — Como siempre Matilda iba al grano, sin dar ningún rodeo.

Percival se adelantó —Mi estimada Lydia.

Thomas lo siguió —Te tenemos información de lo más útil.

—Específicamente, concierne a un cargamento que se perdió.

—Una desgracia, si quieres mi opinión.

—Mucho dinero se esfumó.

—Y eso es solo la punta de nuestros problemas.

Lydia estaba intrigada ¿Dos miembros de uno de los Carteles que controlaban gran parte de la ciudad querían advertirle que perdieron un cargamento? Algo no estaba bien. —Vaya, ¿están seguros de que deben decirle a una policía esta información? No creo que a Jemima le guste esto.

Dos sonrisas gemelas relucieron en la habitación. —Deberías saberlo, es muy importante. —Dijo Percival.

—Ya todo el mundo clandestino lo sabe. —La voz de Thomas se unió a la de su hermano.

—Y es algo irónico que la policía no tenga ni idea.

—Divertido, diría yo.

—Al grano —La voz de Matilda interrumpió a los hombres.

Las caras de los gemelos se tornaron nerviosas. Percival fue el primero en hablar —Escucha... Te decimos esto porque te debemos una. Tarde o temprano la policía se habrá dado cuenta, y es mejor que estés prevenida.

«Hace unos días un gran cargamento de drogas debía llegar al puerto. Una gran entrega, con mucho dinero en juego. Pero cuando el barco llegó, no había

nada. Todo el cargamento había desaparecido. No sabemos cuándo, cómo o quien se lo robó. Todo el mundo está buscando como lunáticos».

Lydia sintió cómo el frío le subía de las piernas a la cabeza. — ¿Cuánto se robaron?

Thomas miró a Percival con una mezcla de nerviosismo y reticencia. —20 billones de créditos.

— ¡¿Cuánto?! —Lydia no podía creer lo que oía. Con tanto dinero en juego la gente se desmembraría, por una parte. Tenía que actuar. — ¿Qué era ese cargamento?

Thomas tenía una mueca de dolor en la cara. —GoldenNecro y CellShocker.

Lydia se acercó a ellos y agarró a Thomas de la camisa. —¿Me estás diciendo que perdieron un cargamento de ese tamaño de las dos drogas ilegales más peligrosas que se pueden encontrar en el mundo? —Su voz era rasposa y peligrosa, la misma que usaba para interrogar a los criminales.

—Eso mismo —Thomas no parecía asustado, solo mortificado.

—Jemima... —Susurró Lydia— Debe estar furiosa. —Soltó a Thomas.

Percival rió incómodamente. —No está furiosa. Estuvo furiosa después de ese estúpido trabajo en Belgrado. Estuvo furiosa cuando se enteró de que Crisantemo le estaba robando a los clientes ¿Ahora? Está iracunda, demoníacamente loca.

—Le abrió un hueco a la pared, rompió vasos, jarrones, incluso su cuadro favorito. Casi ahorca a la pobre Monette. —dijo Thomas— Debiste ver lo que le hizo al tipo que manejaba el encargo.

Esto estaba mal, muy mal. El Cartel no se quedaría quieto después de esto, levantaría todas las piedras y destrozaría a todos los que se metieran en su camino. Y si los otros Carteles lo sabían...

Percival la miró con seriedad. —Mira, Jemima está investigando a todos los que tuvieran relación con el envío, está haciendo que sus servidores investiguen a todos los que alguna vez tuvieron relación con su Cartel, con Jacinto, y sabes muy bien a quién incluye eso.

El terror se asentó en ella. —Ana —susurró.

—Sí, tu querida amiga ahora corre un peligro mortal. —Matilda miraba hacia las estrellas ornamentales que colgaban del techo. —Jacinto está a punto de ir a la guerra...

Maldición. ¿En qué me he metido ahora? Pensó Lydia, mientras miles de pensamientos recorrían su cabeza.

Capítulo 2 – Las flores de Goldenfield

Lydia salió del *Bar Estrella Azul* tan rápido como pudo, sus pasos repiqueteando en las frías y duras calles. Las luces nocturnas titilaban, su brillo danzando en las calles. Ya era tarde y la mayoría de las personas se habían retirado a sus casas, dejando las calles a merced de los habitantes nocturnos, prostitutas que deambulaban las calles en busca de clientes, oficinistas saliendo

del trabajo, seguramente haciendo horas extras, y los Necrófagos y Shockers buscando sus dosis bajo el abrigo de la oscuridad.

Idiotas, Idiotas todos ellos. Pensó Lydia. La noticia del robo la había alterado, un cargamento de ese tamaño haría que la gente se destrozara por él. La mayoría de las drogas como la marihuana y la cocaína ya habían sido legalizadas hace mucho, siendo estas usadas en pequeñas dosis con fines recreativos y medicinales, el argumento principal, el cual Lydia recordaba haber leído hace mucho tiempo en clase de historia, era que estas, siempre que se usaran en pequeñas dosis, no eran letales. GoldenNecro y CellShocker eran una historia totalmente distinta.

Con el surgimiento de las modificaciones a nivel genético con una precisión nunca antes vista, se abrió un espacio para mejorar la medicina, al producir versiones más potentes y eficaces, aunque eso logró que se modificaran narcóticos a versiones híbridas y absurdamente peligrosas: GoldenNecro era una droga líquida, generalmente cargada en jeringas, la cual al mezclarse con crema, generalmente usaban Sylvia, y untársela en la piel generaba una sensación increíblemente placentera, usualmente comprada con un orgasmo, funcionaba al sobrecargar las células con impulsos eléctricos, engañando al cerebro para que transmitiera endorfinas, lo malo, aparte de ser increíblemente adictiva, era el hecho que la manipulación a nivel celular provocaba que estas entraran en un estado de necropsia, lo que a la larga provocaba que enteras extremidades se perdieran. Ninguno de los afectados podía ir a un centro médico para buscar extremidades clonadas, tendrían que admitir cómo las perdieron y entonces les serían negadas y ellos entregados a la policía, en los peores casos los adictos se convertían en muñones que terminaban muriendo de inanición.

CellShocker, por su parte, enviaba señales directamente al cerebro, sus efectos eran descritos como pequeñas explosiones en la cabeza, sin embargo, provocaba que las neuronas murieran lentamente a nivel individual. Al principio la diferencia no se notaba, y los usuarios podían seguir usándola sin preocupaciones por un breve periodo de tiempo, pero después de usarla repetidas veces, se perdía lentamente la movilidad de las extremidades, seguida por una memoria cada vez peor, los adictos olvidaban dónde vivían e incluso sus nombres, solo los empujaba la adicción, al final se convertían en vegetales, condenados a una existencia horrible, debido a que si bien ya se podrían clonar extremidades, arreglar un órgano tan delicado como el cerebro no era posible, había científicos que trataban de solucionar eso, pero no lo habían logrado hasta ahora. Con eso en cuenta ambas drogas estaban prohibidas en todo el mundo, siendo calificadas

como un “Riesgo para la salud” por todas las organizaciones médicas. Claro que eso no impedía que los narcotraficantes se llenaran los bolsillos vendiéndolas a los incautos.

Tan enfrascada estaba en sus pensamientos que no se dio cuenta de que ya estaba en la jefatura, su gran reja de metal dándole la bienvenida. Tenía que darles la noticia a sus compañeros, y a su jefe, sobre todo a su jefe.

Decidió entrar por la sala del café, con la esperanza que Lora todavía estuviera allí, era mejor darle la noticia a la jefe juntas, por mucha integridad que tuviera era bastante volátil en cuanto los carteles se trataba. Los odiaba con una pasión desmedida, y apenas toleraba los “contactos” que Lydia tenía, la única razón por que lo hacía era para obtener la información antes que nadie, no era un sistema 100% limpio, pero tampoco era corrupto, era lo mejor que se podía pedir de una ciudad como Goldenfield.

Afortunadamente Lora todavía estaba allí, pero desafortunadamente Tatiana también. La cosa no pintaba bien. Mirtha estaba sentada en el sillón, Tina estaba parada frente a ella, en una posición vagamente protectora, Lora estaba parada frente a una mujer alta, de piel clara e igual de musculosa que Tina, Tatiana. Ninguna de sus caras era agradable, para empeorar las cosas Tatiana apestaba a licor, y ella no era de las borrachas felices, y no podían despedirla, nadie quería unirse a la fuerza; Mirtha era un caso raro, ya que la mayoría les tenía demasiado miedo a los carteles como para tratar de detenerlos. La jefatura debía de trabajar con lo que tenía.

—Tatiana, querida, —la voz de Lora era muy dulce y terriblemente falsa, cargada de un asco apenas contenido. —¿Por qué no te sientas y descansas un poco? Te ves peor de lo usual. Pero no mucho en realidad, y apestas. —Lora se abanicó la nariz, sin esforzarse en disimular su desprecio.

Tatiana entornó sus ojos azules, alzó el dedo índice y se lo enterró en el pecho a Lora. Se balanceaba un poco, no se podía mantener quieta. —Cállate, Lora, pequeña miserable. —Su voz era temblorosa y arrastraba las palabras, sonaría más amenazante si la borrachera no le impidiera transmitir sus emociones. —Deja de comportarte tan dulce, no lo vale. Eres igual de perra que la primera vez que te vi. Puta destrozahogares.

La boca de Lora se torció en una delgada línea, agarró con fuerza la mano de Tatiana y la apartó de su pecho. —Tomaste más licor de lo que esperaba, te está matando las neuronas. No sabes lo que dices. —Lora podía ser bastante

amenazante cuando lo quería, y de momento lo estaba logrando. —Deberías ir a recostarte, quizás debajo de un auto. Ayudaría a todos.

Tatiana no le respondió, simplemente se dirigió hacia Mirtha, la cual se encogió en el sillón, Tina se puso frente a ella, impidiendo que se le acercara.

—¿Y esa, quién es? —

—Yo... yo... —Mirtha tartamudeaba, miraba a sus pies. —Trabajo aquí. Soy... nueva. Sí, eso, nueva.

—¿De la fuerza? ¡Ja, ja, ja! —Tatiana rezumaba crueldad —¿Una niñita estúpida y asustadiza como tú? Serías solo una carga.

Mirtha se puso colorada, se quedó tiesa mientras Tatiana se reía enfrente de ella, parecía querer encogerse dentro de sí misma.

—Es la nueva criminóloga —Tina carraspeó, tenía los puños apretados. —Se graduó con honores, honores mejores que los tuyos.

Tatiana sonrió ampliamente, mostrando sus dientes amarillentos por el licor. —¿Una rata de escritorio?! Vaya adición a esta fuerza estúpida y decadente. —apartó a Tina de un empujón, una prueba de su gran fuerza física, se acercó a Mirtha y agarró su camisa, levantándola del sofá. —¿Y qué harás, idiota? ¿Quedarte en un escritorio todo el día mientras nosotros recibimos las balas? Te gustaría eso, ¿no?

Tina se abalanzó sobre la borracha y le quitó a Mirtha de las manos, empujando a Tatiana al piso.

—Aparta tus asquerosas manos de ella, perra despreciable.

Tatiana se revolvió en el piso un tiempo, aturdida, hasta que se levantó con esfuerzo, atontada por el golpe y el licor. —¿Quieres pelear? Peleemos entonces. Te hare trizas. —la determinación en ella era palpable, impulsada por la ira y la ebriedad.

Tina parecía dispuesta a romperle los huesos a Tatiana, dejó a Mirtha en el suelo y procedió a acercarse a ella, lentamente.

Lydia se puso entre ellas —Ya basta, —su voz era dura, odiaba esas situaciones, las consideraba una vergüenza para la fuerza, que de por si no tenía la mejor reputación. —Esperaba algo mejor de ti, Tina.

—Esa puta se lo buscó.

—No me importa. ¿Es que quieres que la nueva nos vea como un montón de matones que apenas pueden controlarse?

Tina apretó los dientes en una mueca de desagrado. —No. No quiero eso. —Relajó los hombros y las manos.

Tatiana se rió larga y estruendosamente. —¿Le haces caso a ella? Cobarde —se paró en frente de Lydia, y ella olió su aliento de vodka barato. —Deberías meterte en tus asuntos... *Muñequita*.

Lora soltó un grito. —¡Tatiana!

Lydia sintió cómo la ira hervía lentamente en su interior. Nadie la llamaba *muñeca*. Nadie le recordaría a su madre.

Tengo que calmarme. No podía dejar que la rabia le hiciera actuar de manera imprudente, ya era bastante que tuviera contactos con Jacinto, no permitiría que su historial se manchara aún más.

—Tina, creo que es hora de que lleves a la nueva a casa. El turno de hoy ya debe de haber terminado. Lora, acompáñame a ver a Lindsey, tenemos que hablar con ella.

Tina la miró agradecida, y le sonrió a Mirtha, quien parecía a punto de echarse a correr. —Tienes razón, vámonos chica, te doy un aventón.

Mirtha se levantó del sofá. Seguía estando colorada. —Bueno. Esto... adiós —miró a Tatiana. —Fue un gusto. —no había sarcasmo en su voz, quizás solo una vaga esperanza. Amabas salieron de la sala del café, Tina se despidió con una mano, y Mirtha con un pequeño “Hasta pronto”.

Lora se puso al lado de Lydia. —¿Quieres hablar con la jefe? Pues vámonos —miró a Tatiana de soslayo. —Aquí apesta.

Tatiana no se molestó en reaccionar frente a la situación, simplemente salió del lugar, sin mirar a nadie o disculparse, murmurando “Necesito un trago”.

Lydia empezó a dirigir a Lora al segundo piso de la jefatura, donde seguramente encontrarían a Lindsey en su oficina. Era la que más trabajaba de todos, siempre quedándose hasta tarde, en días feriados e incluso en navidad. Era un ejemplo para todos, por su gran integridad y su fidelidad a la ley. Sin embargo, Lydia recordaba que la gran dedicación de su jefe había provocado estragos en su vida personal: se había divorciado dos veces, y a sus 42 años había faltado a más de 20 cumpleaños de amigos y familia. Su hija la admiraba y comprendía por qué no iba a verla muy a menudo, incluso la visitaba a veces,

pero Lora siempre había dicho que faltaba poco para que Lindsey buscara otro trabajo, uno que le permitiera pasar tiempo con su familia, aunque su gran dedicación indicara otra cosa.

Supongo que solo el tiempo podrá dar resultados. Lydia creía que su jefe no se iría nunca, pero Lora la conocía mejor que ella, así que no estaba muy segura al respecto.

—¿Lydia, Lydia? —Lora sacudió levemente su hombro —Ya llegamos, estamos frente a la puerta de la jefe.

Lydia salió de sus divagaciones. —Muy bien, entremos.

Lora le sonrió —¿Otra vez pensando? Te distraes demasiado.

Lydia tocó la puerta tres veces. —Jefe, soy yo, Lydia. Tengo que hablar contigo.

Una voz salió del interior. —Adelante.

Lydia empujó la puerta, marrón y con la insignia de la jefatura en dorado (una ciudad floreciendo de una margarita con estrellas alrededor), y entró en la oficina más importante del lugar.

El interior era parecido al de Matilda, ambos centrados en el utilitarismo, las paredes eran de madera sintética y unos cuantos cuadros las decoraban, un pequeño estante de libros pegado a la pared le daba un toque clásico (ya nadie se molestaba en usar papel.), las decoraciones eran simplemente para darle una buena imagen a alguien de su posición, una movida pragmática. Un simple escritorio dominaba la parte central de la habitación, y tal como Matilda, Lindsey, una mujer morena de cabello negro, estaba en el escritorio, trabajando en su proyector holográfico. No levantó la mirada al oírlas entrar.

—Buenas noches Lydia, Lora. —profesional y al grano, así era ella. —¿Necesitan algo?

Lydia tomó aliento. No sería nada fácil explicarle lo que había pasado, y sería aún más difícil cuando se enterara de su fuente de información.

—Quiero hablar contigo sobre un problema relacionado con los carteles. —Lindsey levantó la cabeza de su proyector y la miró fijamente. Lydia notó cómo los ojos de Lora se habían posado sobre ella. —Ha ocurrido un robo de un cargamento de drogas.

—¿Cómo lo sabes? ¿Quién te dio esta información? —la interrumpió Lindsey, no recordaba la última vez que había hecho algo así.

Lydia dio una pequeña pausa. —Mis contactos me lo dijeron.

—Tus... contactos. —el desprecio llenó a Lindsey como agua a un vaso.

—Sí, ellos me lo han dicho. Se han robado un envío de GoldenNecro y CellShocker, el cartel de Jacinto era el receptor. —Lydia tomó aire —Perdieron 20 billones de créditos en narcóticos.

Sintió cómo Lora tomaba aire a su lado. Lindsay se quedó mirándola pasmada, con la boca levemente abierta. Se levantó de un salto de la silla, lo cual rodó hacia la pared de atrás, se acercó a Lydia y sacó el proyector y cuando estuvo enfrente de ella empezó a escribir furiosamente en él.

—¿Quién lo hizo? ¿Cómo lo hizo? ¿Cuándo lo hicieron? ¿Fue uno solo o hubo cómplices? —las preguntas eran rápidas y frenéticas.

—No sé mucho, solo me dijeron que el robo sucedió hace unos días. No me dijeron exactamente cuándo, era por medio de un barco, debía llegar al puerto, donde el cargamento sería entregado al cartel de Jemima, Jacinto, pero no había nada, las drogas desaparecieron. Jemima está loca por encontrar a los culpables, según me dijeron, está enviando a todos sus hombres disponibles a encontrar al culpable o culpables.

—Oh, mierda —dijo Lora.

Lindsay tecleó como loca en su proyector, miraba frenéticamente la información que este le proveía, como si esperara que la solución a su problema pudiera aparecer de un momento a otro.

—Así que era por eso. Fui una estúpida, debí notarlo antes, es todo tan obvio —Lindsey daba pequeños zapateos en el piso. —Por eso se han movilizado, son como rapaces, dispuestos a devorar los demás ante la menor muestra de debilidad, sin importarles el precio.

Lydia cruzó los ojos con Lora, no era nada bueno ver a la jefe tan alterada, la noticia sin duda era impactante, pero ella siempre mostraba un gran control sobre sus emociones.

Después de un tiempo, las miró a las dos a la cara. —Nuevas órdenes, he avisado a la alcaldía, estarán alerta. Debemos actuar rápido, mañana a primera hora, sin falta, empezaremos a movilizarnos.

—¿Ya hay información al respecto? Es más rápido de lo que esperaba. — por muy buena que fuera la jefe no era posible conseguir la información a una velocidad tan alarmante.

—No se quienes lo hicieron, pero si tengo algo de datos. En los últimos días he sido informada sobre movimientos sospechosos de la Flores de Goldenfield.

Ah, los carteles que rigen esta ciudad. Si un forastero escuchara sobre las flores esperaría que estas fueran un grupo musical o de arte, y eso no podría estar más alejado de la verdad. Ese eran los nombres que los carteles, los grandes grupos mafiosos que controlaban la ciudad y esparcían la corrupción a donde pudieran, convirtiendo así a Goldenfield en el agujero que es, tenían. Era todo muy irónico, los cinco grupos: Jacinto, Crisantemo, Caléndula, Azucena y Clavel, a pesar de sus bonitos nombres, manejaban el crimen en la ciudad, controlaban la distribución de drogas por medios frustrantemente difíciles de rastrear, extorsionaban a los dueños de los negocios por “protección”, y no tenían problema alguno en involucrar civiles en sus disputas por territorio.

Para colmo de males, el chip craneal no servía en ellos, debía rastrear su expediente criminal, logrando que fueran capturados, pero se las arreglaban para que siempre estuvieran limpios, ya fuera usando marionetas, personas pagadas u obligadas, para que hicieran el trabajo sucio por ellos, permitiendo que los lideres nunca cometieran una infracción que pudiera ser registrada. O la alternativa era sobornar a los encargados del manejo de los chips para que borrarán el historial. Debido a eso acumulaban una inmensa influencia y poder, y era prácticamente imposible encarcelarlos, “Una batalla perdida” decían algunos. Lo pero era que todos los contactos del mundo criminal de Lydia provenían de uno de ellos, Jacinto, odiaba estar en continua deuda con ellos, pero era la única manera de lograr avances contra el crimen, por muy despreciable que fuera el método. El único punto bueno era que Jacinto era el grupo más “moral”. Pero eso era todo. Eso era todo.

—No sabía qué era la causa —continuó Lindsay —Pero ahora ya lo sé, están tratando de quitarle el territorio a Jacinto después que su posición fuera debilitada por la pérdida de gran parte de su capital. No se van a quedar quietos, tratarán de robarle a Jacinto todo lo que puedan, Y es escoria conocida como Jemima no se quedará quieta. Luchará con uña y diente para conservar su poder, como la megalomaniaca que es.

«Tenemos una oportunidad para frenar el daño ahora que sabemos esto, tendremos que enfocarnos en proteger a los civiles de sus luchas, y con algo de

suerte podremos capturar a varios de los agentes de los carteles mientras están ocupados desguazándose los unos a los otros. El fracaso no es una opción en esta situación. Me duele admitirlo, pero ya que obtuvimos la información ante que los otros carteles, tenemos que enfocarnos en reducir el daño. A primera hora mañana empezaremos a investigarlos, Lora tu quédate aquí, te necesito, Lydia vete a casa y descansa, te espero aquí mañana temprano ¿Entendido?»

—Sí señora —dijeron Lydia y Lora a la vez.

Lydia se dirigió a la puerta. —Adiós Lora, suerte.

—Gracias, querida —el estrés que sus palabras conllevaban no pasó desapercibido, al menos no para Lydia.

—Adiós, jefe.

No le respondió.




Ya en su auto llamó a Ana, tenía que advertirle de la situación. En lugar de su amiga un mensaje automatizado le respondió.

Hola Lydia, lamento no estar disponible, tengo un trabajo en un club privado esta noche, y no estaré disponible hasta mañana. Lamento por las molestias, pero si necesitas algo deja un mensaje y te llamare más tarde. Que tengas un buen día.

—Mierda —justo cuando la necesitaba no estaba disponible. Su trabajo como corista era un sueño para su mejor amiga, pero la mantenía ocupada y tenía la mala costumbre de desaparecer en los peores momentos. Aquel era solo un ejemplo de los muchos casos que se había presentado. Por mucho que Lydia quisiera rastrearla había muchos bares en los que ella podría estar y no era posible encontrarla, al menos no en esa noche.

—Ana, necesito hablar contigo. Es urgente, contesta cuanto antes, y ven a verme. O si no puedes, avísame dónde puedo encontrarte.

Lydia solo podía esperar esa noche, por muy justificado que estuviera no le terminaba de agradar.




El apartamento de Lydia era descrito por muchos, principalmente por Ana y Lora, como simple. No había muchas decoraciones, las pocas que había eran regalos de sus amigas, acumulados a lo largo de los años. Las paredes eran blancas con diseños de pájaros, cortesía de Gina. Un televisor en frente de un cómodo y funcional sillón era lo más costoso del lugar. La cocina era relativamente pequeña, con un lavavajillas incrustado en una de las paredes y un comedor anexado a ella.

Lydia se dirigió a su cuarto, en él estaba su cama de un color rosa estridente, elegida personalmente por Ana. A pesar de que no sentía espacial afecto por el color nunca se había molestado en cambiarlo.

Entro al baño por la puerta al costado de la habitación, se quitó lentamente su uniforme, hasta quedar desnuda y entró en la ducha. Los baños siempre la calmaban.

—Encender ducha, configuración 1.

Los controles electrónicos obedecieron sus comandos y un chorro de agua caliente perfectamente calibrado, por la computadora presente en la pared, la bañó lentamente. Lydia sintió cómo sus pensamientos se aclaraban a medida que el agua recorría su cuerpo. Pasaron unos minutos antes de que decidiera salir del baño. Se secó con una toalla, y procedió a buscar su pijama, se puso su largo camisón gris y se metió en la cama.



Su madre la llevaba de la mano. El brillante sol le daba en los ojos. Lydia usaba un vestido verde limón, que, según su madre, “era el último grito de la moda”. Iban directo al modificador, su madre quería darle un nuevo estilo. Aunque ella creía que se veía bonita como estaba.

—¿Por qué vamos al modificador? Fuimos hace dos semanas. —era cierto. La habían modificado para ser una atractiva mujer de piel oscura. A Lydia le parecía que su piel tostada era agradable, y su nuevo cabello liso ondeaba en el

viento como esas novelas de la televisión. Pero, al parecer, su madre no opinaba lo mismo.

—Ya te dije por qué. —se veía como una versión más grande de Lydia — Verónica le dio a su hija la última modificación de la gran modelo Cindy, y nosotras no podemos quedarnos atrás. Seríamos la burla de las vecinas si lo hacemos.

—Oh, —Lydia miró al asfalto que corría bajo sus pies —Creí que estaba bonita como estoy.

Su madre la miró con impaciencia. —Pues creíste mal.

—¿Seré hermosa luego de esta modificación?

—Qué pregunta más estúpida. Pues claro que sí.

—Y entonces ¿me querrás?

Su madre la miró como miraba a las demás personas, como a los cuadros que pasaba horas eligiendo. Buscando defectos, imperfecciones. Una mirada helada, la cual no tenía la dulzura de su padre.

—¿Mamá?

Finalmente, ella habló. —Sí, supongo que sí.

Entonces lo haré, por mamá. Pensó Lydia, mientras se encaminaba a cambiar su ser una vez más.



El sonido de una llamada la despertó, todavía estaba oscuro. Buscó a ciegas su proyector, hasta que por fin sus manos se cerraron alrededor del frío metal.

—¿Lindsey, eres tú?

—No, intenta otra vez.

Reconoció esa voz. Percival.

El sueño la abandonó al darse cuenta quien le hablaba. —¿Qué sucede?

—Hay problemas, para ti y tu amiga.

—¿Acaso Jemima decidió que ya no me necesita? —no se desharía de ella, pero si la quitaría del medio.

—No. —era extraño que Percival estuviera tan serio, debía ser grave. —
María ha vuelto. Va por Ana.

El frío poco le importaba, su creciente preocupación la mantenía aclimatada, o al menos bloqueaba la baja temperatura. Un gran edificio de apartamentos le cuidaba la espalda, no estaba lloviendo, pero el aire estaba cargado de humedad y el humo corría por las aceras envolviéndolas en un espeso color blanco. Un ambiente tranquilo, pero ominoso. Lydia trató de no prestarle atención, no creía en esas cosas, era puras patrañas, pero después de pasar tanto tiempo con Gina parte de su entusiasmo por ese tipo de cosas se le había pegado, muy a su pesar. Veía predicciones en ciertas cosas, luego de pasar varias tardes escuchándola hablar sobre su fortuna del tarot mientras tomaban un café, miraba tablas complicadas que mostraban los augurios de los diferentes animales, la escuchaba para hacerla feliz, a Lydia le gustaba pensar que no creía nada de esas boberías, pero no podía evitar pensar en ellas, o al menos recordarlas, cada vez que veía algo relacionado con ellas.

Había esperado a Ana desde hacía un tiempo, sus frenéticas llamadas no eran respondidas, y su mortificación solo aumentaba. Era de vital importancia advertir a Ana sobre el peligro que corría, pero no había podido encontrarla, de modo que a Lydia solo le quedo esperarla en la entrada de su apartamento. No era precisamente lo más rápido, pero era lo mejor que tenía en el momento.

Lo bueno de esperar era que podía formular diversos planes para lidiar con su situación actual, iban desde sacar a Ana de la ciudad, hasta ponerla en protección policial, la segunda era más complicada y tendría repercusiones en lo que concernía a la reputación de Ana, si la ponían bajo protección el público pensaría que no era una mujer con un historial limpio, y en Goldenfield la mayoría se desquitaba con los que pudieran, intentando de alguna forma vengarse de los carteles. En el peor de los casos, la reputación de Ana quedaría en ruinas y perdería la carrera por la que tanto trabajó, sin embargo, cabía la posibilidad de llegar a esa situación. Aunque...

—¿Lydia?

Ana.

Su amiga estaba en la acera, usaba un vestido largo y rojo, lleno de risos y encajes, un collar de perlas blancas le adornaba su delgado cuello, un bolso negro le colgaba de un brazo. Tenía una piel clara y delicada, ojos de un azul intenso, que no se conseguía naturalmente, y cabello castaño. Brillante y liso. Todos decían que era una auténtica belleza, aunque un estilo igual estaba sólo a una modificación de distancia, muchos creían que Ana sabía lucirlo como ninguna otra persona. Lo cual era necesario en su línea de trabajo.

Ana le sonreía —¿Qué haces aquí tan temprano?

—Necesito hablar contigo, es urgente. —fue directo al grano, de nada servía dar rodeos.

Su amiga ladeó la cabeza. —Vale, pero ¿Qué es lo que quieres decir exactamente...?

—Aquí no, —nunca se sabe quién podría estar escuchando —¿Te molesta si entramos a tu apartamento?

Ana mostró unos dientes blancos —Por supuesto que no, vamos.



El apartamento era espacioso, con paredes rojas y muebles de un café muy oscuro que casi era negro, todo fue escogido delicadamente por su amiga en el transcurso de varias tardes, siendo Lydia reclutada para la operación. El lugar no podía ser más diferente que el hogar de Lydia, había cuadros en las paredes y diversas estatuillas y jarrones con flores por todo el lugar. Ana llevó a Lydia a un conjunto de cómodos sillones y le indicó que se sentara. No lo hizo.

—¿Quieres algo de té? Tengo bastante.

Lydia negó con la cabeza. —No hay tiempo, vine aquí para advertirte. Tienes que esconderte.

Ana la miró detenidamente. —¿Por qué?

—Ha ocurrido un robo, un gran robo de drogas.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Fue a Jacinto a quien le robaron los narcóticos.

Ana miró al piso. —Ya no formo parte de ellos, y lo sabes.

—No es eso. Jemima está buscando a los culpables, —explicó —Investiga a todos los miembros y exmiembros del cartel, no dejara que el culpable se le escape de las manos.

Ana empezó a jugar con sus pulgares. —Yo... —la mujer de rojo tomó aire —No tengo nada que ver con esto. No tengo por qué temerles. Estoy limpia.

—Sabes que Jemima es muy vengativa. Si llega a sospechar...

—No lo haré. Solo soy una corista, ¿De qué me serviría robar un cargamento de drogas?

Ana no la estaba escuchando. Tenía que darle el golpe final, la información que sin duda la haría ver la razón, o la alteraría. —Jemima ha puesto a una de sus mejores agentes en el caso. María ha vuelto a Goldenfield.

Eso sí surtió efecto. Ana levantó la cabeza con brusquedad y Lydia vio cómo sus manos se apretaban mutuamente. —¿Ella? ¿María ha vuelto?

—Sí —confirmó Lydia —Es por eso que debes esconderte, sal de la ciudad. —se acercó a Ana y la cogió de las manos, separándolas de su abrazo. —Te ayudaré, incluso puedes estar bajo la protección de la policía. —al ver que su amiga no le respondía, procedió a tratar de asegurarla —Será todo confidencial, no tendrás que preocuparte por tu reputación.

Ana se quedó quieta, sus ojos posados sobre sus manos entrelazadas. No dijo nada por un tiempo y eso preocupó inmensamente a Lydia. ¿Es que no veía cuán grave era la situación? No estaría a salvo en Goldenfield.

—Ana, —le dijo Lydia con suavidad —Tienes que irte, no es seguro aquí. María no descansará hasta verte muerta. Si encuentra la más mínima evidencia de que estás involucrada tomará esa oportunidad para vengarse.

Ana le quitó las manos toscamente. —¿Qué insinúas? —su voz era tensa, y con un dejo de enojo. —Te lo he dicho, no tengo nada que ver con esto. ¿O es que no me crees?

Su amiga era terca cuando quería serlo, y en esa situación solo llevaría a que se lastimara. Lydia debía disuadirla, convencerla de abandonar la ciudad, no tenía muchas opciones. —Eso no fue lo que quise decir. María verá postas que te conecten con el robo si quiere verlas, no necesitas estar relacionada, María solo necesita una excusa para meterte en el asunto.

Ana la cogió de las manos otra vez. —Lo siento, no quise hacer eso. Solo... Es solo que no me gusta recordar mis días en Jacinto.

Lydia le puso una mano en el hombro de su amiga. —¿Entonces, me harás caso y te irás de la ciudad?

Ana la miró a los ojos y sonrió. —No.

—¡Ana! ¡¿Es que estás loca?!

—No, no lo estoy. Simplemente no tengo nada que ocultar, no tengo por qué esconderme.

Lydia estaba exasperada, Ana era demasiado cabeza dura para su propio bien, y en esta cuestión tal cosa no se podía permitir. —Te acabo de explicar...

—Tengo una audición en la Pluma Dorada. —la interrumpió —No puedo faltar a ella, arruinaría mi carrera.

—¿Pluma Dorada? ¿El club elegante al que van los Ejecutivos?

Ana asintió emocionada con una sonrisa en la cara. —¡Sí! Si logró entrar seré una corista profesional, trabajare en lugares exclusivos y viajare por el mundo. Por fin podré salir de esta miserable ciudad —la última parte la dijo con asco, y entre dientes.

Lydia sabía que ese siempre había sido su sueño, escapara de la pesadilla que era la ciudad de Goldenfield, pero nunca había podido. Sin embargo, Ana debía entender que había otras prioridades en el momento, no se podía jugar así con los carteles, lo mejor era esconderse, no esperar lo mejor ciegamente. Tales cosas solo garantizaban la desgracia.

—Pospón la audición.

—No puedo.

—Sí puedes. Solo tienes que decírselo.

—No me dejarán, a los de la Pluma Dorada no les gusta que los dejen plantados, no puedo faltar.

—¿No vas a intentarlo siquiera?

—No me voy a arriesgar.

—¿En serio crees que es menos peligroso que quedarse en la ciudad cuando uno de los carteles te está buscando?

—En lo primero no hay riesgo, sé que sueno repetitiva pero no tengo relación con el robo. Pero en el segundo mi carrera está en juego, no me puede permitir fallar en un momento tan crucial.

—Entonces deja que la jefatura te proteja.

—No, eso podría ser incluso peor para mi reputación.

Lydia sentía como la derrota le subía por las piernas, si Ana no quería irse o estar bajo protección, no podía obligarla.

—Al menos considéralo. Si llegas a cambiar de opinión, sabes cómo contactarme.

Ana asintió, y se sentó en un sillón. Jugeteaba con sus pulgares. —¿Quieres quedarte y tomar algo? —Lydia sospecho que quería estar sola, y que solo le preguntaba por cortesía.

—No, tengo que irme. Me necesitan en la jefatura, Lindsey usará a toda su gente en esto.

—Adiós, Lydia.

Lydia dio la vuelta y se encamino a la puerta. Agarró la perilla y la abrió con lentitud. Antes de salir, dio la vuelta y miro a la corista. —Llámame.

Lydia juraría que al cerrarse la puerta oyó a Ana maldecir por lo bajo.



Nada más hubo pisado la entrada de la jefatura cuando Lora salió a su encuentro, tenía puesto el uniforme y la pistola en su funda. Se veía alterada. Su cabello no estaba arreglado, lo cual era preocupante en ella, estaba todo atado en un moño en la parte de atrás de su cabeza.

—Lydia llegaste justo a tiempo. ¡Y ya llevas tu uniforme! —le sonrió agradecida —Entra al carro, nos tenemos que ir. Hay una situación en progreso. Lora dirigió a Lydia a las patrullas estacionados en un rincón de la jefatura. Sus colores dorados brillando en la mañana.

Lydia se metió en el asiento delantero del auto, siempre que iban juntas Lydia se encargaba de conducir. Lora se sentó en el asiento del copiloto.

—La situación es mala. Crisantemo y Azucena están pelándose a tiros en frente del Jardín Cleyton. Parece ser una batalla campal por lo que me han informado. Empezaron hace poco, se están destrozando los unos a los otros

La situación se había deteriorado más rápido de lo que había pensado, ya estaban compitiendo por el territorio que Jacinto “perdió” no les quedaba de otra más que combatirlos. Lydia pisó el acelerador y la patrulla salió disparada por el negro asfalto.



La escena era una pesadilla, una barricada provisional había sido levantada por unas cuantas patrullas que bloqueaban el acceso al normalmente tranquilo parque, en la distancia se oían las pequeñas explosiones, características de las pistolas, también resonaban gritos y maldiciones. Unos cadáveres vestidos con el mismo uniforme que ella decoraban la entrada, charcos de sangre roja y fresca esparcidos sobre rayas blancas. Lydia sabía lo que tenía que hacer, le hizo una seña a los policías que cuidaban la entrada, y se adentró en el peligro. La misión era simple bajar a tantos miembros de los carteles como pudieran. No se rendirían la única opción era matarlos.

Los tiros estaban cerca, Lora corría su lado. Llegaron al parque, la fuente que decoraba el centro estaba rota a balazos, pedazos de piedra esparcidos por los alrededores. Varias personas estaban poniéndose cubierta en ella, miembros de los carteles con enormes gafas electrónicas, acurrucados protegiéndose del enemigo, aun estando lejos Lydia vio delicados pines de flores con muchos pétalos, *Crisantemo*, no piensa antes de jalar el gatillo, una explosión de rojo baña la fuente y los otros miembros se dan la vuelta.

—¡Mierda, los jodidos policías! —era un grito de guerra, de desesperación, de alguien que no estaba dispuesto a morir, pero sí a halar a otros con él.

Sus pies se movieron rápidamente por el piso, esquivando los disparos y poniéndose a cubierta detrás de un grueso árbol. Lora ya no estaba a su lado, disparaba desde otra posición a los enmascarados. Uno cayó al piso revolcándose, tratando de cubrirse la mancha roja que crecía en su estómago, los otros se dispersaron, unos cayeron bajo el fuego de Lydia y otros no llegaron muy lejos, al sonar disparos del otro lado del parque, sin duda miembros de Azucena listos para matar a sus enemigos. Entraron más personas al parque todas armadas. Lydia dejó el árbol y maniobro entre ellas, disparándole a todo el que se le acercaba que no tuviera el uniforme de la fuerza. El piso se iba cubriendo lentamente de un color rojo, metiéndose entre los pálidos adoquines. Lydia trató de no resbalarse mientras corría por el parque, evitando los disparos que rozaban su cuerpo, años de entrenamiento moviendo su cuerpo con una gran destreza y con la ayuda de una descarga de adrenalina.

Lydia sentía como Lora le cuidaba la espalda. Sus pasos detrás de los suyos. —Sabes... —la voz de Lora hizo eco en las explosiones —En cualquier otra ciudad nos habrían ordenado capturar a los culpables y no matar a discreción.

Así era. —Pero esto es Goldenfield.

—Lo es, ¿No es así? —no había tono alguno en su voz.

Un grito agudo detuvo a Lydia en seco. Era una súplica de ayuda. Lydia fue directo al origen del sonido. Una mujer estaba siendo sujeta por un hombre, la mujer vestía una sudadera y una camisa de ejercicio, probablemente había venido al parque a trotar y se vio metida en todo el asunto. El hombre tenía la respiración cortada, una herida en la cadera y la pistola apuntando directamente a la sien de la mujer. Lydia vio unas gafas electrónicas rotas en el piso, los puntos rosas pálidos reluciendo intermitentemente.

—Un paso más y mato a esta perra —su voz era entrecortada y dolorosa. La mujer solo chillaba.

Lydia le apuntó el arma a la cabeza. —Baja la pistola y esto no tendrá por qué terminar mal. —tenía en cuenta el poco tiempo que disponían en esa situación, solo se necesitaba un segundo para que un miembro de los carteles los encontrase vulnerables y las bajaran a tiros.

El hombre soltó una risa larga y amarga —¿Terminar mal? ¡¿Terminar mal?! Mi vida ya está en la mierda. Por algo soy miembro de Crisantemo. Porque ya no me queda nada que perder.

Lora dio un pequeño paso adelante. —Pero puede mejorar, solo tienes que soltar el arma.

—¡No puede! ¡¿Es que crees que no lo he intentado?! —su sonrisa se deshizo en un manojo de histeria. —Ya no se puede hacer nada por mí. Las corporaciones lo han arruinado todo.

Lora soltó una maldición, con los anti—corporativos siempre era difícil hablar, demasiado metidos en eso para escuchar la razón.

El hombre continuó hablando mientras retrocedía lentamente, Lydia sospechó que era solo por instinto. —Era parte de los “Inmóviles”, quería que recuperáramos la historia que nos fue arrebatada por las estúpidas modificaciones. La raza no debe ser un juguete, debe ser algo que haga al mundo un lugar lleno de colores. —pequeños sollozos empezaron a salir de su garganta —Pero todo salió mal. Mnemosine me marcó. Mi chip les dice a todos que soy un

criminal. Perdí mi trabajo. Nadie me contrataba. Crisantemo fue el único que me ayudó en esos momentos. Ahora solo soy carne de cañón.

Lora apuntó a su cabeza. Ya no había nada que hacer.

—Mátenme, no cambiaré nada. —la derrota permeaba su voz —Solo así nos salvarán... A los dos.

Lora dudó, Lydia lo veía en su postura. El hombre lo vio, su cara se transformó en un rictus de ira.

Lydia disparó.

El hombre cayó de espaldas, un hueco limpió adornaba su frente. La mujer cayó con él. Lora se acercó a ella y la ayudó a levantarse.

—No dudaste ni un segundo.

—No tenía por qué —señaló a la mujer tirada en el piso. —Llévatela, busca refuerzos —le ordenó Lydia, todavía oía los disparos alrededor. —Si mi oído no me falla, Crisantemo y Azucena han traído a todos sus hombres a este lugar.

Lora asintió. —Muy bien, —cogió a la mujer del brazo y procedió a halarla con ella. —Que no te disparen...

Lydia siguió adelante adentrándose en lo que quedaba del parque. Cuerpos decoraban los jardines de flores cuidados encarecidamente, las aceras estaban llenas de personas muertas a balazos. Lydia no tenía tiempo que perder, llegó a la zona de comidas del parque, estaba desierto. Sintió un metal frío que se apoyaba en su cabeza.

—Vaya, vaya. Lindsey envió a las mejores. Me siento halagado. —la voz de un hombre sonó a su espalda.

Lydia no se movió.

—Sabes, no quiero matarte. A Azucena le ayudaría mucho que alguien con conexiones nos ayudara. Después de todo, ¿no quiere tu querida jefe mantener el orden a toda costa?

—Y supongo que ayudar a unos matones glorificados es la mejor opción para lograrlo.

Lydia pudo sentir la sonrisa del hombre. —En Goldenfield no tienes muchas opciones, ¿no es así?

Lydia iba a contestarle cuando vio una luz cegadora, y un ruido estridente perforo sus tímpanos. Vio negro por un tiempo, cuando volvió en sí estaba tendida en el suelo, no sentía su brazo derecho. Trató de incorporarse, pero solo cayó de vuelta al piso. El humo invadía su nariz, inyectándole un olor acre. Cuando intentó incorporarse por segunda vez, logró ver cómo su brazo derecho ya no estaba, solo había un muñón quemado sobre el cual bailaba el color de las llamas. Con gran esfuerzo logró ponerse en pie, el dolor la golpeó como un tren. Apenas si podía mantenerse en pie, y ni siquiera notó que su captor ya no estaba. Vio que toda el área estaba cubierta en llamas. Tenía que salir de ahí. Trató de caminar a pesar del dolor, dando los pasos más rápidos que podía.

Avanzó por los caminos del parque, no supo cuánto tiempo pasó, pero oyó otro estallido y todo se volvió oscuro.



Su madre estaba furiosa. Siempre lo estaba desde que su padre se había ido. A menudo la oía gritar y llorar, mientras sostenía un vaso de vino. Decía que con copas ya no bastaba. Además, ya las había roto todas.

Lydia estaba acurrucada en un rincón, mientras se madre se acercaba a ella gritando obscenidades. Lydia no sabía por qué estaba tan molesta. Solo había escogido un vestido diferente al que le había indicado, le parecía más bonito y... eso era lo importante, ¿No?

—¡Pequeña y jodida inútil! —su madre le dio una patada en el estómago. Lydia se encogió del dolor. —¿Es que no ves lo que has hecho?!

—So—solo quería verme bonita.


—¿Bonita?! Tú nunca serás bonita, puta. Arruinaste todo. Las demás chicas se burlarán de mí por no estar a la moda. Perderé toda mi reputación. ¿Acaso crees que he gastado todo ese dinero en ti por gusto? Era para que me viera bien. Fue algo bastante simple, solo tenías que obedecer y listo. Pero... —su madre tenía la expresión más aterradora del mundo. Alzó el brazo y le tiró un vaso en la cara, el golpe le dolió, y sintió cómo la piel se le abrió y la sangre corría por su mejilla. —Eres un maldito monstruo que solo busca hacerme daño. Solo quieres arruinarme, a pesar de todo lo que te he dado.

Su madre se acercó y la agarró de las mejillas, su cara a centímetros de la suya. —Escúchame bien, harás exactamente todo lo que yo te diga. Aún puedes arreglar esto. Pero solo si haces exactamente lo que diga.


Las lágrimas corrían por la cara de Lydia. No quiso enojar a su madre. No fue su intención. —Entiendo, mamá. Me portaré bien. Lo prometo.

Su madre estrelló su cara contra el piso. —No me llames “mamá” —duro desprecio rezumaba en las palabras. —Soy Katherine. Que no se te olvide.

Aún después de que su madre se hubiera ido, Lydia permaneció en un rincón, llorando calladamente. No quería molestar a Katherine.



El día más feliz de su infancia fue el funeral. Katherine pereció en un desafortunado accidente de tránsito. Como en su familia no quedaba nadie, la beneficencia pagó su entierro. Las amigas de Katherine y sus hijas estaban ahí, todas perfectas, todas a la moda. El cura encargado decía palabras a las que Lydia no prestaba atención. Ella solo sonreía y trataba de contener las ganas de estallar en carcajadas, al menos hasta que el cura mencionó cómo su madre había sido una gran mujer. Lydia no aguantó más. En un claro día de otoño, Lydia rió como nunca en su vida, su felicidad chorreando en su ropa negra de encaje. No le importaba que todas la miraran con expresiones de asco y asombro. Después de todo, era un pequeño monstruo.



Lydia despertó. Sintió el olor de antiséptico, una luz blanca le encandiló los ojos. Las sábanas delgadas le cubrían el cuerpo. Debía estar en un hospital. Trató de incorporarse, pero sentía las extremidades aletargadas y pesadas. Se dio cuenta que podía sentir su brazo derecho. Ladeó la cabeza, su brazo estaba metido en un tarro lleno de un líquido viscoso y verde.

Una extremidad clonada. Miró la habitación en la que se encontraba, no era del típico color blanco de un hospital, las paredes eran cafés, seguramente pintadas para simular ser de madera. Era sumamente espaciosa, con cuadros y

flores. Incluso su propia cama parecía ser de alta calidad. *Esto no lo pudo pagar el seguro de la policía.*

—Buen día, señorita Lydia. —un doctor vestido de blanco con un emblema de tres mariposas, el hospital Celeste Farfalla, la saludó.

—¿Por qué estoy aquí?

El doctor la miró sonriente. —Para que la podamos tratar, por supuesto.

—Mi seguro no puede pagar esto.

El hombre no dejó de sonreír. —Quizás, pero un asociado pidió personalmente que fuera transferida a este lugar. —abrió la puerta de la habitación. —Incluso vino aquí a saludar.

Un hombre con un impecable traje negro entro en la habitación. Cabello rubio y ojos verdes.

El corazón de Lydia se detuvo. —Noah.

Noah le dedico una hermosa sonrisa. —Hola Lydia. Vine a terminar lo que empezamos.

Capítulo 4 – Del Infierno al Abismo

Lydia trató de guardar la calma. Estaba fuera de su elemento, y los eventos la habían alterado. Una bomba y Noah, uno de esos ya era malo, pero los dos juntos eran terribles. Tenía que pensar rápido, era seguro que sus compañeros la necesitarían. Tomó aire. —Hola, Noah. —maldijo el ligero temblor en su voz. —¿Qué haces aquí?

La sonrisa de Noah no flaqueó. Nunca lo hacía. —Siempre vas al grano, ¿verdad? Solo quería verte, y cuando me enteré de que estabas herida moví algunos hilos para que te trasladaran aquí.

—Espero que haya sido por un motivo altruista.

Noah rió, una risa tintineante y clara. Lydia trató con todas sus fuerzas de ocultar lo mucho que le gustaba. —Claro que sí. No podía dejarte sola estando herida, y sabes bien que nunca te cobraría el favor. Eso no va conmigo.

Lydia quiso incorporarse, pero sentía la extremidades pesadas y agarrotadas, debía ser la anestesia. Odiaba sentirse atrapada e inútil, y los últimos días no la habían ayudado. El doctor se acercó a ella. —Trate de no moverse señorita Lydia, la anestesia que le aplicamos fue bastante fuerte, por lo tanto le recomiendo que descanse, y no se preocupe por su trabajo, la comisionada Lindsey ha sido informada de la situación y ha aceptado que se quede en el hospital hasta que la demos de alta. —hizo una seña hacia Noah —Los dejaré solos, se ve que tienen mucho de qué hablar.

El doctor salió de la habitación, cerrando la puerta con cuidado. Lydia quedó solo en la habitación junto con Noah. La tensión aumentó enormemente, Lydia sintió cómo su pecho era oprimido por una fuerza pesada e invisible.

Noah también pareció notarlo, se acercó a Lydia y se sentó en una silla al lado de la cama. Lydia se preguntó si la había estado cuidando mientras estaba inconsciente. La idea le pareció romántica, y trató de aplastar ese pensamiento lo más rápido que pudo, con resultados cuestionables. Se miraron a la cara durante un rato, hasta que Noah decidió romper la tensión. —¿Cómo has estado, Lydia? ¿La vida de policía te trata bien?

Señaló su nuevo brazo con indiferencia. —No me quejo.

—Supongo que querrás saber qué pasó, ¿no es así?

Lydia simplemente lo miró, no confiaba en su propia voz.

—Tomaré eso como un sí. Pues bien, varias bombas explotaron en los alrededores del parque, reduciendo todo a escombros.

—¿No fue solo una explosión?

—No, según los informes que la policía ha dado a los medios, fueron varios, y lo que he averiguado indica que los miembros de Crisantemo fueron los más afectados, la mayoría de los que estaban en el lugar volaron en pedazos. Azucena se salvó del golpe, muchos de sus miembros lograron escapar, pero no todos. La mayoría están preocupados, no por el ataque en sí, sino por las repercusiones de este. Temen que otra de las Flores sea responsable, y que esto desencadene una guerra que destruya la ciudad.

Lydia escuchaba atentamente lo que le iba diciendo Noah; si la situación antes era mala, ahora era terrible. Un ataque directo era igual de malo que un robo, atentaba contra el orgullo de las Flores. Aquel insulto no se tomaría a la ligera, ni por asomo. Analizó los posibles escenarios rápidamente en su cabeza: era bastante probable que uno de los otros carteles hubiera sido el responsable, aprovechándose de la debilidad de Jacinto para coger los terrenos de otros, cabía la posibilidad que Azucena fuera el responsable, sus miembros fueron los que se salvaron de las bombas después de todo, aunque algunos perecieron en el ataque no los libraba de culpa, después de todo a Azucena no le importaba sacrificar a los peones para lograr sus propios fines. También cabía la posibilidad de un ataque externo, de alguien no relacionado, los carteles tenían muchos enemigos. Pero el problema era que ninguno era tan tonto como para atacarlos directamente, el que lo hacía tenía mucho coraje o era un idiota. Aunque de vez en cuando aparecían personas sedientas de venganza que deseaban destruir los carteles, no duraban mucho tiempo vivas, incluso la policía llegaba a considerarlas molestas, ya que muchas veces interferían con la investigación.

—Supongo que pensarás que llegué en un mal momento —continuó Noah —Y tienes razón. —se levantó de la silla elegantemente, le dedicó una última sonrisa y se dio la vuelta. —Hablaré contigo más tarde. Cuando todo esto se calme un poco. Adiós, Lydia. —Se alejó lentamente y salió de la habitación. Su andar era perfecto, fruto de incontables clases a las que Lydia había asistido. Cuando ya estuvo sola en su cuarto del hospital se dio cuenta de que no le había quitado los ojos encima a Noah ni una sola vez.

Vaya intento de no recaer en él. Como esperaba, el pensamiento fue feliz. No supo si eso era bueno o malo.



La segunda visita fue unas horas después de Noah, la suave luz del atardecer se filtraba por las ventanas. Lora entró agitada, e inmediatamente Lydia supo que algo andaba mal. Su cabello estaba desgreñado, no tenía maquillaje y notó que el uniforme estaba manchado de sudor y algo de grasa.

—¡Lydia! —abrió los brazos corriendo hacia ella y la apretó fuertemente. Notó cómo usaba perfume de más y un extraño almizcle, seguramente producto de la mezcla de sudor y aromatizantes con olor a flores. —¡Menos mal que estás bien! Me preocupé tanto cuando supe que te había dado la explosión, y encima me enteré de que habías perdido un brazo. Pero... —se separó de Lydia y miró con intriga a la extraña extremidad sumergida en el líquido verde. —Veo que no tenía por qué preocuparme. Estás bien. —Lydia vio curiosidad en sus ojos, pero no le preguntó nada.

—Gracias por venir, Lora. Veo que has estado ocupada.

—¿Se me nota tanto? —trató de sacudirse la ropa con una mano, alisándola y eliminando arrugas. —Perdona por estar desaseada, no he podido arreglarme en los últimos días.

¿Días? Lydia cayó en cuenta de que no había preguntado cuánto tiempo había estado inconsciente. —¿Cuánto tiempo estuve fuera?

Los labios de Lora dibujaron una delgada línea. —No fue mucho tiempo. Los doctores dijeron que tu recuperación fue bastante rápida teniendo en cuenta el trauma...

—Lora.

Su compañera suspiró. —Bien. Diez días, estuviste fuera diez días.

Sintió cómo su boca se abría. —¿Tanto?

Lora negó con la cabeza —No fue tanto en realidad, pudo haber sido peor, si el trauma hubiera sido grande no habrías podido despertar en varios meses. Al menos, eso fue lo que dijo el doctor.

A Lydia no le podía importar menos aquello. Había perdido tiempo valioso estando postrada en el hospital, y lo continuaría perdiendo si el doctor era fiel a su palabra. —¿Cómo van las cosas? —Noah ya le había dicho lo que sabía, pero

sin duda Lora le podía dar a conocer más detalles, por más desagradables que estos fueran.

Lora pareció titubear —No... están del todo bien. Después de las bombas la gente ha entrado en pánico. Los carteles han empezado a despachar hombres para buscar a los responsables, Crisantemo es el que más ha enviado, deben estar furiosos, perdieron a muchos hombres en el parque. —Lora no la miraba a los ojos, como si estuviera avergonzada de los eventos que ocurrieron. —Hemos estado a tope, todos están buscando a los responsables y no nos dejan tranquilos. Hasta Tatiana no ha podido beber —sonrió—¿Te lo imaginas?

Lydia no le respondió. Lora tomó eso como una señal para que continuara.

—Los medios nos están obligando a apresurarnos lo más que podamos. Se aguantan la corrupción y las drogas, pero ponen la línea en las explosiones. —la miró a la cara. —Sé que necesitas descansar, pero la jefe me pidió que te dijera que te espera inmediatamente te recuperes.

No esperaba menos.

—Muy bien. Dile que tan pronto como me den de alta iré a la jefatura a recibir mis órdenes.


Lora sonrió débilmente. —Tu dedicación es admirable. Pero deberías descansar lo más que puedas. Lo necesitarás. —pareció dudar un momento en la puerta, detenida por una fuerza invisible. —Yo... lamento no haber estado ahí cuando me necesitaste.

Lydia arqueó una ceja. —No fue tu culpa.

Lora la miró con agradecimiento. —No sabes el peso que me quitas de encima. Gracias. —se dirigió a la puerta. —Es mejor que te deje descansar.

La policía dio una leve cabezada afirmativa.

Su compañera de trabajo salió de la habitación. —Adiós, Lydia.



Los días pasaron perezosa y terriblemente lentos. Los doctores le dijeron que debía mantenerse quieta si quería que su nuevo brazo se adaptara a su cuerpo. La petición era lógica y bien pensada, pero Lydia no podía evitar verla como una pérdida de tiempo, no podía evitar pensar en Ana. Preguntó si ella vino

a visitarla, lo había hecho, pero solo una vez antes de que despertara, y después nada. La preocupación era fuerte, ya que, en el peor de los casos María la atrapaba y le hacía cosas horribles. Por otro lado, en el mejor de los casos Ana la ignoraba, continuando con su trabajo, a pesar de que este la expondría a un gran riesgo. Ninguna opción le agradaba. Noah la visitaba a menudo, generalmente en la noche luego de la jornada laboral. Trataba de entablar conversaciones amigables y Lydia intentaba no perderse demasiado en él. Siempre se despedía con una sonrisa que hacía que su corazón se acelerara. Ignoraba tal cosa cuanto podía.

Lora también venía, siempre igual de desarreglada, lo cual no calmaba a Lydia ni un poco. Le informaba de la situación, y esta podía resumirse en “Todo se fue a la mierda”. No le daba todos los detalles, preocupándose de que estos pudieran ralentizar su recuperación. Eso solo empeoraba las cosas. Se despedía tratando de sonreír y Lydia distinguía las ojeras escondidas delicadamente por maquillaje.

Como muchas veces en su vida, en los peores casos solo le quedaba esperar.



Después de dos semanas, una eternidad, su nuevo brazo estuvo listo para ser usado, lo sacaron del líquido verde, una mezcla especial de nutrientes y antiséptico; se sentía extraño y pesado.

—Es perfectamente natural sentir el brazo aletargado —el médico hablaba monótonamente, como si hubiera tenido esa conversación muchas veces. Era distinto al que la había atendido la primera vez, y por lo visto menos amable. —Te quedarás aquí un día más mientras te acostumbras a la nueva extremidad. Si todo sale bien, te daremos de alta en la tarde.

No dijo más y se retiró sin despedirse. No le incomodó ni un poco.



—Parece que ya estás listas para irte. —El doctor, el que le había dado la bienvenida, le decía con su típica sonrisa tranquilizadora. —Tu brazo ha sido

incorporado perfectamente a tu cuerpo, y parece que no tienes problema alguno en usarlo. Eso es una buena señal.

En respuesta al doctor Lydia movió su brazo hacia arriba y abajo, flexionando los dedos. Ya estaba lista para irse del lugar.

—Parece que todo está bien. —El doctor se acercó y le puso un pequeño instrumento al lado de su cabeza, un identificador. —Paciente Lydia Greene, dada de alta el 12 de septiembre a las 13:00 horas. Chip registrado en la base de datos correctamente. Los procedimientos realizados en usted le han sido enviados a su correo, en caso que desee consultarlos en algún momento.

Lydia se levantó de la cama y miró al montón de ropa que Noah le había traído, un uniforme completamente nuevo y de seguro de alta gama. Se decía a sí misma que solo lo usaba por la conveniencia y no por la sensación agradable en su estómago.

—Iré a cambiarme.

—La dejaré sola entonces. —El doctor salió de la habitación.

Se quitó la delgada bata del hospital, mientras que seguía moviendo delicadamente su brazo, comprobando por milésima vez que todo estuviera bien, debía estarlo si quería seguir en su investigación. El nuevo uniforme le quedaba como un guante, seguramente estaba hecho a medida. Una vez estuvo completamente vestida dejó atrás su cama de los últimos días y se fue del lugar. En el corredor del hospital la esperaba el doctor, se despidió de él con una cabezada cortés. Bajó las escaleras del hospital, no iba a usar el ascensor, le molestaba quedarse más tiempo quieta, y llegó al exterior del edificio. Como el resto del sector decente de Goldenfield, el edificio estaba en muy buen estado, los adoquines de la entrada relucían ante el sol y un jardín decoraba la entrada. El edificio era de un color blanco brillante, probablemente producto de una capa de pintura fresca.

Los pasos de Lydia eran apresurados, su afán era evidente para quien la viera caminar rápidamente por la acera. Apenas llegó al borde de la carretera paró a un taxi, lo abordó y se fue directo a la jefatura.



El interior era caótico y lleno, parecía que Lindsey había llamado a todos los policías disponibles, y con ello llenado la jefatura hasta sus límites. Todos corrían frenéticamente por los escritorios, llevando consigo montones de papeleo en sus manos, había gente pegada a sus pads hablando con personas del otro lado, seguramente tratando de acallar sus miedos. Montones de voces resonaban en el recinto, demasiadas para entender todas las conversaciones, pero Lydia captaba pequeños fragmentos de ellas.

—Tengo el informe de Caléndula, se han vuelto todos unos dementes, exigen identificación a todo el que pasa por su territorio...

—No me digas más, ya sé lo que está haciendo Azucena, no es agradable, pero si queremos evitar derrames de sangre es mejor no contradecirlos...

—Me importa un comino lo que Clavel haya dicho, no voy a dejar ese sector.

—¿Toda el área? Maldita sea, Crisantemo ha dejado de jugar...

—Sí señor, le aseguro que Jacinto no tocará su edificio nuevo. Tenemos el área vigilada...

Pasó por todas esas personas y se dirigió a la oficina de Lindsey, parte de ella se dio cuenta que hace muy poco esa misma situación se había presentado, y ese momento le pareció muy lejano.

Lindsey estaba en la habitación tecleando sin parar en su pad, mientras le gritaba a alguien en el otro lado de la línea. En su mayoría reproches y una que otra blasfemia. Solo reparó en Lydia cuando en un arranque de ira saltó de la silla y le dio un fuerte puño a la mesa. Se fijó en ella, y sin rechistar se le acercó rápidamente.

—Ya te tengo un trabajo —sin saludo ni nada, la brusquedad de Lindsey era reconfortante. —Michael Lambkin, es un exmiembro de Azucena. Las cámaras lo captaron dejando paquetes en las cercanías del Jardín Cleyton. Tú y Lora lo van a buscar y sacarle todo lo que tiene. Te espera en el auto.

Lydia asintió, no esperaba menos de ella.

—Y ahora vete. Estoy ocupada.

Dio una cabezada y abandonó el lugar.

Lora la esperaba en la patrulla. —Bienvenida de vuelta.

—Es bueno regresar.

Entró al auto y se encaminaron al apartamento de la persona que podía darles respuestas. Según la información que les habían enviado a los pad, era un complejo residencial de tres torres. Demasiado elegante para un exmiembro de Azucena, lo cual solo levantaba las sospechas.



El interior del apartamento número 7F estaba lleno de cajas sin desempacar y unos muebles envueltos en plástico. El piso estaba reluciente y sin alfombras. Por el rabillo del ojo vio unos platos puestos en el aparador de una pequeña cocina. Ni rastro del nuevo inquilino.

Le indicó a Lora que buscara en el lado izquierdo el apartamento, ella buscaría el derecho. Pisó con cuidado tratando de hacer el menor ruido posible. Buscó en lo que parecía ser un estudio lleno de libros y un pequeño escritorio, seguido de un cuarto vacío con muchas cajas dentro, no encontró nada.

Oyó un crujido en la habitación contigua. Cargó su arma.

Entró con rapidez al otro cuarto con la pistola en mano. En un revoltijo de sudor y ropa sucia se encontraba un hombre, delgado y de cabello marrón. Michael Lambkin, su objetivo.

—¡No dispaes! ¡Por favor! —el terror era grueso y pesado.

—Michael Lambkin, está arrestado bajo sospecha de complicidad de las explosiones del Jardín Cleyton. No se resista.

—No, no, no. —se encogió contra la pared. —No fue mi culpa, solo me pidieron ayuda con un cargamento. No sabía que eran bombas. Lo juro.

—¿Los carteles te pidieron ayuda?

—No. Ellos no.

El escepticismo llenó a Lydia. Nadie más que los carteles podía haber hecho un golpe así. A menos que no mintiera.

—Escucha, —el hombre, Michael, estaba sudando a cantaros. —No quise hacer esto de veras. M...me dijeron que si hacía este último trabajo me dejarían en paz.

Lydia no bajó su pistola. —¿Y les creíste?

Michael la miró desesperado. —¿Qué más podía hacer? No sabes toda la influencia que tienen, lo mucho que pueden hacer. Cuánto trabajo me costó salir ¿Y para qué? —la rabia inundó su voz con una alarmante rapidez —¡Solo para ser atrapado una vez más por los estúpidos carteles! Por eso cuando me dieron la oportunidad de saldar cuentas la tomé. No esperaba ese resultado. Lo juro.

—¿Ahora esperas que *yo* te crea?

Una risa desesperada brotó de su garganta. —Tienes que hacerlo, no llegué tan lejos solo para que todo se desmorone. Te juro que no les diré nada.

Lydia lo miró fríamente buscando en su expresión una mentira, algo que le indicara qué hacer en esa situación. Sería cruel alejarlo de la vida que había labrado, pero no podía dejar ir a un posible cómplice.

Michael pareció ver la duda en ella y sonrió un poco más fuerte. —Puedes creerme. Le diré a la policía todo lo que sé a cambio de protección. Incluso lo de la cantante, Ana.

La sangre se le heló en las venas. El temor que no había querido admitir, que había estado oculto en la parte de atrás de su cabeza, en las sombras, no del todo admitido o descartado, cobró vida y se abrió paso al asiento delantero de su mente.

—¿Qué sabes de Ana? —ahora ella era dura como el granito, tenía que serlo.

Sin ver su error, Michael dejó que la emoción se apoderara de su ser, Lydia lo podía ver claramente. —Todo, sé lo que hizo exactamente y su relación con el cargamento del GoldenNecro y CellShocker. Se los contaré todo.

Mierda, mierda, mierda. Tenía que pensar rápido, si Michael cantaba Ana estaba acabada, su carrera terminaría, no por un estúpido rumor sino con una confirmación oficial de la propia jefatura de su mejor amiga. En cierta forma, todo era como un gran chiste sin humor, donde todos ríen por lo patético que este es. Un mal chiste, como todo en su vida.

La pistola se sentía fría en sus manos, y si se concentraba casi podía sentir una leve palpitación, pensó que era el arma, expresando su oscuro deseo. No se dio cuenta de que el arma estaba abajo hasta que sintió cómo la levantaba. Con gran experiencia, producto de muchos años, apuntó a la cabeza. Si lo iba a hacer, lo menos que se merecía era una muerte rápida. La cara de Michael se torció en una mueca de terror y sus palabras se atragantaron en su boca. Atrapado como

una rata trató de embestirla, pero no fue competencia para ella. El disparo fue rápido y limpio, el cuerpo cayó al piso con un ruido seco. La sangre explotó en un arco hacia atrás, pintando las paredes de rojo.

Lydia bajó el arma. Sintió cómo Lora llegaba corriendo a su espalda. La pistola no fue exactamente callada.

—Sí, estaba involucrado, me lo dijo. —Lydia habló antes de que Lora pudiera siquiera preguntar. —Se puso violento y me atacó. Le disparé en defensa propia.

Lora suspiró. —Supongo que algo así era de esperarse de un exmiembro del cartel —no cuestionó los motivos de Lydia, después de todo no tenía motivos para hacerlo.

—Vámonos —Lydia pasó al lado de su compañera, la cual estaba informando a la jefatura. Trató de no pensar en las implicaciones de lo que había hecho, o quizás ya las sabía y no le importaban. Tenía que proteger a Ana, y si para eso debía mancillarse, que así fuera. Nunca había estado limpia, y sabía eso desde el accidente de su madre. Un poco más de suciedad no le importaba.

Memorias

Una de las pocas cosas que María recordaba de su madre era su perfume de lilas, *Arpegio del Amanecer*. De pequeña el nombre le parecía de lo más bonito, y creía que su madre parecía una princesa cuando empezaba a bailar con su padre, mientras las estrellas brillaban en las cálidas noches de domingo. Ella jugaba con Ana mientras sus padres se reunían para almorzar y pasar un buen rato charlando. Su juego favorito, con diferencia, era el de “Las Princesas de la moda” usaban la larga alfombra de la casa como pasarela de desfile, sacaban todas sus ropas del armario y tomaban prestados los tacones de sus madres, ponían música de fondo y empezaban a modelar. A veces, sus padres las grababan mientras las animaban, incluso su madre llegaba a prestarle su perfume y María se sentía como toda una estrella.

Esos días eran los que la impulsaban a seguir adelante, a olvidar el día lleno de sangre en el cual la niña que alguna vez fue conoció su fin. *Ese* era el día que había quedado irreversiblemente grabado en su memoria, y por más que había intentado, no había podido olvidarlo.

Había llegado de la escuela, su madre estaba preparando unos pastelitos color rojo intenso, su postre favorito, y su padre había vuelto temprano del trabajo y se estaba relajando en el sofá leyendo su proyector. Subió al segundo piso, y se acostó en su cama, encendió su proyector, y se dedicó a buscar en la web videos para pasar el rato. Después de un tiempo, oyó un ruido muy fuerte que provenía del primer piso.

María se levantó de la cama y se dirigió a la escalera.

—¿Mamá? —Nadie le respondió. Bajo lentamente las escaleras — ¿Papá? ¿Pasó algo?

Al llegar al primer piso, deseó con todas sus fuerzas que ese día no hubiera llegado jamás. Su madre se encontraba en un charco de sangre en el corredor, como si hubiera intentado correr a la escalera y fallado, pudo ver la cabeza de su padre con un hueco, recostada en el sofá.

Dos mujeres de negro se encontraban en la sala, tenían grandes gafas electrónicas, las cuales mostraban unos ojos rojos, electrónicos y muertos.

María se congeló, no podía moverse, en los años venideros se preguntaría qué habría pasado si hubiera dado la carrera hasta la puerta y escapado. Quizás ese era uno de los muchos errores que había cometido.

—Eh... Lisa —Una de las mujeres la había visto— Tenemos compañía— María no veía su cara, pero oyó su risa. Después de haber matado a sus padres se estaban divirtiendo de lo lindo.

Fue como si hubiera despertado de un sueño, supo que estaba en peligro y trató de huir de la escalera, pero una fuerte mano la agarró antes de que pudiera subir el primer escalón.

—Tranquila pequeña, que no mordemos —María intentó patearla para que la soltara, pero no tenía efecto —Vaya, tenemos una luchadora, Lila, de las que te gustan.

—Nah, demasiado enclenque para mi gusto— Se acercó a su madre y le dio una patada en la cabeza —Esto fue muy aburrido, ni siquiera dieron pelea. Qué par de inútiles.

La mujer que parecía llamarse Lisa le agarró las manos y las ató con una cuerda. —Ojalá que el siguiente trabajo sea más interesante. Espero que involucre a Iris, sería grandioso.

Lila oprimió la cabeza de su madre con el pie hasta que se oyó un horrible crujido. María se dio cuenta de que había empezado a llorar. —Sí, nada mejor que enfrentarse a mafiosos para hacerme el día. —Levantó la mirada y dos puntos rojos se enfocaron en ella— ¿Qué hacemos con esa? ¿La matamos?

Un sollozo muy profundo salió de su pecho. Una mano se cerró alrededor de su cuello —Ni se te ocurra gritar, pequeña, o te haré algo mucho peor que a tus padres— Con mucho esfuerzo redujo sus llantos a unos pequeños chillidos. —Así está mejor. No creo que sea buena idea matarla. Después de todo, Madeleine dijo que necesitaba más chicas.

Lisa rió —Es cierto, podríamos... colaborar con ella. Seguro que nos dan un buen precio por ella ¿Oíste, corazón? Serás toda una mujer cuando terminen contigo.

—Vámonos de aquí, ya no hay nada más que hacer—

—Vale, larguémonos— Comenzaron a halarla hacia la puerta —Recuerda lo que te dije, no quiero oír ni un solo ruido.

El exterior de su casa era como el todas las demás, un pequeño patio verde que daba a las calles de pavimento gris, todo parte de un conjunto prefabricado común. Lo único que no encajaba era una camioneta roja estacionada en el andén.

Las mujeres la empujaron a la parte de atrás, abrieron la puerta y la metieron dentro. El interior era de un negro profundo, tenía varias manchas en el tapete y olía terrible. Estaba separado de los asientos delanteros por un separador gris, con algunos huecos redondos en él.

Las puertas se cerraron tras ella sumiéndola en la oscuridad. Se sentía aterrada, esperaba que todo eso solo fuera una pesadilla de la que pudiera despertar. El auto arrancó, y María no pudo hacer nada para reducir el miedo que la carcomía desde adentro. Intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada, la aporreó varias veces como si eso fuese a lograr sacarla de ahí. Nada funcionó, estaba totalmente atrapada, la desesperación se apoderó de ella y empezó a llorar fuertemente.

Mamá, Papá... Trató de evitar pensar en ellos, en que jamás los volvería a ver. Tenía que buscar ayuda. En cuanto saliera trataría de buscar a alguien, quien fuera, capaz de sacarla de esta situación. Seguro que después de oír lo que le había pasado la ayudarían.

No supo cuánto tiempo había pasado, solo sentía cómo pasaban los minutos, cómo se acercaba su posible perdición. Un súbito pensamiento la alteró: ¿Qué harían con ella? Habían dicho que no la matarían, pero ¿quién era Madeleine? ¿La enviarían a un país lejano? ¿A un lugar donde no podría pedir ayuda? Todo lo que podía hacer era esperar.



Las puertas se abrieron y Lisa apareció. —Vamos niña, Madeleine te espera. Y detesta que la hagan esperar— La cogió de las manos y la sacó a rastras de la camioneta.

Por fin pudo ver dónde estaban, era un estacionamiento gris rodeado de autos negros, las luces públicas le daban un tenue brillo blanco. Un letrero brillaba en una pared de ladrillo "*Casa del placer de Madeleine*". Una puerta principal de vidrio dejaba ver un interior elegante, vio a varias personas moverse dentro del edificio. Hombres vestidos como meseros, mujeres con trajes elegantes y provocativos, que dejaban ver sus senos, colgadas de la mano de personas vestidas de gala. El terror le subió lentamente como agua fría, sabía qué era ese lugar, lo había leído en la red, lo había visto en las noticias antes de que sus padres cambiaran el canal. Un lugar horrible donde las personas terminaban muertas y tiradas en contenedores de basura. Tenía que escapar. Trató de

librarse de Lisa con todas sus fuerzas, pero solo logró que le propinaran un golpe en el estómago.

—No empieces con eso, mocosa— La advertencia fue un gruñido que le llegó al corazón.

—Eh, no dañes la mercancía —Le regañó Lila— Nadie quiere bienes rotos.

—Esa mocosa se lo buscó.

—Ya sé, pero trata de no golpearla demasiado, a Madeleine no le gustará.

La condujeron por la puerta principal, el interior estaba saturado de un fuerte perfume floral, no era delicado como el de su madre, era intenso y empalagoso, se sintió hastiada de solo olerlo. Sus ojos buscaron desesperadamente a alguien que la ayudara, implorando con su mirada una mano amiga. Pero nadie la ayudó. Lo único que obtuvo fueron miradas curiosas, y unas que reflejaban un horrible interés, recorrían su cuerpo como si buscaran su parte favorita.

La subieron por una escalera de caracol, los pasos sobre los peldaños alfombrados resonaban en su cabeza. El segundo piso era un pasillo lleno de distintas puertas, todas con placas con nombres pegadas en ellas. Subieron al tercer piso, donde solo había un pasillo vacío y al final una gran puerta roja. Las luces le parecían ojos mientras caminaban hacia la puerta. Golpearon tres veces, y una voz salió del interior. —Adelante—

Abrieron la puerta. El interior estaba suntuosamente decorado, había cuadros en las paredes de paisajes y mujeres, muebles con aspecto caro decoraban la habitación, y había varios jarrones con flores decorando diversas mesas repartidas por el lugar. En el centro de la habitación se encontraba una mujer morena con un traje verde, tenía un collar de perlas con un brillante zafiro en el medio, incrustado en una pieza que parecía una flor. Sus ojos eran de color rojo intenso, a juego con el resto de la habitación. Sostenía una larga pipa de la que emanaba un aroma dulce. Tecleaba rápidamente en su proyector holográfico.

— ¿Qué quieren? No tengo tiempo para necedades y ustedes dos lo saben bien. —Fumó su pipa y exhaló una gran nube gris— Si quieren divertirse, hagan como todos los demás: vayan abajo y cojan al que les guste.

Lila se adelantó —No vinimos para eso, Madeleine— Lisa le dio un empujón y María notó cómo los ojos de la mujer de verde se clavaban en ella. —

Conseguimos a esta en nuestro último trabajo, y como las buenas chicas que somos decidimos traértela. De seguro le encuentras algo de utilidad.

Madeleine se levantó de su silla y se dirigió hacia ella, cuando estuvo enfrente de María alargó una mano manicurada y agarró su mentón. Empezó a examinarla, giraba lentamente su cabeza. Después empezó a tantear sus brazos —Bien, es fuerte —Bajó sus manos a sus piernas y oprimió sus muslos— No está mal, aunque si lo estuviera una cita al Modificador lo arreglaría. Esta no es una Necrófaga o un Shocker ¿De dónde la sacaron?

—Del trabajo —contestó Lila risueña— La familia tenía una chica, así que es de buena calidad. Niña bien y todo eso.

— ¿Y el veredicto? —Preguntó Lisa— ¿La quieres o no?

Dejó de manosearla con sus manos de porcelana y miró fijamente a sus captores. —Muy bien, la acepto. —Se alejó de ella y se sentó en la mesa central— Llévela con Irene, ella se encargará de prepararla. Ya debe de haber terminado con la otra.

— ¿La otra? —Lisa sonaba curiosa— Mmm, espero que eso no reduzca el precio de está —Más bien codiciosa.

—Terminamos aquí. Transferiré los créditos a sus cuentas. Ahora, váyanse. —Madeleine no dejó espacio alguno para protestar.

—Con gusto— Lisa haló a María hacia el corredor y cerró la puerta tras ella. María se dio cuenta de que nadie le había hablado en toda la conversación. Habían charlado como si ella fuera solo una pieza decorativa, sin voz, sin voluntad.

Bajaron de nuevo por la escalera de caracol, cuando llegaron al primer piso la condujeron a una puerta azul en una esquina. El interior era realmente simple, unos sofás rodeando un pequeño proyector holográfico, y una máquina de café reposaba en una mesa en un rincón. Varias mujeres estaban sentadas en los sofás charlando animadamente. Cuando se dieron cuenta de que tenían compañía pararon de hablar y pusieron sus ojos sobre ellas.

—Hola chicas. —Dijo Lila— Es toda suya, es la nueva de Madeleine — Quitó la cuerda que ataba los brazos de María, y le empujó al piso. El suelo cubierto de tapetes suavizó su caída.

—Hasta luego, corazón, —Dijo Lisa— Disfruta tu estancia —Tanto Lila como Lisa se dieron medio vuelta y se fueron, dejándola sola con las mujeres extrañas.

María se encogió contra la puerta cerrada como un animal acorralado, sentía el pánico en su interior, mientras varios pares de ojos la miraban de arriba abajo. Una de las mujeres, con piel blanca e inmaculada y brillantes ojos azules, se adelantó y le ayudó a levantarse.

—Hola querida, yo soy Irene —Dijo con una sonrisa. Señaló a las otras dos mujeres, una alta e igualmente blanca, y una bajita de piel oscura. —Ellas son Marcela y Cleo. Te ayudaremos a aclimatarte.

— ¿Dónde estoy? —Al fin había podido encontrar su voz, pero era pequeña y frágil.

—Estas en *La casa del Placer de Madeleine* —Contestó Marcela— Un lugar donde trabajamos para deleitar a nuestros clientes...

—Es un prostíbulo ilegal— La interrumpió Cleo.

Irene y Marcela la miraron con mala cara. —Sí... esa es una manera de ponerla. Una con muy poco tacto, en especial considerando que hay una pequeña niña aquí.

—Ya no será niña por mucho tiempo —Cleo dijo con acidez— Pronto será tooodaaa una *mujer*. Ja.

—Ya cállate Cleo, la estás asustando —Dijo Marcela. Irene le dio unas palmaditas en la espalda para calmarla.

—No es nada más que la verdad.

—CLEO. Ya. Cállate. —Marcela parecía estar a punto de golpearla.

— ¡Nada de peleas! —Irene sonó molesta por la pelea, pero resignada, como si eso fuera totalmente normal y ya había aceptado que no iba a cambiar.

— ¿Hola? Me dijeron que viniera a esta habitación y hablara con Irene... Dijeron que ella me “aclimataría”

Reconoció esa voz. Ana.

— ¡Ana! —María se dio la vuelta y allí estaba, su mejor amiga. Vio cómo en sus ojos el nerviosismo daba paso a la sorpresa. María corrió hacia ella y le dio un fuerte abrazo, sintió cómo los brazos de Ana se cerraban alrededor de su

cuerpo. Pequeñas lágrimas cayeron en su cara, sumándose a las de ella en pequeños hilos mojados.

Estuvieron así un rato, sollozando un al lado de la otra, hasta que se calmaron. María tenía los ojos rojos de tanto llorar, sentía la cara pegajosa por las lágrimas. — ¿Qué haces aquí? ¿Dónde están tus padres?

Ana se quedó callada. Eso fue información suficiente para saber que habían sufrido el mismo destino que los suyos. No necesitaba preguntar más, o al menos la educación que le habían impartido sus padres le decían que lo mejor en estos casos era mejor no preguntar, no en el momento.

—Estamos juntas en esto —Le aseguro María— Saldremos de esta.

Se dio la vuelta y vio que las tres mujeres las miraban con interés. Siquiera Irene lo hacía, Cleo las miraba con algo parecido al asco.

—Veo, que se conocen —Marcela sonrió— Eso facilita las cosas. Les explicare lo que tienen que hacer:

«Como ya sabrán, dada la declaración con tan poco tacto de Cleo, este lugar es un prostíbulo, o como yo lo llamé, una *Casa del Placer*, aquí atendemos a los clientes que buscan alivio de su vida diaria, o de sus matrimonios infelices. Nuestro deber es mantenernos dispuestas a acatar lo que nos pidan para satisfacer sus deseos. Lo cual implica mantenerse Modificados de acuerdo con las tendencias o a los pedidos personales de nuestros clientes. Sí, somos ilegales pero podríamos estar peor, siempre que te comportes adecuadamente, como te indique Madeleine, todo estará bien. Eso sí, si te sales de raya será castigada por ello. Así que, eviten eso a toda costa. Probablemente no empiecen a trabajar hasta dentro de unos días. Las vírgenes siempre son para los clientes VIP...

— ¡Esperen! —María sintió una rabia que crecía en sus entrañas. *No es posible que estén tratando esto como una introducción a la escuela. ¡Nos están vendiendo! Quizás si supieran que no estamos aquí por voluntad propia nos dejarán ir. ¡Sí, eso es! ¡De seguro nos dejarán ir!*

—Tienen que ayudarnos —Imploró— Nos secuestraron de nuestras casas y nuestros padres... ¡Ayúdennos por favor!

Irene las miró con tristeza y Marcela guardó silencio. Sin embargo, Cleo soltó un bufido y empezó a reírse estruendosamente.

María y Ana se miraron confundidas.

Irene miró a Cleo con furia. —Ah, esos ya lo sabíamos corazones. Nadie quiere estar aquí por voluntad propia.

Ante las miradas de horror de las dos chicas Marcela añadió —No es tan malo una vez te acostumbras.

María miró a Ana y articuló una sola palabra: *Corre*.

Salieron de la habitación lo más rápido que pudieron, pasaron por lo que debía ser el Lobby del prostíbulo, y vieron la puerta. Estaba a centímetros de ella cuando alguien las atrapó.

—Quietas...— Era un hombre grande y musculoso y, como Lila y Lisa, tenía unas gafas electrónicas que mostraban dos puntos rojos.

El hombre las tenía agarradas fuertemente de las manos, por quinta vez ese día fue llevada a rastras a la habitación de Irene. Las empujaron dentro, y el hombre cerró la puerta no sin antes decir con un bufido —Que no vuelva a pasar.

Irene las ayudó a levantarse —Esperaba que no trataran de huir— Suspiró —Aunque supongo que no puedo culparlas. Todo esto debe ser muy pesado para ustedes. Venga, vamos a la cama, deben estar exhaustas.




Su nueva habitación era mucho más simple que la anterior; no estaban los diversos peluches que había coleccionado con el paso de los años, ni las sábanas rosas que había conseguido luego de una estratégica planeación (en realidad se las pidió a sus padres hasta que accedieron). Era una simple cama con sábanas grises y paredes rojas con un diseño floral. No había cuadros y el único mueble extra era una pequeña mesita negra. No había ventanas.

Esa noche, la primera que pasó lejos de casa, sin que fuera una piyamada, lloró hasta dormirse. Se ahogó en su propio dolor e impotencia.

Al día siguiente encontró una chocolatina en su mesita con un simple mensaje:


Sé fuerte

M.



Por la tarde llegó un doctor, al menos eso creía ella. La examinó de arriba abajo, le quitó la ropa y la escaneo con una vara negra y alargada. No le dijo ni una sola palabra en todo el tiempo que estuvieron juntos. Cuando termino, cogió su maletín y se fue.

Más tarde se enteraría de que estaba comprobando que no estuviera enferma, que estuviera lista para todos los clientes de Madeleine.



No vio a Ana ese día, probablemente le estuvieran haciendo lo mismo que a ella, pero recibió las visitas de Irene, Marcela y Cleo.

—La primera vez es la más difícil—

—Pero luego todo es más fácil—

—Reza para que no te toque un viejo verde. Son de lo peor.

La visita terminó cuando Marcela empezó a gritarle a Cleo, la cual le respondió algo que María no entendió pero que debía ser muy grosero, ya que Marcela le dio una bofetada e Irene tuvo que llevárselas del cuarto.



Su primer cliente llegó un día antes de ver a Ana otra vez.

La había llevado a un amplio cuarto, había diseños florales en las paredes, diferentes a las de su habitación, cuadros de distintas personas, todas en posiciones raras adornaban las paredes. Una amplia cama roja era el centro de la habitación, las sábanas eran realmente suaves, debían de ser de algún material importado. El material era bastante similar al de su vestido, uno blanco y simple. La habitación estaba caliente, pero se sentía helada. No tenía ropa interior, se la habían quitado. Respiraba entrecortadamente, Irene y las demás no le habían dicho que esperara, solo le dijeron que “se relajara”. Entonces oyó que la puerta se abría.

Era una mujer alta, con largo pelo negro y ojos dorados seguramente modificados, parecía una modelo. O alguien que podía pagar modificaciones extensivas. Cerró la puerta tras ella y se acercó dando pasos delicados sobre el piso.

—Así que... eres la nueva —Levantó una mano enguantada, indicándole que se callara —No hables, lo prefiero así.

Empezó a desvestirla. Le empezó a entrar el pánico.

—Mi esposo me saca de quicio. Los hombres me sacan de quicio.

No quería que fuera así.

—No sé por qué, pero las mujeres también me sacan de quicio.

Basta. Basta. Basta.

—Aunque tengo amigos, claro.

No. No. No.

—Pero, una chica tiene sus necesidades.

Estaba desnuda.

—No me culpes.

Empezó a besarla.

—Soy algo ruda, así que dolerá.

Empezó a luchar. María le mordió el cuello.

La mujer le dio una fuerte bofetada. Sintió cómo su piel ardía tras el impacto. —Peleas, eso me gusta. No eres como mi esposo— Cerró las manos alrededor de su cuello. —No te preocupes, nos divertiremos. Tengo maneras de compensar mi falta de partes masculinas. Te gustará, ya verás.

Fue horrible y rítmico. Cada vez que la mujer gemía oprimía más fuerte su cuello y María sentía cómo se le iba la visión. Lo peor fue que en la mitad del acto ella reconoció a su cliente, esos ojos dorados eran de Valeria, una de las modelos que admiraba. No supo por qué, pero eso solo incrementó su dolor.

Valeria no se despidió al terminar.

María lloró esa noche. Mientras apretaba su cara contra la almohada, deseó que a Ana le tocara alguien amable.

Quizás un viejo verde habría sido mejor. Fue lo último que pensó antes de dormirse.

Memorias – Parte 2

Despertó en su cama, increíblemente cansada y adolorida. Recordó la noche anterior con una vividez aterradora, parte de ella esperaba que fuera como en los dramas de la televisión y el trauma causara que se olvidara de todo el asunto. El trauma estaba muy presente, y desgraciadamente, la memoria igual. María salió de la habitación, deambuló por el corredor. Las puertas le parecían portales que conducían a mundos horribles y despreciables, a destinos parecidos al suyo. No se dio cuenta de que había llegado a la pared hasta que chocó con ella.

Ni siquiera se molestó en levantarse, se quedó en el piso, con las manos apoyadas en la alfombra. Le pareció que pasaban años hasta que una mano se posó en su hombro. María dio un salto y se apoyó contra la pared, sintió miedo, se sentía indefensa, lo detestaba.

—¿Querida? ¿Te encuentras bien? —Reconoció esa voz. Irene.

Levantó la cabeza y miró a los amables ojos de la mujer. Su cuerpo se movió por sí solo. Se arrojó a sus brazos y empezó a llorar de nuevo. Las delicadas manos de Irene daban reconfortantes círculos en su espalda.

Pasaron un tiempo sentadas las dos en el piso, hasta que sus lágrimas se secaron y su llanto pasó a ser un sollozo. Irene la levantó del piso y la dirigió por el corredor, subieron las escaleras al tercer piso, pasaron por muchas puertas hasta llegar a una adorable puerta naranja con una mariposa pintada en la fachada. Irene la abrió y condujo a María adentro. El interior del cuarto era muy diferente al suyo, a pesar del pequeño tamaño estaba decorado con muchas imágenes de mariposas, fotografías decoraban las paredes mostrando distintos tipos de mariposas, María sólo reconoció unas pocas. La cama era pequeña y al lado tenía una mesita, sobre la cual había una fotografía, en ella Irene se encontraba con Marcela y Cleo en un lago. *Es bonito*. Después de ver la foto, se calmó un poco, si podían ir a hermosos lagos, no debía ser tan malo trabajar ahí. *¿Verdad?*

—Siéntate, querida. —Se dirigió a un pequeño escritorio en un rincón de la habitación, sacó unos cubos de un cajón y los puso en una máquina cuadrada que reposaba en el mueble. —El chocolate caliente siempre ayuda con las penas.

La máquina dio un pequeño beep, seguido de una voz sintética —*Su producto está listo. Disfrútelo.*

Una pequeña compuerta se abrió en el cubo e Irene sacó una taza de ella, se acercó a María y le ofreció el chocolate. —Toma, te calmará.

—Gracias. —Estaba caliente y un agradable olor salía de ella. Le dio un sorbo, estaba muy bueno. Sintió cómo el calor le recorría el cuerpo. Antes de darse cuenta se había bebido todo el chocolate.

—¿Quieres más, querida? —Irene la miró con amabilidad —Puedes pedírmelo, tengo bastantes.

María asintió, tenía ganas de más, era un alivio contar con algo bonito en ese lugar, aunque fuera algo tan trivial como una bebida caliente. Irene le sonrió y tomó la taza de su mano.

Mientras hacía más chocolate María notó cómo la miraba con una mezcla de curiosidad y consternación. Golpeaba rítmicamente la mesa con sus dedos, como si debatiera algo internamente. Cuando le trajo su segunda bebida se agachó junto a ella y la miró a los ojos. —Si no te molesta, ¿me podrías decir quien fue tu... ah... primer cliente?

María no le respondió, rodeó el recipiente caliente con sus palmas, dejando que el calor se difundiera por sus manos. Sintió cómo la bilis, con un sabor agrio y dulce por el chocolate, le subía por la garganta.

—No tienes por qué responderme. Solo quería saber para poder ayudarte. —Irene puso sus manos sobre sus hombros —Hay algunos que son muy rudos, y es mejor que no se les moleste y, quién sabe, si eres buena con ellos te pueden dar regalos. Solo... —apretó los labios —Cuando quieras hablar de eso, estaré aquí para ti.

Miró cómo el líquido marrón daba pequeños remolinos. Fue en ese momento en el que entendió completamente su situación: ahora su felicidad estaría reducida a contentar a sus clientes y esperar que no la maltrataran, y si tenía suerte, sus violadores le darían regalos, como una especie de agravio retorcido *Lamento si te violé, pero aquí están unas joyas. Así que, estamos bien ¿no? ¿Debía contentarse con eso? Le daba asco toda la idea. Una parte de ella pensaba en negarse, pelear con uñas y dientes. Pero, ¿qué le harían? ¿La matarían? ¿Terminaría en un callejón, como un cadáver que aparecería en las noticias de la tarde, siendo toda su vida resumida como una estadística en una pantalla? No tenía muchas opciones, y lo que más detestaba en esos momentos era que ya buscaba maneras de no hacer enojar a Valeria. Se daba asco.*

—Valeria —dijo en un susurro furioso. Con ella, con todos —Ella fue mi primer cliente.

Irene pareció sorprendida. —¿Ella? No había venido aquí en un tiempo. Creíamos que se había aburrido del lugar. —La miró compadecida, una parte de ella se sintió infinitamente agradecida por tener a alguien de su lado, y otra se llenó de odio. No quería compasión, quería que la ayudaran. Acalló esos sentimientos, Irene solo quería ayudarla. —Te puedo dar consejos, si quieres. He... estado con ella anteriormente. Sé que es ruda, pero si te relajas te dolerá menos. —Irene dejó de hablar y miró a María. Tardó un poco en darse cuenta de que estaba esperando su aprobación. Estaba haciendo todo lo posible para hacerla sentir que tenía algo de control sobre su vida, aún en su situación. Ella podría ser una de las únicas amigas que tenía en este lugar, aparte de Ana claro está. Solo podía hacer y esperar lo mejor en esta situación.

María asintió y dijo suavemente —Aconséjame, necesito toda la ayuda posible.

Irene le sonrió, pero María notó que era una sonrisa triste y resignada, como si no fuera la primera vez que hacía esto, y probablemente no lo era. Parte de ella se preguntó cuántas veces lo había hecho. —Muy bien. Lo primero que debes saber de ella es que muestra una predilección por las mujeres, muchas veces dice que no les gustan los hombres, aunque tampoco soporta mucho a las mujeres. Le gusta ser ruda, ahorcar a los demás es su parte favorita, generalmente no golpea, a menos que la persona se resista. Siempre viene por la noche, después de trabajar. Debido a que su trabajo como modelo la mantiene ocupada, a veces pasa días sin venir, pero nunca se pasa de la semana. Es descaradamente rica, así que sus favoritos reciben una gran cantidad de obsequios, entre más destaquen más caros serán —se sentó en la cama y le dio unas palmaditas al colchón, indicándole a María que se sentara. Ella obedeció. —No es fácil, lo sé. Pero sé que puedes superarlo, eres una chica fuerte, con tu fuerza y con el apoyo de tu amiga, lograrás salir adelante.



Su esperanza se hizo realidad, a Ana le había tocado a alguien de lo más amable.

—Fue agradable, ni siquiera me tocó. Solo quería a alguien para hablar, parecía un hombre muy triste y solitario. Me dijo cómo su quinta novia lo había

dejado por otro más rico. Me dio algo de pena. Después de hablar se despidió y me dio unos bombones, me deseó toda la suerte y se fue.

Estaban sentadas en la habitación de Ana, igual de plana que la suya, igual de vacía de cariño. Después que Irene había terminado de aconsejarla, había salido a buscar a Ana, Irene le había dicho dónde se encontraba su habitación, esperaba hallarla llorando, tal como ella, en su lugar ella estaba recostada en la cama, leyendo en su proyector holográfico (se los había dado el prostíbulo, y según Irene estaban estrictamente vigilados, cualquier intento de pedir ayuda sería detectado. Solo debía cumplir su función, distraer a las prostitutas de su trabajo. Tenía la misma misión que su Pad, ambos servían para la vida diaria, aunque estaban alterados para no dar señales de su situación, al menos el proyector lo estaba, el Pad era famoso por ser inalterable.

Se sentía muy feliz por ella, pero al mismo tiempo notaba cómo los celos crecían en ella. ¿Por qué le había tocado a ella alguien tan asqueroso como Valeria y a Ana alguien tan amable? No era justo. *No, no pienses eso. Es mi amiga, seguro que ella deseó lo mismo para mí.* Le dio un abrazo largo y cariñoso.

—Me alegro por ti —dijo María.

Ana la miró fijamente —María... te ves terrible. ¿Te tocó alguien malo? — su voz irradiaba preocupación. —Puedes decírmelo.

Pensó en qué decirle, no quería contarle todos los detalles, no necesitaba que su mejor amiga sufriera por ella, no sería justo para ella. Pero ocultarle las cosas tampoco era una opción, su confianza iba más allá de eso. Decidió contarle lo que pasó, en general, sin adentrarse mucho en eso. Le diría que pasó, pero le ahorraría el dolor, se lo debía. —Fue malo. Ella no fue nada amable, me dolió.

Ana se llevó las manos a la boca, silenciando un grito. —¿Tan malo fue? María, cuánto lo siento. —Se acercó a ella y la abrazó. Deslizandó sus manos en su cabello, siempre lo hacía cuando María se sentía triste o asustada, desde niñas había sido un consuelo en tiempos oscuros. María se sentía agradecida de tener una amiga como ella. No notó que estaba llorando hasta que vio cómo la ropa de Ana se llenaba de pequeños charcos mojados.

—Lo peor de todo fue que reconocí a mi cliente.

Ana la soltó sorprendida, sus ojos reflejaban muchas emociones, entre ellas el miedo. Miedo a conocer a una persona que apoyaba su situación, que apoyaba que las trataran como juguetes, pero la curiosidad brillaba en ellos, el

tipo de curiosidad que impulsaba a conocer, a saber, incluso cuando se sabía que el resultado sería doloroso. —¿Quién es?

—Valeria.

—¿La modelo? ¿*Nuestra* modelo favorita?

—Sí. —La rabia le ardía en las entrañas —Es una... una... perra miserable. —Había oído la palabra en la calle, pero no la había usado antes.

Ana bajó la cabeza, y miró el piso. No dijo palabra durante un rato, entrelazó las manos y jugaba con sus pulgares. Lo hacía siempre que se sentía nerviosa, la veía hacerlo sobre todo en los exámenes de química. *Supongo que ya no tendremos que preocuparnos por ello.* El pensamiento fue fugaz y con poca ira, quizás ya no le quedaba rabia en su interior.

Finalmente, Ana habló: —No la veremos más, ni compraremos sus productos —su voz era sorprendentemente fuerte, era una de las cosas que más le gustaban de ella. —No nos merece, ni vale la pena.

Ana cogió la mano de María y le dio un apretón. Le sonrió. María pensó que tenía la mejor chica del mundo como amiga.



Eventualmente Ana sufrió el mismo destino que ella. Habían sido días tranquilos, no le habían llevado a nadie más como cliente. María siempre había creído que Irene había logrado que Madeleine le dejara sola por un tiempo. Por desgracia, su amiga no tuvo la misma suerte. La encontró llorando en su cama, con la cara en su almohada, ahogando sus sollozos en ella. Un vestido naranja claro de satén estaba tirado en un rincón, probablemente lo que le hicieron usar para satisfacer a su cliente del día. Por la expresión de su cara no fue ni remotamente amable con su amiga.

—¿Ana? ¿Estás bien? —se sintió tonta por preguntar, por supuesto que no estaba bien. Su experiencia era muy parecida a la suya, el horror y el asco estaban en sus entrañas, carcomiéndola desde dentro.

Su amiga dio un salto y la abrazó con fuerza, sintió cómo las mojaditas lagrimas le humedecían el cuello y la ropa. María le dio unas palmaditas en la espalda, y empezó a acicalar su cabello, tal como ella había hecho antes. Esperaba que eso la calmara, al menos un poco.

—Fue horrible —empezó Ana— Me manoseó toda, me dio un beso y... y... —empezó a llorar más fuertemente.

—Todo va a estar bien —María no sabía si se lo decía a ella o a sí misma. Quizás era una mezcla de ambos.

Sorprendentemente Ana pareció creerle. —Vale... Sé que si estamos juntas podremos sobrellevar esto. No estoy bien ahora, pero lo estaré. Todo... todo va a estar bien. —María comprendía que Ana también estaba intentando ser fuerte por ella, no sabía lo que les deparaba el futuro, pero estaba intentando ver lo mejor, cualidad admirable. A pesar de que su vida ahora era bastante horrible, ambas habían encontrado una manera de sobrellevar esa situación, un optimismo casi ciego, quizás no pudiera durar mucho, pero era lo mejor que tenían en el momento, y María creía, en verdad creía, que si estaba con Ana, podrían salir de esto, o al menos sobrevivirlo.

—María, ¿me acompañarías a las duchas?

—Claro, siempre estaré contigo.



Su segundo cliente fue Valeria, había vuelto por más. La miró como un depredador hambriento, deseoso de roer la carne fresca que tenía adelante. Le recordó todos esos documentales del reino animal que había visto antes. Otro recuerdo que había sido mancillado por este miserable lugar.

—Sabes, creo que le pediré un favor a Madeleine —su tono era conversacional, como si le hablara a un viejo conocido, como si no estuviera a punto de cometer un acto criminal. —Sí, le diré que no deje que ningún hombre te toque. Ya me han arruinado lo suficiente, será mejor si cojo con una chica que no ha sido mancillada por ellos. Sé que te dije que no soporto a las mujeres, pero me parecen mucho más tolerables que los hombres, ellos me dan algo de asco, lo cual es irónico ya que estoy casada. Pero lo que el bueno de Tom no sepa, no le dañará. Así que, de ahora en adelante, serás una exclusiva para las mujeres. ¿No te sientes especial? Ahora, ¿en que estábamos?

Fue igual de horrible que la primera vez, su desafío, el cual hizo a pesar de su buen juicio, fue simplemente mirarla con la mayor expresión de odio que pudo. Valeria solo se rió, le divertía su expresión. Se aseguró de mirarla durante todo el acto.



—Exclusiva, ¿eh? Vaya, debes sentirte muy orgullosa, Valeria le debió dar un montón de créditos a Madeleine para asegurarse de ello. Yo no tengo ese privilegio, pero no esperes que me sienta celosa. —Cleo era tan antipática como siempre, no mostraba ningún interés en María, solo le mostraba desdén.

Marcela se adelantó a darle unas galletas, de seguro un regalo de uno de sus clientes o quizás las encargó. María averiguó que, si bien no las dejaban salir del edificio, podrían encargarle víveres y dulces a los distintos chicos que trabajaban en el prostíbulo. Claro que si querían que les trajeran sus encargos tenían que portarse bien, en otras palabras, obedecer todas las reglas del lugar, y nunca, nunca, enojar a los clientes. —No seas tan... tú, Cleo. La pobre necesita descansar y una mano amistosa, no a ti y tu falta de empatía.

Cleo solo soltó un leve bufido, y continuó pintándose las uñas con esmalte de un estridente color rosa.

Irene, siempre amigable, trató de levantarle los ánimos. —Si eres exclusiva, es posible que puedas contentarlas más fácilmente, y con las mujeres no te tienes que preocupar de fluidos indeseados en ti. A excepción de los sintéticos, pero esos son limpios. No está tan mal, si lo miras del ángulo correcto.


—Teme a las que tratan de compensar con montones de extensiones raras, esas duelen mucho.

Marcela la miró iracunda —¡Si no vas a ayudar Cleo, al menos podrías callarte!

Cleo le sostuvo la mirada sin pestañear, ni siquiera paró de aplicarse el esmalte. —Solo le advierto, nada más. Es mejor que se entere ahora, y no en la cama.

Marcela abrió la boca para responder, pero Irene la interrumpió. —Es mejor si no peleamos aquí, después de todo estamos ayudando a María y Ana a que ya no les moleste esto. ¡No te atrevas a reírte, Cleo!

Ana apretó su mano, sonreía, a pesar de las peleas veían que las tres mujeres de verdad eran buenas amigas, era lindo encontrar algo así, y siempre podrían soltar una risa ante sus peculiaridades. Pasaron el resto de la tarde comiendo galletas con chocolate, y riéndose con sus nuevas amigas.



Conoció a Peter luego de una sesión especialmente dura con Valeria, era un muchacho de su edad, piel blanca y ojos marrones. Si estuvieran en la ciudad, le dirían que era una apariencia demasiado simple, muy común, pero a María le parecía bonito en su simplicidad.

—Hola, soy Peter. Te he traído unos tartas y pasteles de canela —le ofreció una caja rosa atada con un gran listón rojo, de la que emanaba un agradable olor.

María lo miró extrañada, no había pedido nada. Generalmente no lo hacía, lo consideraba como su desafío personal, negarse a aceptar los “regalos” que le daban a cambio de su sumisión. Ana hizo lo mismo, aunque María pensaba que lo hacía por ella, comía las galletas de Marcela cada vez que se encontraban.


—Yo no pedí nada.

Peter la miró con una sonrisa. —Lo sé, me pareció que necesitabas unos pasteles para animarte. Sé lo de Valeria y ella no es nada amable.


María sintió rabia —No necesito tu lástima. Vete.

El chico la miró alarmado. —No es eso, no es eso. Solo quería animarte de algún modo, siempre que te veo parece tan triste... Además, son pasteles muy buenos, deliciosos. Yo los como siempre que puedo. —Se llevó la mano a la cabeza, apenado. —No le digas a los demás, ya creen que soy un glotón. Un ratón pastelero, como el de los anuncios, debería ponerme un sombrero y todo.


No pudo evitarlo, soltó una risita. El chico era divertido. —Bueno, aceptaré los pasteles. Pero solo esta vez.



Empezó a verlo durante sus descansos, la hora era irregular ya que Peter estaba ocupado haciendo los mandados, por tanto, no siempre estaba disponible, pero cuando lo estaba se divertían juntos, veían videos juntos, y comían los pasteles que el traía, hacían bromas, *Horribles*, parte de su cerebro le decía, pero la ignoraba. Se divertía con él, casi tanto como lo hacía con Ana. *Quizás hay más buenas personas de lo que esperaba.* Ese pensamiento la alegró.



Al igual que Ana, Peter venía después de una de sus sesiones con Valeria o con otra mujer, la animaba. Antes de darse cuenta esperaba sus visitas. También le agradaba lo bien que se llevaba con Ana, aunque ella nunca pensó que su humor fuera divertido. Peter siempre insistía que su humor era solo “para personas selectas de la sociedad”.




En una tranquila noche de invierno, Peter le confesó cómo llegó a la casa del placer de Madeleine.

—Mis padres me vendieron para pagar una deuda, eran Necrófagos y necesitaban el dinero. No los he visto desde entonces.


—Lo siento...

—No lo sientas. Me alejé de ellos, la vida en esa casa era todo un infierno —le sonrió, una sonrisa bonita y sincera que le daba cosquillas en el estómago, a pesar del contexto en la que se la daba. —Sé que no me quieres contar, así que no te presionaré. Aun así, si algún día quieres hablar, aquí estoy.




La llevaron a que fuera modificada, un guarda la acompañó todo el tiempo. La máquina era fría y su operador igual, las pequeñas agujas se le clavaron en su piel entumecida por la anestesia, lentamente un nuevo color la invadió, garras se acercaron a su cara, dispuestas a cambiar todo su ser. La anestesia general surtió efecto y su visión se oscureció.

Despertó en su cama de trabajo. Valeria la miraba apreciativa —Me gusta tu nueva apariencia. Yo la ordené después de todo. Creo que me gustará experimentar contigo.



No reconoció a Ana cuando la vio. No fue hasta que encendió su Pad que entendió que esa nueva chica era su amiga. Se abrazaron en silencio.

Cambiaba mucho de raza gracias a las modificaciones, eran hechas a demanda, para entrar en los estilos actuales. No tenía un look fijo, Cleo las llamaba “Muñecas” y María, al no reconocer la persona en el espejo, no pudo evitar darle la razón.




Un frío día de otoño Ana la llamó a su habitación. Estaba silenciosa en su cama. No se movía, casi parecía que no respiraba. La miró con ojos empañados en lágrimas —María. ¿Te acuerdas... te acuerdas cómo nos veíamos originalmente? ¿Antes de esto?

No tenía sentido mentir. —No.

Ana rompió a llorar, María solo deslizaba sus manos en su cabello, esperando en vano tranquilizarla.

Peter la abordó después de verla alicaída durante días. —No me importa cómo luzcas, siempre serás María para mí. La mirada que le dio a Peter contenía mayor agradecimiento de lo que se puede expresar en palabras.



—Tenemos que escapar. —La determinación en la voz de Ana era palpable. Ya habían pasado dos años desde que sus padres habían muerto y ellas habían sido encadenadas al prostíbulo de Madeleine. —Ya nos estamos acostumbrando, esto no puede seguir. En el peor de los casos nos volveremos tan conformes que no queremos irnos. —La urgencia transmitida movió a María. Tenía razón, satisfacer a Valeria, visitar a Irene y hablar con Peter ya se había vuelto una rutina.

—¿Cómo? Todas las entradas están vigiladas, no nos dejaraían salir.

—Hablé con Irene, está con nosotros, nos ayudará. Tenemos que aprovechar el cambio de guardia. Ella los distraerá, entraremos en el cuarto de mantenimiento, bajaremos a las alcantarillas de la ciudad, correremos por los túneles hasta una trampilla de mantenimiento. Saldremos y buscaremos a la policía si hace falta, y si podemos saldremos de la ciudad.

María estaba atontada, ¿cómo no se le había ocurrido eso? ¿De verdad había encontrado algo de comodidad en su asquerosa rutina? —¿Cómo conseguiremos dinero?

—Vendí las joyas que me regalaron. Peter me ayudó con eso. Los créditos están dentro de chips anónimos. Siempre que no compremos en tiendas de alta gama no los detectarán —su respuesta fue rápida, llevaba mucho tiempo planeando esto.

María se sintió triste, a pesar de las circunstancias quería a Irene y a Peter. Tenía que despedirse. Miró a los ojos a Ana —Muy bien, hagámoslo.



Llegó la noche. Se sentía muy nerviosa. Estaban en su cuarto, con Irene y Peter, se reunirían una última vez.

—No estés nerviosa, saldrás de aquí. Fue un error decirte que esto no sería tan malo, tienes que salir de aquí.

—Nos volveremos a ver. Yo también saldré de aquí. Espérame. —Peter le dio un pequeño beso. —Suerte.

El metal de los chips se sentía helado en sus manos.

Irene habló: —Ya es hora.

María luchó por no verse sospechosa, bajaba las escalera ni muy rápido, ni muy despacio. Todo parte del plan. La paranoia incrementaba con cada paso que daba.

Llegaron, el interior del cuarto era gris, una pequeña trampilla plateada, su puerta la libertad estaba en cerca de una pared húmeda. La levantaron entre las dos, era pesada, apoyaron sus pies en las delgadas escaleras mientras bajaban.

Las alcantarillas, tal y como su nombre lo indicaba, olían horrible y estaban pobremente iluminadas. María y Ana caminaban juntas de la mano, cuando sus ojos se acostumbraron a la luz empezaron a ir más rápido. Tenían que seguir caminando hasta llegar las afueras de la ciudad, las trampillas que conducían a las alcantarillas eran pocas. Era un esfuerzo por embellecer a la ciudad, pero para ellas solo significaba que había menos vías de escape. Todo iba bien hasta que oyeron una explosión tras ellas, y unos pasos que las seguían. Las habían descubierto.

Corrieron lo más rápido que pudieron. Sus pasos resonando en los oscuros túneles. Trataban de guiarse por los planos que habían leído, de papel, para que no fueran rastreados, no debían de estar lejos, pero los pasos se acercaban.

Sentía cómo la sangre le palpitaba en los oídos cuando llegaron a su destino, una gran trampilla gris las esperaba al final de una rampa, un acceso para ingresar grandes materiales de mantenimiento. *Estamos tan cerca*. Se apresuraron a abrirla, usando una simple palanca mecánica en un costado, estaba muy dura y fue difícil darle vueltas, pero lentamente se abrió. Rayos de luz se filtraron a los túneles. Siguieron empujando, pero llegaron a un alto cuando la palanca se atoró.

—Podemos seguir, se abrió lo suficiente para que pasemos por ella. — María trató de ocultar su pánico —Ana, ve tú primero —le debía al menos eso a su mejor amiga.

Ana la miró un rato, sus ojos reluciendo en la oscuridad, dio un cabeceo afirmativo. Pasó a rastras del piso, lentamente dirigiéndose al exterior. Le ofreció la mano cuando fue su turno de cruzar. Había salido hasta la cintura cuando la palanca dio un horrible chillido y la trampilla se le vino encima. Su peso la aplastaba, y lo que era peor, oía a los pasos cada vez más cerca.


—¡Ayúdame, Ana! —Trataba de revolverse, pero le dolían las caderas de la presión.

Ana la miró con la expresión más horrible imaginable. Trató de mover la trampilla, pero era demasiado pesada. Ana retiró las manos. —María, lo... lo siento tanto.

—¿Ana? —No le respondió, acercó la mano a su bolsillo del pecho derecho y sacó los chips que tenía. Vio cómo se alejaba lentamente por el callejón oscuro a donde habían salido. El terror más grande que había sentido, al mismo tiempo que una emoción desconocida, le invadían. —¿A dónde vas?


—Perdóname. Perdóname. Perdóname. —Ana lloraba, dio media vuelta y se fue. Sus pasos dieron eco en el oscuro callejón.

Lo último que recordaba María de aquel día era cómo unas manos demoniacas la halaban de vuelta al infierno.




Fue castigada, la golpearon hasta que perdió la conciencia. No les parecían importar sus ruegos. “Te arreglaré el modificador”. Así justificaban sus abusos.

No vio a Madeleine, solo le dijeron que estaba decepcionada y que recibiría un castigo adecuado. Ya no le importaba.




Valeria llegó con otras mujeres. —Traje a mis amigas. Madeleine me dio luz verde para volverme loca contigo. Cómo esperé este día. Chicas... ¡A divertirse!

Sangraba al final y un solo pensamiento se arremolinaba en su cabeza. *Las mujeres son realmente asquerosas.*



No vio a Irene, ni a Peter. Solo a Marcela. Lloraba incontroladamente, eso fue todo lo que necesitó para saber que su amiga y Peter se habían ido. Marcela se despidió con un sollozo. No la volvió a ver. Cleo le dio una patada antes de desaparecer también.



Su liberación fue cuando ya había perdido todo deseo de vivir. La despertaron gritos que venían del vestíbulo, oyó sonidos de disparos y vidrios rotos. Fue tan diferente del día de su captura, hasta le dio risa. Esperó

pacientemente a que llegaran a su habitación. No huiría, nada bueno le había salido de ello. Aguardaba su muerte. Sin embargo, no fue eso lo que vio cuando la puerta se abrió.

—¡María! —Peter. Peter. PETER. Se arrojó a sus brazos, fue la primera vez en su vida en la que lloró de felicidad.



Juró lealtad a su salvadora, una excepción a la regla, a Jemima. Haría todo lo que fuera por ella. Todo.

Fue en su cartel cuando vio a Ana, se arrojó a ella y estrelló su cabeza contra el piso repetidas veces. Peter, *tan bondadoso*, la detuvo. —No vale la pena.

María reunió todo el odio que había en su interior y le gruñó a esa perra —Acércate a mí otra vez y lo lamentarás.



Peter le acercó su proyector holográfico. Jemima había llamado. —Te necesito. Tienes suerte. Verás a tu amiga de nuevo.

María sonrió.

Capítulo 5 – Amor o Dolor

—Recuérdame, —Lora estaba recostada contra la pared del ascensor, mirando cómo los números del panel electrónico cambiaban lentamente. La ciudad brillaba como un millar de luciérnagas debajo de ellas, iluminado el cielo nocturno. Todo visto desde una pared de cristal, que se elevaba continuamente. —¿por qué estamos aquí? Perdemos el tiempo.

Lydia no se molestó en mirarla, no quería que viera la inquietud en sus ojos. —Nos llamaron. Lo sabes.

Lora suspiró. —¿Qué quiere un Ejecutivo con nosotros? No somos precisamente miembros de la élite con los que se codean.

—No, pero seguro tiene que ver con lo que puede perder. —Ya estaban en el piso 45. —Los carteles se están moviendo demasiado rápido, y si afectan al negocio se vuelve un asunto prioritario para ellos.

—Supongo que es así, debe de ser eso. —Lydia oyó cómo Lora se le acercaba un poco. —Nunca... —dejó de hablar un momento. —No....

—¿Lora?

—Solo... —Lydia oyó el sonido de tela siendo restregada una contra la otra. —Me siento algo mal por el tipo.

—¿El del apartamento?

—No, el del parque. El de los inmóviles.

Lydia la miró. Tenía los ojos pegados al suelo, y con una mano pellizcaba la tela de su uniforme. No pensaba que un grupo tan pequeño e ignorado le importaba. —¿Por qué te importa? Era solo un criminal.

—No me importa en ese sentido. Simplemente siento pena por él. Es decir, le hubiera ido mejor si hubiera aceptado las cosas, en vez de unirse a ese estúpido grupo. Todo el mundo sabe que son unos buenos para nada.

Lydia asintió.

—Buscan separar a todos otra vez. Ahora que hay modificaciones a nadie le importa tu color de piel. ¿Acaso no es eso algo bueno? Y, además, puedes escoger el nombre que más te guste sin ser juzgado. No entiendo cómo alguien puede estar en contra. —Lora se sonrojó. —Lamento que oyeras eso, me dejé llevar.

—No importa. —era verdad. A Lydia no le importaban en absoluto las modificaciones. No desde que su madre se fue.

Lora abrió la boca para decir algo más, pero en ese momento sonó la campanilla del ascensor. La pantalla del ascensor mostraba el número 80. Las puertas se abrieron dejando ver uno de los apartamentos más lujosos de Goldenfield, reservado para la élite, convenientemente alejado de la chusma de la ciudad.

A la policía no la llamaban los Ejecutivos, las corporaciones tenían su propio sistema de seguridad privado, entrenado para defenderlos de cualquier ataque. Muchos decían que era debido a que no confiaban en la policía pública.

El interior era un largo pasillo con puertas a los lados, estatuas simétricamente colocadas a los lados daban la bienvenida a la morada. Una gran alfombra decorada con diseños en espiral se encontraba esparcida sobre el amplio corredor, al final del pasillo se alcanzaba a ver una sala de estar con un gran cuadro sobre una chimenea.

—Vamos —le indicó a Lora —Según las instrucciones, Harrison Waltman debería estar en la habitación al lado de la sala de estar.

Una puerta de cristal azul, la cual Lydia pensó que era una total estupidez y un gasto de dinero innecesario, las detuvo. Lydia vio un pequeño cerrojo electrónico, el cual protegía la habitación de intrusos, no le habían dado la llave. Y era tonto esperar algo así.

—Adelante —una voz surgió de un pequeño comunicador en la puerta, y se oyó un pequeño click.

Lydia empujó la puerta y entró en la habitación. El interior era igual que el resto del lugar, decadente y fuera del alcance de las personas comunes. Una gran cama yacía en el centro de la habitación, varios escritorios con libros estaban pegados a las paredes, y una gran pirámide de cristal colgaba del techo, en su interior se vislumbraban peces de distintos colores, nadando entre plantas y rocas artificialmente coloreadas.

—¿No es algo hermoso?

Harrison Waltman era más delgado en persona. Lo había visto en la televisión y en la internet, su cabello era negro y sus ojos, naranja, todo su ser era lo que el dinero podía comprar.

Le sonrió. —Bienvenidas. Espero que les guste el lugar.

—Es precioso. —Lora siempre había sido bastante honesta, al menos en lo que se refería a la belleza.

—Me alegra que le guste, señorita. —Voz perfecta para los anuncios. —Espero que no les moleste que me atraparan divirtiéndome.

Lydia cayó en cuenta de que tenía una caja negra con crema blanca en su interior, reconoció la marca, Sylvia. A su lado estaba una pequeña jeringa con líquido dorado brillante, vertió una pequeña cantidad en la caja. Lora tenía la boca abierta, Harrison empezó a mezclarlo con una pequeña espátula de metal, muy parecida los cuchillos de mantequilla, sacó una pequeña cantidad, y sin mucha ceremonia se la aplicó en la piel. Su cara se contorsionó de placer y un gemido salió de su boca.

—Ah, esto sí que es bueno. —A pesar de todo no había titubeo alguno en su voz, Lydia se imaginaba el porqué.

Lora se quedó mirándolo —¿Acaso estás...?

—¿Acaso te molesta que me divierta un poco? —como si al mundo no le importaran sus actos, Harrison siguió aplicándose su éxtasis personal, perdiéndose en su propio mundo. Lydia lo observó interesada. No le daba asco, no sentía nada, y por lo visto el hombre lo sabía, continuó perdiéndose en su propio mundo de placer.

Pasó un tiempo así, Lydia no contó cuánto, pero por lo visto fue lo suficiente para que la droga surtiera su efecto a largo plazo: una mancha negra se fue expandiendo por la piel, como un virus carcomía las células dejando atrás solo destrucción, y todo era recibido con una sonrisa.

—Bien —Harrison dejó de aplicarse la crema, y la dejó en una mesita a su lado. Movié el brazo lentamente hacia arriba y hacia abajo, mientras flexionaba los dedos. —Todavía no tengo que reemplazarlo, —miró a Lydia y Lora con picardía —¿pueden creer que este sea mi octavo brazo en tres años?

Lora parecía estar demasiado pasmada para contestarle y Lydia solo le respondió con un seco —Sí, lo creo.

Harrison no se ofendió, ni siquiera pareció prestarles atención. Miraba a su brazo coloreado con curiosidad, a pesar de que lo había visto muchas veces.

—Bueno, creo que ya es suficiente —se levantó de la silla y se puso en frente de ellas. —Es momento de que les diga por qué han venido aquí —sus

dientes relucieron en la habitación. —He decidido ofrecerles mi ayuda. Juntos eliminaremos a la amenaza de los carteles y volveremos segura a Goldenfield.

Lydia se quedó mirándolo sin pestañear. No acababa de creerlo —Los Ejecutivos nunca se habían molestado en meterse en los asuntos de las Flores, mientras se quedaran en su lado no les importaban los problemas que causarían.

—Cierto, cierto —ni siquiera se molestó en negarlo. —Pero ahora es diferente; con la amenaza de las bombas la economía va a sufrir, y eso significaría un descenso en las ventas. Como miembro de Stygian, es mi deber velar por los intereses de la compañía, y si llegaran a involucrar a los carteles, no me queda más remedio que meterme de lleno en ello.

«Piénsenlo bien, con mi ayuda y mis contactos podrán solucionar los problemas rápidamente, ganarán buena reputación y, en consecuencia, nosotros también. Ambos ganaremos en nuestra alianza y si por algún problema salen... de la ley me encargaré de que el asunto se solucione rápidamente. No veo por qué no puedan aceptar esta solución. Así que, ¿qué dicen?»

Era una buena oferta.

—Es una oferta terrible —Lora no parecía convencida, apretaba los labios. —¿Cómo... cómo esperas que confiemos en ti? —su voz se elevaba con cada palabra que pronunciaba —¡Si hasta te drogaste con GoldenNecro en frente de nosotras! ¡¿Acaso no tienes sentido de la decencia?!

—Lora —le advirtió Lydia.

—¡Es un maldito adicto! —Lora no atendía a razones. —No podemos confiar en él, y dice que quiere atacar a los carteles, los cuales son los principales distribuidores de su asqueroso producto. ¿En serio crees que podamos confiar en él?

Harrison levantó las manos en señal de paz. —Vamos, vamos. No seas así. Si te preocupa lo de las drogas, volverán. Con un distribuidor diferente, claro. No se desharán fácilmente de ellas. Además, eso solo es en caso de que los carteles se vayan, puede que al final de todo, solo queden... mermados. Por tanto, tu trabajo seguirá siendo importante si es eso lo que te preocupa.

Lora actuó como si le hubieran dado una bofetada, pero no se movió, ni siquiera gritó. Oyó cómo rechinaba los dientes, y por un momento pensó que se lanzaría hacia Harrison, mas solo estaba como una estatua, pétrea y quieta.

—Bien, bien —se notaba la furia contenida en su voz —No necesitamos tu ayuda, no tenemos que aceptar la ayuda de un pútrido drogadicto. Me largo de aquí. —Dicho eso, dio media vuelta y se fue de la habitación. Sus pasos resonaron por la estancia, hasta que desaparecieron.

—Tu amiga no se ha molestado en despedirse, —como en toda la conversación, Harrison no se veía alterado en lo más mínimo —Pero qué grosera.

Lydia no le respondió.

—Ya que te has quedado aquí, supongo que *sí* estás interesada en mi oferta.

El silencio de Lydia no pareció amedrentarlo. —Entonces, ¿puedo contar con tu apoyo?

Extendió la mano, sin callos, y perfectamente modificada.

—Un cliente difícil —dijo divertido —Entonces aumentaré la oferta. Puedo hacer que tu amiga Ana no sea enjuiciada, estará tan limpia como mi historial.

Una reacción es lo que buscaba y una reacción es lo que obtuvo. Se acercó hasta que estaban a un centímetro de distancia. —¿Cómo sabes lo de Ana?

—Investigué un poco. Sé que es una exmiembro de Jacinto, y una aspirante a corista, y debo decir que es muy buena. Cantar en la Pluma Dorada es un logro bastante loable. Y sé que ha habido... irregularidades en lo que respecta a su comportamiento en los últimos días —su tono y modo de actuar le recordaban a una víbora, y a Lydia le interesaba confiar en su veneno de una manera que no comprendía, o quizás lo hacía, pero no quería admitirlo. —Solo acepta trabajar conmigo, y lo obtendrás todo, la seguridad que deseas para tu querida amiga y la inmunidad que deseas para actuar como te plazca, y nadie, nadie tiene por qué enterarse, ni Lindsey, ni Lora, ni siquiera Noah.

La había cogido desprevenida, no se esperaba eso. Noah no haría público lo suyo, pero entre los Ejecutivos no existía el honor, solo cuchillos entre seda. Alguien los tenía que haber visto, la información se filtraba por las paredes.

—Sabes mucho de mí, y yo casi nada de ti. ¿Por qué debería confiar en ti?

—No sé nada de ti, solo lo que se puede conseguir buscando un poco —apoyó su brazo en el hombro de Lydia, y por un minuto ella se imaginó la carne putrefacta esparciéndose por su cuerpo. —Pero puedo adivinar lo que deseas.

Quitó la mano de su hombro y retrocedió unos pasos. —No es una decisión difícil, es obvio lo que tienes que hacer. —extendió una mano, la negra y descompuesta, hacia ella —¿Tenemos un trato?

Tenía que proteger a Ana, tenía que mantenerse a flote en la ciudad. ¿Estaría dispuesta a ensuciarse las manos para lograrlo?

Qué pregunta más estúpida.

Ya estaba bastante sucia, ahora solo importaba cómo saldría del embrollo en el que se había metido de cabeza. Viva o muerta.

Agarró la mano que le fue ofrecida con fuerza —Trato hecho.

Sus ojos relucieron. —Me alegra que hayamos llegado a un acuerdo, Lydia Greene.

Lydia nunca pensó que el apellido de Katherine le serviría, irónicamente, para proteger el de su padre.

Supongo que hasta la mierda tiene sus usos.



Lora la esperaba en el auto, resguardado en el parqueadero de visitantes.

—¿Por qué tardaste?

—Tenía que disculparme, —la mentira se deslizó fácilmente entre sus labios —No es conveniente enemistarse con un Ejecutivo de Stygian.

—Perdona, pero creo que te refieres a la basura adicta que encontramos en su pequeño hogar sobreevaluado. —Lydia notó cómo mascaba furiosamente un caramelo en su boca. —Debimos haberlo arrestado por posesión de narcóticos, se lo tenía merecido.

—¿Para qué? No llegaría ni al juzgado antes de que lo sacaran. No tiene sentido alguno intentarlo.

Lora la miró decepcionada. —Lydia... —pareció considerar algo unos segundos antes de agitar la cabeza, como si intentara quitarse algunos pensamientos de encima. —Pudimos al menos intentarlo.

—Déjalo ya, Lora.

Lora suspiró. —Al menos rechazamos su oferta, ¿verdad?

Lydia contempló por un milisegundo soltarle todo, luego decidió que era de lo más estúpido que había pensado. —Claro que lo hice.

Se sorprendió al ver que cuando Lora le sonrió, no sintió culpa alguna.



Sentía el frío en su alcoba, no se molestó en cambiarse de ropa.

Por enésima vez desde que llegó a su casa, y un número de veces que ya se le habían olvidado, llamó a Ana.

La vocecita grabada le respondía, como siempre: *“Hola Lydia, lamento no estar disponible en estos momentos. Te llamaré más tarde”*.

—Ana, —le dejó otro correo, que de seguro ya se amontonaban, desesperada por obtener una respuesta. —Contesta, necesito hablar contigo. Ya he preguntado por ti en los bares donde trabajas, pero ninguno me da razón de dónde estás. Sé que no tienes ningún trabajo porque ya he preguntado al respecto. En serio tenemos que hablar. Llámame en cuanto puedas.

Arrojó el pad a su cama, se acostó en ella, y antes de darse cuenta se quedó dormida.



Mató a tres personas ese día. Ahora las Flores atacaban a plena luz del día. Varias bajas de los bandos eran registradas, con los civiles metidos en el medio, era todo bastante complicado. Cuando le indicaban a dónde ir, era simplemente llegar y disparar a todo lo que se movía.

Curiosamente, el número de peleas dentro de la jefatura disminuyó, quizás debido a la falta de tiempo para pelear entre ellos.

—Quería acción, pero no de este tipo —le decía Marco, en una de las pocas oportunidades que tenían para respirar, tenía la cara sucia y un poco magullada, y un corte en la mejilla estaba cicatrizando, concediéndole un aspecto algo desagradable, aunque Marco declaró que eso solo serviría para atraer a las

chicas, al menos mientras encontraba tiempo para ir a un modificador. —Esto se está volviendo salvaje, más chicas han venido corriendo hacia mí este mes, que en el último año.

—Olvidas la parte donde esas chicas vienen disparándote o con cuchillos, y gritando “Te voy a matar”.

—Es que me gustan las mujeres intensas.

Su conversación se vio interrumpida cuando Tatiana llegó gritándoles que se alistaran, debían ir a detener otro ataque.

Marco ganó otra cicatriz y Lydia más sangre en sus manos.



—Lydia, —Noah, —¿Puedo pasar?

La había esperado pacientemente en su apartamento.

—Perdona que me sigan los guardias, pero mi padre ha insistido en que no salga sin ellos. No considera que fuera seguro salir sin protección.

Lydia le indicó sin palabras que entrara.

—Perdona que no sea el lujo al que estás acostumbrado.

Noah rió tras ella. —No me molesta, para nada. Es más, lo encuentro bastante bonito, tu apartamento es práctico. —ojeó las lisas paredes, carentes de decoraciones. —Igual que tú. Me gusta esa parte de ti.

Lydia sintió cómo se sonrojaba. Guió a Noah, con sus dos guardaespaldas pisándoles los talones., hasta la sala, donde le indicó que se sentara.

—¿Quieres algo de tomar? —odiaba el efecto que Noah tenía en su voz, la hacía temblar, y Lydia tenía que esforzarse por mantenerla firme. —¿Tus guardaespaldas querrán algo?

—No te preocupes por nada, estoy bien. No quisiera incomodarte. —Miró a los dos guardas situados tras él. —¿Ustedes quieren algo?

—No, señor. Gracias.

—No, señor. Gracias.

Las respuestas eran robóticas y sin ninguna entonación. Fruto de días de entrenamiento corporativo.

Noah la miró, y por un momento Lydia pudo ver que deseaba tomar sus manos, pero tanto ella como él se abstuvieron. —He... querido decirte eso por mucho tiempo Lydia. Yo...

A Lydia se le aceleró el corazón.

—Siempre he admirado tu trabajo y tu dedicación. Siempre ayudas a tus compañeros y te dedicas a proteger a los que no pueden protegerse. Te he visto comportarte como toda una heroína.

Lydia se atragantó, trataba de no reírse frente a lo absurdo que le parecía todo eso. Noah no conocía a la verdadera Lydia, a la preciosa muñeca de Katherine, era tan horrendo que le daba risa.

—Quizás... no tenga el derecho de pedirte esto, pero... —la miró con los mismos ojos de aquel día de verano. —¿Te gustaría irte de Goldenfield conmigo?

Lydia sintió horror cuando se dio cuenta de que a pesar de todo el esfuerzo que había hecho para proteger a Ana, parte de su corazón estaba dispuesto a aceptar esa oferta.

Capítulo 6 – Putrefacción

—¿Qué dices, Lydia? —Noah no parecía perturbado, ni tampoco muy confiado. Solo esperaba pacientemente su respuesta. Como una perfecta estatua de mármol, exclusivamente preparada para su la hermosa ruina de Lydia.

Lydia apretó los dientes. Quería aceptar, dejar todo atrás: los carteles, la fuerza, la ciudad... todo. Tendría una vida de ensueño, si se iba con un ejecutivo, era seguro que viviría en una mansión rodeada de gente dispuesta a complacer todos sus deseos y servirla como una reina. Y para lograr todo aquello, solo tenía que aceptar la propuesta de Noah. Sería tan fácil... y tan deseado, Noah movería los cables para que ella fuera aceptada en la alta sociedad, dejaría atrás todos sus problemas: la corrupción de Goldenfield, la responsabilidad de ayudar a Ana, sus deberes como policía... Todo quedaría atrás. La propuesta en si era como salida de una novela barata y cliché, igual a las que leía de niña, y por eso era tan tentadora. Tales cosas no se producían en la vida real, y que le pasara a ella era tan ridículo e irónico, que le daban ganas de vomitar.

Se preguntó la clase de persona que era, la clase de persona que había sido en los últimos días. ¿Acaso se merecía ese lujo? No creía tal cosa, pero eso no impedía que parte de ella lo deseara con fuerza. A pesar de todo, parte de la pequeña niña que leía novelas románticas a escondidas de su madre, y que soñaba con un príncipe la rescatara de su sufrimiento seguía viva en su interior, y por mucho que se esforzara en aplastarla, seguía levantándose como un horrendo cadáver. Sería tan fácil, aceptar, tan fácil dejar todo atrás. Solo tenía que decir que sí.

Ana

Si lo pensaba bien, solo tenía una opción. Pero se esforzó en negarla, aunque fuera bastante obvia. Su amiga dependía de ella, y no le podía fallar. Pero quizás... quizás podría funcionar. Era un pensamiento estúpido, y en el fondo lo sabía. Solo podía soñar. Y aun así, a pesar de todo...

—No... te responderé ahora ¿Puedes esperar un tiempo por mi respuesta?

Noah parecía esperar esa respuesta, puesto que no pareció decepcionado por ella. —Claro que puedo esperar. Tómame todo el tiempo que quieras —se levantó de la silla. —Creo que es mejor que te deje sola.

Noah se dirigió hacia la puerta seguido de sus guardaespaldas, y la abrió. Antes de salir miró a Lydia y le dedicó una última sonrisa. —Espero tu respuesta, mi amor.

Incluso después de que se hubiera ido, Lydia sentía cómo su cara enrojecida ardía con fuerza.



Los últimos días fueron demasiado calmados. Los carteles cesaron de atacarse y las calles estaban silenciosas. Ningún civil quería estar afuera. La inusual tranquilidad, lejos de confortarlos, los inquietaba. La mayoría de las tiendas estaban cerradas, y solo unas cuantas permanecían abiertas. Lora consideraba a esas personas valientes, mientras que Tatiana las veía como idiotas rematados, deseosos de su propia muerte. Lindsey, por su parte, creía que algunos esperaban que sus propiedades fueran destruidas para así poder cobrar el seguro.

No tenía mucho que hacer, o más bien, no podía hacer mucho. Todas las áreas frecuentadas por los carteles estaban vacías. Estos no eran tan tontos como para quedarse en un lugar donde les podían encontrar fácilmente; sin embargo, eran demasiado orgullosos como para reconocer que su propio territorio estaba en peligro. Lydia sospechaba que simplemente se habían movido del lugar de siempre. Lora parecía estar de acuerdo con ella.

Lydia miraba a su café moverse lentamente en el pequeño envase plástico, bebió mucho en los últimos días, no dormía, y estaba segura de que si dejaba de tomar su dosis de cafeína caería al piso. Su situación estaba muy lejos de ser la ideal, Ana no aparecía y ni Percival ni Thomas le respondían. Solo un pequeño mensaje le había llegado: *“Jemima nos llamó. La cosa está mal”*. Era corto, críptico y sumamente irritante. Lydia odiaba la falta de información, y para su desgracia, era todo lo que había en ese momento. Se sentía inútil e impotente, y odiaba cada segundo. Esperaba que al menos Harrison le diera algún dato, alguna pista, pero se había mantenido en silencio.

Lydia estaba tan enfrascada en sus pensamientos, que no notó cómo Lora se le acercaba por la espalda.

—¿Cómo estás? —Lydia agarró inconscientemente su arma, pero se relajó cuando reconoció la voz de su compañera.

No le respondió, solo hizo una mueca.

—Mal, ¿eh? —Lora tenía ojeras y carecía de maquillaje. Sus ojos estaban levemente teñidos de un color rojo irritado. —La jefe me ha mandado a distintas

partes de la ciudad, pero todas están desiertas. ¿Crees que las Flores decidieron dejar de pelear?

Lydia soltó un bufido. —No lo creo en lo absoluto. Se deben estar preparando para un ataque masivo.

Lora chasqueó la lengua. —Nunca dejas de ser un rayo de optimismo, ¿verdad?

Lydia la miró sin pestañear.

Su compañera miró al piso. —Lo siento, no he dormido mucho y estoy bastante irritada.

—No importa.

Lora se le acercó y la dio una pequeña pastilla azul. —Ten, es un energizante. Lindsey nos los dio, para poder trabajar mejor, claro está.

Lydia la cogió sin rechistar, y se la echó a la boca. Era de mora azul, su sabor frutal se extendió agradablemente por su boca.

—¿Crees que todo esto termine bien?

La respuesta la cogió desprevenida. —¿Lo crees tú?

—Me gusta pensar que la bondad triunfa al final. Por algo me uní a la fuerza, después de todo.

—Eres demasiado idealista.

—Prefiero el término “optimista”.

—Ambas son malas ideas. Te matarán al final.

—No sabes eso, por lo que se ve, quizás estén en retirada.

Lydia supo que la conversación no llegaría a ningún lado. Era bastante obvio que Lora no cedería en sus creencias, aunque fueran rematadamente estúpidas.

Se despidió de Lora con un gesto de una mano, y salió a las frías y desiertas calles de la ciudad.

Lo único bueno de ese día fue que no pensó en Noah mientras se encontraba trabajando. Lo malo fue que al llegar a su apartamento la esperaban unas flores profesionalmente cortadas, hermosas y fragantes. Su voluntad flaqueó una vez más.



No esperaba gran cosa de aquel día, solo estaba preparándose una simple tostada con mantequilla y jalea. Tenía un poco de tiempo libre, Lindsey había puesto a Tatiana en guardia, esperando que los carteles salieran de sus escondites, y Lydia había sido premiada con un poco de tiempo para ella. No le agradaba la idea de perder el tiempo, pero insistieron en que necesitaba el descanso. No le quedó más que aceptar.

Había terminado de comer la tostada, y se iba a preparar unos huevos cuando recibió la llamada. No había identificación, debía ser un número privado y codificado. Un ejecutivo.

—¿Noah?

La voz era risueña. —No, pero soy alguien mucho mejor.

—Harrison.

—Bingo. Me atrapaste.

Lydia apretó el frío metal con fuerza. —¿Qué quieres?

—Creí que eso era obvio. —era condescendiente, con un aire de superioridad que permeaba cada palabra. —¿O es que ya has olvidado nuestro trato?

Se le aceleró el corazón. —¿Encontraste a Ana?

—Adivinaste. Pero tu querida e inocente amiga no está sufriendo sola, tiene una compañía de lo más interesante.

—Déjate de rodeos y habla de una maldita vez —no pudo controlar la rabia que asomaba por su voz. No le importaba en lo absoluto que aquel con el que estaba enojada pudiera arruinar todo lo que tenía con solo una simple orden.

—Estas más enojada de lo que pensé. Y eso que estoy aquí para ayudarte, mi sudor y sangre están en esa información, ¿sabes?

—Déjate. De. Rodeos.

Una carcajada vino del otro lado de la línea. —La vieron en el lado oeste de la ciudad. Un edificio antiguo, según los registros le pertenece a Mnemosine.

Tienes que ir, y pasar por los que están ahí. Vieron a miembros de Crisantemo entrar en el lugar. Parece que tu amiga no ha frecuentado buenas compañías.

Lydia se quedó sin palabras. Sus peores miedos habían sido confirmados, y solo le quedaba enfrentarlos de cabeza y sin ayuda.

—Te he enviado la dirección~ —su cantarina voz la estaba empezando a sacar de quicio. —Ve rápido, he arreglado que te recojan y te lleven rápidamente al lugar. Después de todo, no querrás llamar la atención con una patrulla.

Lydia salió corriendo a coger su arma de la habitación. El metal palpitaba bajo su toque.

—Ah, y antes de que se me olvide. Haz lo que quieras en el lugar, protegeré tu historial. Diviértete~



El auto que la esperaba era de un negro profundo, a unas calles de su apartamento. El conductor, vestido igualmente de negro, no la saludó, solo reconoció su presencia poniendo el auto en marcha. Las calles estaban más vacías de lo usual, pero todavía estaban decoradas con varios colores metálicos de los autos, y los semáforos que parpadeaban en la mañana. La luz del sol iluminaba las calles en lo que prometía ser un lindo día.

La hipocresía de aquello casi hizo reír a Lydia.

Las ventanas de los edificios pasaban por sus ojos, reflejando solo un carro con vidrios polarizados, y en ese instante Lydia empezó a preguntarse cómo había llegado a ese momento.



La lluvia era intensa, estaba empapada de los pies a la cabeza. El parque estaba casi desierto, y las pocas personas que pasaban por ahí evitaban acercarse a ella, a la loca que estaba sin sombrilla sentada en una banca de piedra.

Oyó pasos tras ella. Una joven se le acercó, estaba bien vestida, llevaba en su mano un paraguas que la protegía de la lluvia, y traía una caja pequeña y cuadrada, de la cual emanaba un agradable olor. Debía de tener su edad.

—Hola —era cordial, tanto que a Lydia le sorprendió un poco. —Te debes estar congelando. ¿Quieres que te saque de la lluvia? Te puedo llevar a casa si quieres.

Honestamente ella no quería ir allí, estaba muy vacío e igual eso no acallaría el hambre.

Negó lentamente con la cabeza.

La mirada amable de la joven se transformó en una de compasión. — Bueno, si no quieres ir a casa, tal vez quieras comer algo —mover la caja que llevaba en una mano. —Tengo de sobra.

—No necesito tu caridad —le espetó.

La joven solo le sonrió. —Es un acto altruista. Además, parece que tienes hambre, y un pequeño bocadillo conmigo no te matará —tapó la lluvia que caía sobre Lydia con su sombrilla.

—Mi nombre es Ana, ¿y el tuyo?

—Lydia.

—Bueno, Lydia. ¿Qué te parece si vamos por algo de comer? Me parece que lo que tengo aquí no es suficiente.

Ana le prestó ropa limpia y seca. Lydia esperaba que resultara ser un recolector de órganos del mercado negro. A pesar de que siempre se podía pedir un reemplazo clonado, a algunos les excitaba tener partes de otros en su interior, y esa teoría le parecía más creíble que confiar en que Ana fuera una persona puramente altruista.

La miraba de reojo mientras comía un gran sándwich de pollo, masticando furiosamente la comida. No había comido en los últimos días y eso era bastante evidente, se metía a la boca grandes mordiscos de carne, y sabía que no se molestaba en masticar demasiado la comida, solo en engullirla. La comida que estaba en la caja había desaparecido rápidamente, y ahora se concentraba en atragantarse con la del restaurante al que la había llevado.

—Tenías hambre. —Ana la miraba con dulzura —No te detengas. Cuando termines ese sándwich, si todavía te queda espacio, pediremos otro.

Lydia no se molestó en siquiera levantar la mirada, pero en su corazón ardía un nuevo sentimiento. Quizás era agradecimiento genuino, aunque no

podía saberlo con exactitud, no era como si lo hubiera experimentado antes. Así que, no podía hacer comparaciones.

Pasaron varios minutos sin que nadie dijera nada.

Lydia se dio cuenta de que había terminado su tercer sándwich. Ya no tenía hambre.

Miró a Ana con seriedad. —Bien, ya me diste de comer. ¿Qué quieres a cambio?

—Nada.

—No jodas conmigo —no iba a soportar que la molestaran o le dieran una falsa esperanza. Ni aunque le dieran comida.

Ana no parecía alterada. —No te pido nada a cambio. Solo... —pareció dudar un momento. —Quiero ayudar. Eso es todo.


—¿Acaso esperas que me crea eso?

—Espero que mis acciones digan la verdad.

Lydia arqueó una ceja. O era tan buena actriz como Katherine, o era una idiota rematada.

—Si no tienes dónde quedarte, mi apartamento está muy vacío.

Decidió que era una idiota.



Era solo por un día, se suponía que era por poco tiempo. Pero las semanas se transformaron en meses, y todavía seguía viendo a Ana cada mañana y cada noche después de una comida caliente. Se sentía inmensamente agradecida hacia Ana. Detestaba cada mísero segundo de aquello. Esperaba que Ana la sacara a patadas del apartamento, o al menos se revelara como una traficante de órganos o personas, tales cosas la ayudarían a sentirse menos atada a su nueva compañera.

—Buenas noches, Lydia —Ana tenía un plato humeante de sopa en sus manos, olía a menudencias y vegetales. Se le hizo agua la boca. —Siéntate, ya es hora de la cena.

La silla hizo poco ruido al moverse. —Gracias —en parte esperaba que usando un tono tan seco le haría entender a Ana que no era una santa que rescató de la calle. Era su décimo intento. No rindió fruto.

—Espero que te guste.

Lydia mordió la cuchara de la sopa con fuerza, estaba segura de que sus dientes dejarían una marca en el metal.

—He oído que te ha ido bien el trabajo. Matilda está bastante impresionada.

Las alabanzas la incomodaban. Nunca se acostumbró a ellas, su madre se aseguró de eso. —Solo ayudó limpiar y a cuidar una puerta. No es gran cosa.

—Aun así, es bastante raro que Matilda diga un cumplido. Algo debes estar haciendo bien.

Lydia empezó a revolver la sopa con la cuchara. —Nunca te di las gracias. Ya sabes, por el empleo.

Ana rió —No hay de qué. Solo dije que necesitabas trabajo y Matilda necesitaba el personal. Pero no le digas que te dije eso, ella nunca lo admitirá.

—¿Por qué haces esto? —preguntó Lydia por milésima vez.

—No hay ninguna razón en especial. Solo quiero ayudar.

Lydia se terminó la sopa en silencio.



—Somos amigas, ¿no?

La pregunta salió de la nada. Estaban acostadas sobre la yerba en el parque. Un cálido sol brillaba en el cielo azul. Los pájaros cantaban y las flores esparcían su fragancia por el aire. Descansaban después de una semana de trabajo, A Lydia le parecía una buena oportunidad para descansar de la Academia de Policía. A sugerencia de Ana vinieron al parque a ver la naturaleza. No esperaba una pregunta de ese tipo.

—Sí, lo somos. ¿Por qué preguntas? —no veía la cara de Ana, solo las nubes blancas del cielo ocupaban su visión.

—Solo es una duda. No tiene importancia.

—Lo que tú digas.

Pasaron los minutos.

—Lydia, ¿te puedo confesar algo? —Ana dijo abatida.

—Adelante.

—¿Recuerdas cuando nos conocimos?

¡Cómo olvidarlo! Era uno de sus mejores recuerdos. —Sí, lo recuerdo. Han pasado 8 años, ¿no es así?

—¿Recuerdas cómo dije que me guiaba únicamente por el altruismo? — sintió como la respiración de su amiga se aceleraba. —Mentí.

Lydia se quedó callada. No le impactó mucho la información. Lo sospechaba desde hacía un tiempo, desde miradas tristes hasta un comportamiento extraño fueron indicadores de que algo le ocurría. Además, sin importar lo que pasara, Ana siempre sería su amiga.

—Quería redimirme —le confesó —Convencerme de que soy buena persona, que no soy un monstruo. Que María se equivocaba. Lo lamento —las lágrimas asomaban en sus palabras.

—¿Eso es todo?

—¿Eh?

—No me importa. Sigues siendo Ana. —Lydia sonrió, una de las pocas veces que lo había hecho. —Además, querer redimirte es bastante altruista, incluso heroico. No te preocupes.

—Suena... demasiado fácil para ser cierto.

—Sabes que no me gusta el drama.

Ana ya lloraba abiertamente. —Gracias, Lydia. Te lo agradezco tanto. —apretó su mano con fuerza. —Vamos, hablemos de temas más alegres. Cuéntame de tu compañera de ejercicios, Lora. Parece que se han caído bien.

—Te ves aburrida —el chico se le había acercado sigilosamente por la espalda.

Lydia estaba sola en un rincón del parque, escarbando la tierra con un palillo y aplastando a los bichos que encontraba dispersados por el pasto.

—¿No deberías divertirte más? —señaló a los globos de colores vivos que flotaban atados a una mesa, había paquetes de colores atados con moños y un gran pastel rosa con un 8 encima —Parece que es tu cumpleaños.

—No es mío, es de mi mamá. —era cierto, su madre solo le daba fiestas para verse bien con sus amigas. Se juntaban y hablaban de lo bonita que era, qué gran madre era al preocuparse por su hija y la hermosa fiesta que le daba. Sus hijas no eran mejores, ni se molestaban en dejar que hablara, solo la miraban de arriba abajo, criticaban su ropa y decían con un tono horrendo. “Bueno es lo mejor que puedes hacer, es casi bueno”. Se enfrascaban en sus pads y no la miraban demasiado, y las pocas veces que le prestaban atención era cuando sus madres las veían, sonreían y pretendían reírse de un chiste que nunca fue contado, y si Lydia trataba de resistirse le daban un golpe discreto en el estómago.

—¿Tu mamá tiene 8 años? —el chico trató de hacer un chiste. A Lydia no le hizo ni un poco de gracia.

—¿No tienes nada mejor que hacer? —el chico ya la estaba cansando.

—No.

Lydia lo miró con el mayor desagrado que pudo. —¿Eres tonto?

—No según mi profesor.


No tuvo respuesta para eso.

—Tengo algunos dulces y juegos. Sé que no me invitaste, pero ¿te apetece jugar un rato conmigo?

A pesar de ser muy irritante, el chico parecía amable, y no es que la fiesta la divirtiera mucho. Lo miró un rato. —Vale.


El chico le mostró los dientes y se paró. —Vamos. Mamá logró que me dejaran salir hoy. Soy Noah.

—Lydia.



Fue un día bastante nublado en la graduación de la academia, no como en las películas donde el sol brillaba en celebración. Ana estaba en primera fila, saludándola con una ancha sonrisa. Normalmente el puesto estaba reservado para la familia, pero Lydia no tenía y Ana se lo había ganado, siendo la persona que pagó las clases.

El profesor hablaba sin parar acerca del esfuerzo, la dedicación y lo constructivos que serían los nuevos policías para la ciudad. Lydia no escuchó ni la mitad. Pensaba en su padre y se preguntaba si estaría orgulloso, luego pensaba en su madre y esperaba que se quemara en el infierno. Sonrió ante ambas posibilidades.



—Ya hemos llegado —le indicó el conductor.

Lydia se bajó sin decir palabra. Olvidando los pensamientos que rondaban por su cabeza hace poco.

El exterior del edificio de ladrillo era gris y sin brillo. Pequeñas ventanas estaban salpicadas en la estructura, no parecía ser un lugar que llamara mucho la atención. Aunque Lydia supuso que era por eso por lo que había sido escogido. Oyó cómo el auto arrancaba y la dejaba sola en el lugar. No le importaba, sabía lo que tenía que hacer.

Caminó lentamente hacia el edificio, revisando el perímetro para asegurarse de que no hubiera enemigos a la vista. Curiosamente, o tal vez preocupantemente, nada alteró la paz del lugar. Y antes de que se diera cuenta, ya se encontraba en la puerta roja. La llave metálica, una antigüedad, que le había dado el conductor estaba en su mano libre, y la otra estaba apoyada en su arma. Hundió lentamente la llave en la cerradura y esta se abrió con un chasquido.

El interior estaba cubierto de polvo y lleno de muebles viejos. Esto era antes un edificio de oficinas de la compañía, comprado para mantener un estilo clásico, el cual no duró mucho.

Lydia subió las escaleras lentamente, cuidando su espalda, paso a paso sentía cómo su corazón palpitaba en su pecho. Una sombra al final del corredor la alertó de una presencia desconocida. Una voz de mujer le dio a conocer una parte de la identidad de su objetivo más reciente. Por lo que alcanzaba a ver desde su posición, el final del corredor era una habitación larga y espaciosa. Con cada paso que daba distinguía mejor al causante de la sombra: una espalda de cuero con un dibujo de un canario posado en una flor, una flor muy conocida. Jacinto.

Al estar ya más cerca, empezó a distinguir las palabras. —¿Te parece que estoy agradecida, pequeña y miserable puta?

María.

—Yo... solo quería ayudarte —un sollozo ahogado. —Creí que estarías mejor sin Jacinto, que podrías empezar una vida mejor.

Ana.

Un golpe resonó en la estancia, y un pequeño grito ahogado llenó la habitación.

—Eres la persona más miserable que he tenido la desgracia de conocer — un palpable esfuerzo para mantenerse quieta fue lo que notó Lydia. —Pero ahora eso no importa, pagarás caro por lo que me hiciste. Y ten por seguro que me tomaré mi tiempo.

Lydia tenía que actuar rápido, podía dispararle, pero era posible que fallara, y eso seguramente garantizaría la muerte de Ana. Ya estaba bastante cerca de María. Levantó el arma lentamente, tratando de hacer el menor ruido posible.

María paró de hablar.

Lydia alzó el arma.

María se abalanzó contra ella.

Lydia no tuvo tiempo de reaccionar, se tiró al suelo y, aferrada a María, rodó por el suelo. Sintió cómo su arma caía al piso, y se deslizaba lejos de su alcance. Lydia se mantuvo fuerte frente a los golpes que le propinaba María.

Trató de cogerle el brazo, pero ella consiguió zafarse. Lydia agarró el brazo donde tenía el arma y la lanzó lejos de ella. Ese movimiento desequilibró a María y Lydia aprovechó para acercarse y coger el arma más cercana, la de María.

En un corto periodo de tiempo Lydia logró ponerse en frente de Ana, la cual tenía la cara ensangrentada y estaba atada a un pilar de metal.

Dio la vuelta rápidamente y vio cómo María trataba de alcanzar su arma. Se preparó para disparar.

—¡Espera! ¡No la mates! —el grito de Ana retumbó en sus oídos.

Le disparó a la pierna. María se desplomó con un gemido.

—¡Lydia! —oyó cómo se le acercaban pasos apresurados. —Menos mal que te encontré. Aunque, por lo que parece, no necesitabas de mi ayuda.

Lora. —¿Cómo me encontraste? —Esto estaba mal, muy mal. Lora no debía estar ahí. María estaba desplomada en el piso, se arrastró hasta que su espalda quedó recostada en un pilar, su pelo castaño estaba sucio y sus ojos verdes reflejaban un odio absoluto.

Lora sonrió, totalmente inconsciente de la situación en la que se había metido. —Capturamos a uno de los miembros de Crisantemo, logramos que nos contara que escondieron a alguien en un viejo edificio de Mnemosine, no sabíamos cuál, así que nos separamos. Yo busqué en este. Tuve suerte de encontrarte. Te llegó el mensaje, supongo.

—Claro —la mentira salió fácilmente de su boca.

María soltó un bufido. —Y encontraste a su nuevo miembro. La gran cantante Ana, colaboradora en uno de los robos más grandes de la historia. Deberías sentirte orgullosa.

Lora abrió la boca. —¿Ana? ¿No era ella tu amiga?

Lydia apretó los dientes. De nada le servía negarlo. —Sí, es ella.

—Yo solo quería ayudar, creía que si Jacinto se hundía sus miembros llevarían una vida mejor. Quería redimirme. María, solo hago esto porque eres mi amiga...

—¡Cállate! —bramó María. Intentó levantarse, pero cayó al piso. —Tú arruinaste todo, y no somos amigas. Nunca lo fuimos.

Ana se sintió herida por tal acusación, Lydia lo podía ver en sus ojos.

—Escucha, si vienes con nosotros pacíficamente arreglaré que tu sentencia no sea tan grave. —Lora trató de razonar con Ana. —Solo ven y admite tus crímenes.

La cabeza le iba a mil por hora, no podía permitir que atraparan a Ana, si lo hacían todo su esfuerzo se iba a ir al carajo. Lo que había hecho durante los últimos días no valdría nada. No tenía muchas opciones.

Supo lo que tenía que hacer.

Lydia cargó su arma, Lora se dio la vuelta al oír el sonido, y Lydia pudo ver en sus ojos la desesperación y el odio de la traición. En el transcurso de un segundo, todo fue barrido con la explosión de un arma. Lora cayó al piso con un sonido seco, una mancha de sangre empezó a manar de los restos de su cráneo.

—Eres igual que esa puta. —María sonaba igualmente asombrada y asqueada. Parecía que la impresión logró que pensara mucho en el dolor de su pierna lastimada.

—Lydia... —Ana, su gran amiga, no sonaba asqueada, sino más bien agradecida.

—Vete —le dijo Lydia. —Vete, antes de que te encuentren.

—Lydia... digan lo que digan... Eres mi heroína. —Ana miró a Lydia y María una última vez antes de salir disparada de la habitación. Notó cómo sus pasos resonaban por las escaleras.

Una heroína... La sola idea le hacía reír.

Miró atrás, María no estaba.

Debió haber huido mientras Lydia le disparó a Lora. La reciente asesina reconoció su resistencia, después de todo, no era fácil escapar del lugar con una pierna lastimada.

Se aproximó con cuidado a la ventana, siguiendo un rastro de manchas de sangre, la condujeron a una escalera, la cual seguramente llevaba al primer piso. Por una pequeña ventana cuadrada vio cómo la criminal se metía rápidamente en un auto que salió disparado por la carretera.

Lydia no esperaba que atraparla fuera tan fácil.

Decidió que era hora de irse del lugar. Dio una última mirada al cadáver de Lora, pedazos de cráneo se encontraban esparcidos en un gran charco de sangre. Pisando con cuidado, evitó la sangre y volvió por donde había venido.

No miró atrás ni una sola vez.



—Lamento que hayas pasado por esto, —dijo Lindsey. Estaba sentada en su silla, tenía una mano en la cabeza, masajeándose la sien. Paró de masajearse y apoyó la mano en su escritorio. —Lora se fue muy pronto, ¿no crees?

—Sí, fue algo terrible —no tenía inflexión, no tenía nada adentro. —Todos en la fuerza la echarán de menos.

—Un disparo por atrás. Una táctica bastante cobarde... aunque pragmática. —Lindsey no estaba enojada, solo cansada. —Las Flores, ¿eh?

—Sí. No estoy segura de quién, pero por lo que vi fue uno de ellos. Tenían una sala de reunión en el lugar.

Lindsey asintió. —Es muy pronto. Muy pronto. Pero te voy a nombrar la jefe de investigación. Has probado ser de ayuda en todo este asunto.

Las cosas no podían haber salido mejor. —Gracias, jefe. No la decepcionaré.

La líder de la jefatura agitó su mano. —Ahora vete. Ambas necesitamos tiempo, y yo necesito informarle a su familia.

La puerta se cerró tras ella.



Noah estaba en su apartamento. Había comida en la mesa, notaba por el humo que desprendía, y su agradable olor, que fue hecha recientemente. Se preguntó si Noah cocinó, aunque la idea de un Ejecutivo preparando su propia comida era risible.

Lydia notó que ya no sentía el mismo temblor de siempre, era diferente. Muy parecido al que tenía cuando desafiaba a su madre y se salía con la suya.

—He oído lo que pasó. Mis condolencias. —como siempre, Noah sabía qué decir y qué hacer —Se me ocurrió recibirte con algo de comida. Pensé que te alegraría el día.

—Gracias. —Lydia se sentó sin mucha ceremonia —No tenías por qué molestarte.

—No es molestia alguna. Tenía tiempo y decidí venir a ayudar. Al menos, en lo que está dentro de mis capacidades. —carraspeó —Yo de verdad lamento lo de tu amiga. Sé que eran cercanas.

—Una gran pérdida.

Noah sonrió. —Siempre has sido fuerte, es una de tus mejores cualidades.

Lydia no se molestó en corregirlo.

La mujer tomó aire. —Noah, en lo que respecta a tu petición...

Pareció sorprendido, era una de las pocas veces que lo había visto así. — No tienes que darme la respuesta ahora. Entiendo que estás pasando un momento difícil. No te preocupes por eso.

—Me niego. —trató de disimular cuanto le dolía decir aquello.

Noah esbozó una triste sonrisa. —Ya veo. ¿No hay nada que pueda hacer para que cambies de opinión?

—No.

—Culpa a mi educación como ejecutivo, pero no estoy acostumbrado a que me nieguen las cosas. Además, me enseñaron a ser persistente.

—Quizás esta sea una de esas cosas que es mejor dejar ir. No... te aceptaré, aunque me lo pidas mil veces.

—Quizás... tengas razón. Solo quizás.

—Adiós, Noah.

—Adiós, mi amor.



—Sé que no he sido precisamente la mejor persona en todo este asunto — la voz de un mensaje de Ana, quien no la llamó, pero le envió un correo, sonaba calmada. —Pero solo tengo las mejores intenciones. No quise que nada malo pasara. Me esconderé con Crisantemo un tiempo, me darán protección e incluso arreglaron que hiciera mi audición de un modo privado y a salvo.

Lydia se sentía feliz por su amiga.

—No creo que me veas por un tiempo. Si todo sale bien, me encontraré contigo cuando todo pase. Será como en los viejos tiempos. Intenta no esforzarte demasiado, recuerda comer tres veces al día. Y recuerda que, digan lo que digan, siempre serás mi heroína. Siempre lo has sido. Nos vemos, Lydia. Adiós.



Estaba sola en su cuarto oscuro. No prendió la luz. La oscuridad la abrigaba como una manta.

Estando sola por fin su mente pudo reflexionar sobre lo que había hecho. Lora estaba muerta y ella la había matado. ¿Acaso era eso un acto reprobable? La respuesta lógica era: sí, lo era. Su compañera de armas, amiga de años, miembro estelar de la fuerza de policía y ciudadana ejemplar, murió no por un balazo enemigo sino fruto de una traición. Lo hizo para salvar a Ana, cierto, pero ¿valió la pena?

Fue promovida a investigadora jefe, todos le daban ánimos y tiempo, incluso podía pedir vacaciones para “recuperarse del dolor”, nadie sabía del hecho excepto Ana y María, y tenía la certeza de que ninguna la iba a delatar: Ana era su amiga y María no permitiría que nadie le quitara la oportunidad de coger a Ana ella misma. Pragmáticamente hablando, todo había valido la pena, todo salió de la mejor manera posible... Pero eso no era realmente lo que debía importarle, ¿o sí?

Ana dijo que era su “heroína”, pero ¿lo decía para calmarla o realmente lo creía? ¿Acaso Lydia lo creía? Ana debía creerlo, o al menos, eso pensaba Lydia, desde su perspectiva la policía debió llegar como un regalo, dispuesta a salvarla de las garras de la muerte, mientras que garantizaba su escape. La cuestión de la perspectiva, Lydia notó, era vital para determinar su llamado heroísmo. La familia de Lora no se mostraría tan agradecida, la llamarían monstruo, asesina y un millar de cosas más. Se dio cuenta de que no le importaba, nunca se enterarían, y aunque lo hicieran, a Lydia no le afectarían las palabras de gente que ni conocía, solo recordaría sus nombres de pasada. A pesar de todo, no se sentía especialmente culpable. Lora le daba pena, pero eso era todo. Ana tenía un puesto mucho más alto en su corazón, si es que todavía tenía uno.

De Jacinto, ella podía ocuparse. Solo tenía que mentir, perpetuar el engaño que seguía siéndoles fiel. Estaba segura de que podía hacerlo.

Soy una heroína para Ana. ¿Y qué si era corrupta? ¿Y qué si había matado a alguien? No era la primera vez que lo hacía, y debido a las circunstancias de su trabajo no sería la última. Si con eso protegía a su mejor amiga, estaría dispuesta a ensuciarse. Y en lo que concernía a Noah... no le importaría irse con él una vez todo hubiera acabado. Si algo le enseñó Katherine es que ser egoísta rinde sus frutos.



El funeral de Lora era el segundo al que había asistido Lydia. Era sorprendentemente parecido al primero. Todos llevaban ropa negra de luto, y tal como había sido la primera vez, era hora de decir palabras consoladoras y elegantes ante los que se lamentaban por la muerte, y ante el cadáver.

—Lora fue una policía ejemplar, querida por muchos. —Lydia observó a sus compañeros, Tatiana estaba sobria, Mirtha simplemente estaba encogida en su silla, Tina lloraba a lágrima viva, Marco estaba ojeroso y contenía las lágrimas. —Su muerte ha dejado un hueco en la jefatura que nunca podrá ser llenado, si bien nos ha abandonado, la marca que ha dejado, su rectitud, su coraje, quedarán inscritos en la historia y servirán de ejemplo a futuras generaciones.

A pesar de las mentiras, tan fácilmente recitadas por su boca, Lydia no sentía culpa alguna. Hizo lo que tenía que hacer y nada más.

Todos aplaudieron cuando terminó, la felicitaron por sus amables palabras, Lydia aceptó todas sus alabanzas. El resto del funeral se compuso de condolencias a la familia, ensayadas y recitadas en fila, y llanto contenido en un pequeño cuarto. Noah no había venido, le dio las condolencias a Lydia, pero consideraba que venir él mismo era de mal gusto, ya que no conocía lo suficiente a Lora como para garantizar una invitación, y decidió que Lydia necesitaba el espacio. Lydia se sintió agradecida por eso.

Como era de esperarse Lydia fue la última en irse. Dio un último vistazo al ataúd y se fue del lugar. Solo después de haber dejado el cementerio atrás, recordó que ese era el mismo lugar donde reposaba Katherine.



Su pad sonó en la oscuridad de su apartamento.

—Bueno, parece que tuviste unos percances. —Harrison no sonaba abatido, y no tenía ninguna razón para estarlo.

—¿Qué quieres?

—Arreglé lo de tu... amiga. Estás más limpia que mi historial.

—Supongo que debo darte las gracias.

—Sí, eso no estaría mal. Pero antes debo decirte algo. Tengo nueva información, y a cambio solo tienes que ocuparte de unos asuntos.


—Asuntos totalmente legales, me imagino.

Harrison se rió estruendosamente. —Claro, todo lo que hago es perfectamente legal. No te preocupes, los objetivos se superponen, y nadie tiene que saberlo, sobre todo tu querido Noah. Aunque, quizás no te importe ya. Rechazaste al único caballero en brillante armadura que vendría por ti.

—Estás muy bien informado —no le mostraría ni un atisbo de su sufrimiento.

—Qué puedo decir, soy bueno en lo que hago. Entonces... ¿estás dentro?

Todavía llevaba puesta la ropa de luto. —Muy bien. Acepto.



Un auto elegante la conducía a su reunión con Harrison. Lydia sabía que no podía dar vuelta atrás. Desde el momento en que colgó el teléfono supo que la vida que había llevado hasta ese momento había terminado. No le quedaba otra opción sino seguir mintiendo, mentir, mentir y mentir una y otra vez hasta que fuera parte de su naturaleza. Tenía que sobrevivir a toda costa. Aunque eso involucrase traicionar a todos aquellos que consideraba como amigos o aliados, sus compañeros de la jefatura, sus amigas del bar, su propia existencia.

Ya nunca saldría, nunca volvería, y en su corazón sabía que aceptó tal destino con todo su ser.

El auto se detuvo.

Era hora de trabajar.

Referencias

PHILLIPS, B. (2017). Crime Uncovered: Detective/ Crime Uncovered: Antihero. *Atlantis* (0210-6124), 39(1), 259-266.

BLAIR, E. (2016). A FEMALE ANTIHERO. *New Yorker*, 92(38), 42-47.

Shafer, D. M., & Raney, A. A. (2012). Exploring How We Enjoy Antihero Narratives. *Journal Of Communication*, 62(6), 1028-1046. doi:10.1111/j.1460-2466.2012.01682.x

The Evolution of the Antihero. (2013). *Entertainment Weekly*, (1275), 66.

EXAMINING THE ALLURE OF THE ANTIHERO. USA Today Magazine [serial online]. August 2017;146(2867):10. Available from: Academic Search Complete, Ipswich, MA. Accessed July 8, 2018.

Fell, E. (2017). Television Antiheroines: Women Behaving Badly in Crime and Prison Drama. *European Journal of Communication*, 32(5), 492-494. doi:10.1177/0267323117730715

Campbell, J. (2014). *El héroe de las mil caras*. México: Fondo de Cultura Económica.

Hemingway, E. (1940). *From Whom the Bell Tolls*. New York: SCRIBNER.

Hemingway, E. (1952). *The Old Man and the Sea*. New York: SCRIBNER.

Nietzsche, F. (2002). *Beyond Good and Evil*. Cambridge: Cambridge University Press.

Blanch, A. *El hombre imaginario. Una antropología literaria*. Madrid: PPC.

Escribano, J. L. *Sobre los conceptos de héroe y antihéroe en la Teoría de la Literatura*. Universidad de Oviedo.

Maíz, C. (2013). *A falta de épica buenas son las historias. El "héroe" en la narrativa latinoamericana actual*. *Revista Iberoamericana*, 951-968.

Mora, L. (2018). *El Antihéroe En La Literatura Peninsular Y Latinoamericana*. Bloomington: Palibrio.

Soldatić, D. *El héroe negativo de la novela mexicana del siglo XIX*. *Colidancias*, 73-83.

Valenzuela, C. R. (2016). *Sobre héroes e ideologías: la construcción del sujeto en la literatura perteneciente al campo cultural afín a la dictadura*. *Estudios Filológicos*, 187-205.